E. Betancourt

Casada con un insoportable escocés

SERIE MATRIMONIO FORZADO 2

E. Betancourt

Casada con un insoportable escocés

SERIE MATRIMONIO FORZADO 2

CASADA CON UN INSOPORTABLE ESCOCÉS

ELIZABETH BETANCOURT

CAPÍTULO 1

Abigail contemplaba a su amiga atónita. Paige doblaba cuidadosamente su ropa y la metía en su maleta de color rosa fosforito.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? Piénsalo bien, Paige. Tus padres están que se suben por las paredes… —Intentó hacerla entrar en razón, pero su amiga no la prestaba atención. Canturreaba una canción de Christina Aguilera y movía su cabello rojo de una manera que, en su imaginación, al parecer, era sensual.

—¡Paige escúchame! —Le gritó Abigail, sin reconocerla. La pelirroja bufó y la miró a los ojos. Lo cierto era que su mirada violeta, nunca había tenido tanto brillo… —Pensó Abigail.

—Lo estaba dando todo y encima la voz casi me salía como la de Christina. —Le contestó, enfurruñada.

—Si te oyera la gran Aguilera, le sangrarían los oídos, pero dejemos de lado ese tema y centrémonos en lo importante.

—¿Cuál?

—¿Cómo qué cuál? ¡Acabas de casarte con Peter Craig y te vas a Escocía! —Le respondió la rubia con los ojos abiertos como platos.

—¿A que es genial? —Dijo Paige, divertida.

—¡Pero, ese hombre te odia! —Le contestó Abigail, empezando a ponerse cada vez más nerviosa.

—¡Me quiere! Lo que pasa es que, todavía no lo sabe…

—Esto es una locura. —Susurró Abigail con el semblante pintado de preocupación.

—He hablado con Laura sobre esto y mucho tiempo. Le amo. Me enamoré de él inevitablemente y tú deberías de comprenderme. Eres mi mejor amiga, ponte en mi lugar. A caso, ¿no debo luchar por el amor de mi hombre?

Abigail la miró pensativa. Era cierto. Ella amaba a Peter con locura, solo un ciego no se daría cuenta. Y aunque, Laura era un poco chiflada, un hecho muy irónico ya que la tía era una psicóloga y encima prestigiosa. Con sus concejos ella había vuelto a casa. Había descubierto los horribles secretos enterrados desde hacía años que la obligaron a alejarse de su hogar y ahora era la señora de Port Elliot, y estaba casada con su mejor amigo, el amor de su vida, Jacob.

—¿Qué te dijo exactamente Laura? —La preguntó entrecerrando sus ojos ámbares.

—Le conté todo desde que Peter y yo nos conocimos. Me dijo que debía luchar por el amor de ese hombre porque él tenía sentimientos hacía mi al igual que yo hacía él. También me habló de la posibilidad de que hubiera pasado algo en el pasado y que por esa razón él no se abría a otra relación.

—¿Y a ti se te ocurrió emborracharle y llevarle donde un falso Elvis Presley para que os casará? —Preguntó Abigail, estupefacta.

—¡Eso es! Él viene muy pocas veces a Port Elliot y no debo desaprovechar ninguna oportunidad. —Respondió la pelirroja con orgullo. Abigail la miró admirada. Ella nunca habría tenido tantas agallas.

—Sabes que en cualquier locura juntas. Así que te apoyaré en todo. Llámame a menudo. —Dijo resignada, con la decisión de su amiga.

—¡Siempre juntas! —Respondió Paige y ambas se miraron fijamente hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Te voy a echar mucho de menos. —Le dijo Abigail, abrazándola.

—Y yo a ti. Cuida bien de nuestra inmobiliaria. Trabajaré a distancia y si puedo ampliar el negocio, ya sabes que a la mínima oportunidad lo haré. Vendremos de vez en cuando con mi marido y nos veremos.

Abigail asintió. Las dos amigas se despidieron entre lágrimas y risas. Ahora tocaba lo difícil para Paige, decirles adiós a sus padres. Al principio se habían negado en rotundo, pero finalmente se rindieron al ver lo mucho que amaba a su esposo. El hecho de que eran personas tradicionales que creían que el matrimonio debía ser una única vez en la vida, había ayudado.

Estaban en el avión. Al parecer su marido, se había reservado el sitio más alejado al de ella. La dolía la forma en la que la ignoraba y ese odio que adivinaba en su mirada. Ni siquiera había hablado con sus padres, ni les había saludado. Y tampoco le había permitido despedirse de ellos. La había arrastrado con su maleta hasta el coche que les llevaría al aeropuerto. Por la ventana había visto los ojos empañados de su mejor amiga y sus padres. Ni siquiera había logrado meter en la maleta, toda su ropa. —"¡Más rápido! ¡No pienso esperarte todo el día! Querías estar casada conmigo ¿no? Ahora verás lo mucho que te va a gustar ser la esposa de Peter Craig. —Le había dicho su marido, soltando cada palabra con un odio que había retorcido el corazón de Paige. Pero, en el fondo,

sabía qué hacía lo correcto. Estaba totalmente segura que él la amaba, o al menos, la deseaba y mucho. Solo se habían acostado una vez y Paige estaba impaciente por subirse sobre su marido y montarlo como una amazona. ¡Eso era lo que necesitaban! Una vez que empezaran su vida marital, todo mejoraría. Y él llegaría a amarla con locura, o al menos, eso esperaba Paige. Se mordió el labio, nerviosa. Tenía miedo, pero no pensaba echarse atrás.

Miró el reloj. Faltaba poco para aterrizar. Deseaba conocer a su suegra ya. Sonrió pensando en esa mujer a la que no conocía, pero sentía un profundo respeto hacia su persona.

Cuando bajaron, Peter la dejo atrás, yendo malhumorado hacía un KIA Sportage blanco, precioso. Paige le siguió arrastrando su maletita. — ¡Gracias a Dios que ya estáis aquí! —Se oyó una voz femenina. Paige levantó la vista que hasta entonces, estaba clavada en sus botas. Delante de sí vio a una señora de unos sesenta años, muy bien conservada. Tenía el cabello de color rubio miel con mechas y reflejos de color platinado. Sus ojos eran grandes y marrones y su piel muy clarita. Llevaba un traje blanco de cachemir. Su porte imponía, pero por su mirada, se notaba que tenía un corazón enorme.

La mujer abrazó a su hijo y le dio dos besos en las mejillas. Peter le dedicó una cálida sonrisa, Paige le miró maravillada. ¡Es tan guapo cuando sonríe! —"¡Ojalá algún día me dedique una sonrisa así, a mí también! —Pensó, sin darse cuenta que la señora elegante se acercaba hacia ella.

—Tú debes de ser mi nuera. —Le dijo la mujer, escrutándola con su mirada.

—Me llamo Paige, señora. Un placer.

—¡No eres escocesa! —Respondió esta, como si fuera un pecado capital.

—No, soy inglesa. —Respondió Paige, sin amedrentarse.

—¡Bah, no importa! Seguro debes tener algún gen escoces, con ese color de pelo tan inusual. Además, pareces tener carácter, niña. Solo una mujer valiente podría atrapar a mi hijo.

—¡Mama! ¡No es escocesa! Este matrimonio no tiene ningún futuro. La he traído aquí para que te des cuenta y me des permiso para quitármela de encima. —Dijo Peter, iracundo. La primera reacción de su madre al ver a su esposa, no le había agradado.

—¡Y una mierda! Seguiréis casados y punto. El matrimonio no es un juego y por ello debéis haceros cargo de esa responsabilidad en la que os habéis metido. Además, ya estoy muy vieja, quiero nietos. ¡Y respeta más a tu mujer! ¡Así no te he educado, Peter!

El rubio cerró la boca y agachó la vista. Paige sonrió de oreja a oreja. Su suegra era de las suyas. Una mujer de armas tomar.

—Yo me llamo Bethia y estoy encantada de que estés aquí, Paige. Bienvenida a Glencoe.

Paige la sorprendió, abrazándola y la mujer rio, encantada.

—Deberíais tener una boda de verdad. Una en la que este yo. Esas cosas de imitadores de Elvis Presley, no son lo mío. Soy de la vieja escuela y quiero veros en un altar, como dios manda. —Decía Bethia mientras Paige se acomodaba en el asiento del coche. Peter se había sentado en el asiento de delante, junto al chofer, mientras que Paige y su suegra estaban en los asientos de detrás, una al lado de la otra.

—No te vale con que este atado a ella. Encima vamos a seguir con este teatro y casarnos en un altar como una pareja enamorada. Ella no es la mujer que yo hubiera elegido para ser mi esposa y no quiero participar en este circo. —Dijo Peter, enfadado, tras oír la propuesta de su madre. Paige se sintió rota, la duda empezaba a formarse en su corazón. —"Y si me he equivocado" —Se decía a sí misma. Pero, deshizo ese pensamiento con la misma rapidez con la que apareció.

—¡Deja de hablar estupideces! ¡Es la mujer y nuera perfecta! Lo supe en cuanto vi a esta joya. Y quiero estar presente en una boda de verdad y no hay más que discutir. —Dijo Bethia, con un tono de voz que indicaba que las cosas se harían a su manera sí o sí.

Peter se calló, aunque por su postura y por cómo le temblaba la mejilla, Paige sabía que deseaba estrangular a alguien.

Ella miró a su suegra agradecida, dedicándola una cálida sonrisa que la mujer le devolvió.

El viaje fue bastante tenso y una vez que llegaron hasta Glencoe, Paige agradeció a los dioses. Aunque Bethia había intentado, entablar una conversación con ella, no se sentía cómoda. La energía que desprendía su marido era espantosa.

Se fijó en el paisaje que empezaba a descubrirse ante su mirada violeta. Nunca antes había visto semejante belleza. Había estado únicamente en Inglaterra y solo en tres ciudades. Wells, donde había nacido, Birmingham, y en Liverpool donde pasaba las vacaciones en casa de su tía, algunos veranos.

Esto era muy diferente a todo lo que había visto. Glencoe era muy pintoresco. Situado entre las orillas de Loch Leven, el valle atravesaba el corazón de un antiguo volcán. Todo lo que Paige veía a su alrededor le recordaba mucho a la película de Heidi y el abuelito. Montañas enormes y verdes, lagos de aguas cristalinas y

bosques frondosos. Parecía un cuento. ¡Una autentica belleza! A Abigail y a sus padres, aquello les fascinaría. Sacó su teléfono y empezó a hacer miles de fotos. Iba a subirlas todas a Instagram.

Peter se dio la vuelta al oír el ruido que hacía la cámara del móvil. La miró como si fuera una estúpida.

—¿Nunca has visto montañas o qué? —La preguntó de malas maneras. Paige decidió no hacerle caso. Para ella, todo aquello era muy diferente y le parecía de lo más encantador. Se respiraba la historia en esos valles verdes. Ese sitio debía tener montón de leyendas, sucesos históricos interesantes… Paige estaba emocionada por oír y descubrir cada detalle de Glencoe.

—Déjala, es normal que le encante nuestra pequeña ciudad pesquera y cuando conozca a los habitantes, se enamorará de este sitio. —Dijo su suegra, divertida, contemplando a Paige mientras hacía las fotos con entusiasmo.

—A mi padre, esto le encantaría. Le encanta la pesca y este sitio es perfecto. El paisaje es de cine.

Bethia sonrió orgullosa de su ciudad y respondió. —La revista de Cosmopolitan proclamó a Glencoe como uno de los mejores sitios para el senderismo y la pesca.

—Me encantaría pasear y disfrutar de esta naturaleza.

—En tres semanas te vas a aburrir como una ostra y con suerte, desearas irte y te perderé de vista. —Dijo Peter, siendo lo más desagradable posible. Su madre nunca había visto a su hijo comportarse tan pesimamente.

—Te vas a liberar de mi muy difícil mi querido esposo. —Le respondió Paige, taladrándolo con sus ojos.

—Me das asco. —Le respondió él y ella estuvo a punto de llorar. Le estaba haciendo daño. ¿No se daba cuenta de que rompía su corazón? Se preguntaba. Su suegra había visto la reacción de Paige y enfadada, le replicó a su hijo. —Te oigo una segunda vez, hablándole así a tu esposa y te desheredo. ¿Desde cuándo tengo un hijo que, en vez de hombre, es un gilipollas? —Dijo Bethia, dejando a ambos, pasmados.

Peter había apretado la mandíbula tanto que parecía que se le iban a romper todos los dientes. Paige no le había visto tan furioso nunca.

—¿Cómo se supone que debo reaccionar, cuando está loca de mierda me ha emborrachado y drogado para casarse a la fuerza conmigo? —Peguntó Peter, gritando.

—¡Pues ha pasado! Ya es hora de que sientes la cabeza. Llevo diciéndotelo desde hace mucho tiempo. Cambiar de mujer como de

calcetines es hora de que se acabe y qué mejor que esta chica. Ella te pondrá en tu sitio y te convertirá en un hombre de verdad. Ya tienes treinta y cuatro años, es hora de que formes tu propia familia. —Le contestó su madre. —Ya te dije que te daba a disposición unos meses para buscar una esposa o si no te desheredaba. ¡Ya la has encontrado o, mejor dicho, ella te encontró a ti! Así que agradécele a ese encanto de mujer y deja de portarte como un idiota.

Peter puso los ojos en blanco y pegó su cabeza contra el respaldo de su silla. Este viaje parecía cada vez más largo…

Capítulo 2

Cuando el coche empezó a adentrarse hacía el corazón de Glencoe, Paige sintió calor en el pecho. Su suegra tenía razón, se había enamorado del sitio. De hecho, se sentía identificada con todo aquel ambiente. Casas pequeñas en color granate rodeaban el gran lago. En pleno verano debían pasárselo estupendamente. Cada vez que se acercaban hacía su destino el paisaje se hacía aún más precioso, si cabía. Cuando el coche aparcó ante un caserón del siglo IX a Paige se le cortó el aliento. ¡Era la casa de sus sueños!

A pesar de que había estado y vivido durante un largo tiempo en la mansión de Port Elliot, ese caserón le parecía mil veces más hermoso. Lo sentía como si fuera su hogar, algo que la extrañó.

A Paige siempre le había gustado la literatura medieval y todo aquel entorno la hacía sentirse como si estuviera dentro de esas novelas románticas ambientadas en tiempos pasados.

—Veo que te ha gustado… —Dijo Bethia, contemplándola con una sonrisa.

—Es una casa realmente hermosa. —Contestó Paige.

La casa era de piedra y el tejado era de color marrón barro. Se notaba que las ventanas habían sido restauradas desde hacía poquito. Eran de color blanco y en sus repisas había montón de cestos con flores, dando ese aspecto de cuento que tanto le gustaba a la pelirroja.

—No creo que a una mujer tan avariciosa como tú, le impresione esto. Así que deja de fingir. —Le dijo su marido, susurrándole en la oreja.

Paige le miró dolida. Tenía que joderla justo cuando ella se imaginaba a sí misma con un su vestido blanco con lunares negros, sirviéndole limonada a él y a sus futuros gemelos, en el hermoso porche del caserón.

Sin responderle se dirigió hacia donde iba su suegra. Una mujer regordeta y morena les sonrió abriendo la puerta principal y dándoles la bienvenida. Llevaba un delantal en color blanco y negro y su moño con ligeras canas estaba primorosamente peinado.

—Bienvenidos. Espero que el viaje haya sido agradable. —Dijo la mujer cuando entraron a dentro. A Paige le cayó bien de inmediato, se notaba que tenía mucho aprecio a la familia.

—No sobes lo agradable que ha sido, gracias a mi buen hijo. —

Respondió Bethia. A nadie le pasó inadvertido el tono sarcástico de la mujer. Paige, incomoda, se adentró más a dentro del recibidor, mientras Peter la taladraba con la mirada, parecía que la culpaba de que su madre estuviera enfadada con él.

Paige intentó no prestarle atención, fijándose en el interior del recibidor. Era de un diseño clásico, pero, a su vez moderno. Colores cálidos daban un aspecto de lo más hogareño. Paige esperaba que el resto de la casa fuera de la misma manera porque se sentiría muy a gusto.

Por el rabillo del ojo, vio que dos hombres muy fuertes llevaban sus equipajes hacía algún lado. Deseaba disfrutar de una ducha y acostarse un rato.

—¿Dónde está nuestra habitación? Espero no ser descortés, pero es que me siento cansada, necesito acostarme un rato. —Dijo Paige, dirigiéndose hacia su suegra que asintió comprensiva.

—Arriba hacía la derecha, la tercera habitación. —Respondió la señora que les había dado la bienvenida.

—Oh, discúlpeme por no presentarme. Soy Paige, la esposa de Peter. —Dijo ella y la mujer le sonrió.

—Lo sé, esperábamos tu llegada con mucho entusiasmo. Yo soy Johanna, la ama de llaves de esta casa. —Respondió la mujer y añadió. —Ven te mostraré la habitación.

Paige la siguió sin desear dirigir la mirada hacía su marido. Llevaba todo el día mirándola con desdén y ya no tenía fuerzas para soportarlo.

Cuando vio una enorme habitación en colores grises y toques en un naranja no muy chillón, sonrió. La cama era grande y se veía que muy cómoda. El dosel era de seda y blanco, al igual que las almohadas. Se imaginó a sí misma desnuda, su cuerpo entrelazado al estructural y musculoso cuerpo de Peter. Tragó saliva y desvió la mirada sonrojada ya que la ama de llaves la contemplaba divertida, como si hubiera leído sus pensamientos.

—Que descanse señora. —Le dijo la mujer a modo de despedida.

Paige se sintió extraña. Le parecía raro que alguien se dirigiera hacia ella como “señora”.

A dentro de la lujosa habitación había dos puertas. Una debía ser la del baño. Abrió la primera y jadeó asombrada. Era un vestidor enorme, más grande que su piso de estudiante durante la universidad. ¡Y ella llevaba tan solo una maletita con ropa! Si su marido no le hubiera dado prisa, se habría comprado algo más de ropa ya que tampoco había traído mucha a Port Elliot, pues al principio ella y su mejor amiga, Abigail iban a estar tan solo dos

semanas.

Sonrió al pensar en su amiga. Quién iba a decir que ese viaje cambiaría sus vidas para siempre. Abigail había descubierto a los asesinos de sus padres y había recuperado el amor de su ahora esposo, Jacob. Él la trataba como una autentica reina, esperaba que algún día Peter también fuera tan atento con ella y la mirará con tanto amor como Jacob miraba a Abigail.

Se sintió mal al advertir una ligera envidia hacía su mejor amiga. Si existía alguien en el mundo que mereciera felicidad, esa era Abigail que había pasado por mucho. Tras estar separada durante años de Jacob, sufriendo los dos debido a la maldad de Rebeca, una psicópata que había destrozado con cada paso vidas, por fin había logrado disfrutar de la vida y del amor de su Jacob.

Cerró el vestidor y abrió la segunda puerta. Sonrió porque ese baño era digno de su nombre. Había ducha con efecto lluvia y una bañera moderna con hidromasaje. Se decantó por probar la bañera. Su felicidad fue inmensa al encontrar sales aromáticas de lavanda en el pequeño armario que había a dentro del baño.

Después de salir del agua y aclararse, salió envolviéndose en una gran toalla blanca que había doblada en la esquina sobre una pequeña silla. Suspiró de gusto y salió de allí.

La cama la invitaba y no lo dudó ni un segundo, metiéndose bajo las cobijas. No tardó en caer en un profundo sueño sin siquiera darse cuenta de cómo alguien la cogía en brazos y la sacaba de la habitación.

En su sueño ella estaba sonriéndole a Peter y diciéndole lo mucho que le amaba, mientras él sonreía malignamente y la respondía que nunca llegaría a quererla. Ella lloraba y le suplicaba su amor, pero él simplemente sonreía burlonamente.

Despertó bañada por el sudor y se quedó estupefacta al descubrir que estaba en otra habitación y no en la que se había acostado. Ya no llevaba la toalla enrollada en su cuerpo, sino que estaba completamente desnuda. Frunció el ceño al ver a su equipaje al lado de la cama. ¡Qué demonios estaba pasando!

Se levantó y abrió su maleta. Se puso unos vaqueros desgastados con una camiseta de tirantes en color naranja. Se miró en el espejo que había en su lateral, incrustado en la pared. Hizo una mueca. Esa no era la forma en la que solía vestirse, pero era cómodo y no había podido coger toda su ropa. Salió de la habitación descalza. No había nadie en el gran pasillo, vio las escaleras de madera maciza y bajó con rapidez, encontrándose en el recibidor que ya conocía. Oyó voces que provenían desde su izquierda y lentamente se dirigió

hacía el sonido que cada vez se hacía más claro. Se paró en seco cuando pudo oír claramente a Peter hablando muy alterado.

—¡No quiero que duerma conmigo!

—¡Es tu esposa!

—No quiero tocarla ni con un palo.

A Paige se le retorció el corazón. Pensaba que él la deseaba, eso era lo que había mostrado en Port Elliot. La primera vez que se habían acostado había sido tan profundo que Paige se había enamorado de él, comprendiendo que nunca había sentido algo así en su vida. ¿Y si se equivocaba?

Las dudas empezaban a asecharla sin contemplación. Ese Peter que gritaba alterado, discutiendo con su madre, no era el hombre que ella había conocido. No parecía desearla, más bien parecía que la quería lejos, muy lejos.

—Ya no te reconozco, Peter. —Le dijo su madre de lo más decepcionada.

—Debes intentar convivir con tu esposa. Lo hecho ya está. En mi familia nunca ha habido divorcios y jamás los habrá. —Le gritaba Bethia.

Paige decepcionada y muy triste se alejó de la puerta de caoba como un alma en pena.

No podía haberse equivocado, pero ya empezaba a no estar tan segura. Desde que habían aterrizado a Glencoe, su marido no había tenido ni un gesto bonito con ella.

Caminó sin rumbo hasta que se encontró en una cocina moderna y equipada con todo lo necesario. A dentro estaba Johanna, cocinando algo que olía realmente rico.

—Hola. —Saludó tímida.

—Siéntate a comer algo. Dormiste mucho y llevas mucho tiempo sin probar bocado. Te preparó un bocadillo delicioso que ya verás te encantará.

Paige asintió, forzando una sonrisa, mientras la mujer empezaba a preparar el bocadillo muy concentrada. Sin darse cuenta la pelirroja, suspiro con pesadez. Johanna la miró con sus inteligentes ojos y preguntó.

—¿Te doy un consejo?

—Claro. —Respondió Paige, sorprendida.

—No te rindas. Por muy imposible que te parezca en este momento. Yo sé que el señor sí que está interesado en ti.

—¿Por qué lo dices? —Preguntó Paige.

—Porque nunca antes ha habido una mujer que lo alterará de esa manera. Tú sacas lo peor que él lleva dentro.

—Eso no es muy alentador, Johanna…

—¡Déjame terminar, niña! —La reprendió la mujer y ella no pudo evitar sonreír por la regañina y porque de llamarla señora, había pasado a llamarla "niña".

—Si eres capaz de sacar su peor lado, también serás capaz de sacar lo mejor de él. El hecho de que tengas tanto poder sobre un hombre que casi siempre está sereno y parece inalterable, significa mucho. Por ello te digo que no te rindas. Por supuesto, el señor Peter se resistirá con uñas y dientes, pero merecerá la pena porque te aseguro que cuando un Craig ama, ama de verdad y para toda la vida.

Paige se emocionó con las palabras de Johanna. Esperaba de corazón que fuera así, ella también había tenido la intuición de que Peter era un hombre fiel, con principios y que va de frente. Todos los hombres que alguna vez había conocido, la trataban con una zalamería exagerada, ella notaba enseguida a las personas que no eran de fiar, pero su corazón la decía una y otra vez que Peter sí que lo era.

Al principio cuando le había conocido en la mansión de Port Elliot, le había caído como una patada en el estómago. Su hombría y atractivo la habían atrapado en el segundo, pero su carácter altivo, su aparente arrogancia, la sonrisa tan sarcástica que siempre le dedicaba, la enfurecían. Por aquel entonces no se había dado cuenta que se había enamorado a primera vista, lo comprendió cuando se habían acostado. Había sido tan intenso y generoso que Paige no se podía creer que después de compartir algo tan único, él la preguntará: — "¿Cuánto cuesta?"

Su corazón se había hecho añicos. En ese momento decidió olvidarle, pero él no se lo permitió, iba detrás de ella siempre y aunque la hablaba de forma burlona, parecía que no podía separarse de ella, hasta el momento en el que se marchó a Escocia por un tiempo. En ese momento Paige comprendió que no podía disfrutar del aire que respiraba sin su cercanía.

Cuando Laura, la psicóloga de Abigail o como ella solía llamarla, la come—cocos, le había sugerido la locura de hacer lo imposible por atraparle, le había parecido una idea genial. Ahora ya no sabía ni qué pensar.

—¿Qué me sugieres que haga? Parece que no me quiere ver ni en pintura. —Preguntó desesperada.

—Sedúcele. Para empezar no te vistas tan desaliñada, debes estar siempre guapa. Por las noches vístete ropa de encaje, camisones de seda para volverle loco y que no sepa controlarse.

Échale un poco de imaginación, jolín. Que no es tan difícil.

Paige empezó a reír a carcajadas. Esa mujer la estaba cayendo muy, pero que muy bien.

—Tú le amas, ¿no? —Preguntó la buena mujer. Paige asintió con vehemencia.

—¡Pues lucha por él! Tarde o temprano caerá.

Con las fuerzas renovadas asintió con una gran sonrisa.

—¡Este va a caer como yo me llamo Paige! —Dijo con decisión y Johanna la miró con orgullo.

Capítulo 3

Después de comer y ya más tranquila, se había ido al cuarto que su esposo le había impuesto. Este se iba a enterar. ¿Cómo podía conquistarle si no la dejaba dormir en su cama? Se preguntaba caminando de un lado a otro. Decidió llamar a la come—cocos. Era de lo más ridículo que precisamente la persona de la que más se burlaba en el pasado, era a la que necesitaba en ese momento, pero es que la muy perra era realmente buena. En tan solo cuarenta minutos había logrado que Paige le hablará sobre toda su infancia. ¡Por fin había entendido la razón de su terror hacía los payasos! Esa mujer lograba adentrarse en su mente tanto que a veces Paige tenía las enormes ganas de tirarla de los pelos tan brillantes y sedosos que tenía, pues se enteraba de cosas que las personas habían enterrado en sus mentes muy en el fondo. Era una invasora de pensamientos.

Con una mueca de desagrado, marcó su móvil, en el cuarto pitido Laura contestó.

—¿Diga?

—¿Por qué no contestas? Estoy aquí esperando desde mil horas… —Empezó Paige, haciendo sonreír a Laura que ya la conocía como a la palma de su mano. Cuando se ponía nerviosa comía y se desesperaba de forma exagerada.

—Veo que alguien se ha despertado con el pie izquierdo. —Contestó la profesional, divertida.

—Te voy a dar yo a ti un pie izquierdo. ¡Este hombre es imposible! ¡Me ha echado de la habitación! ¡Cómo se supone que le voy a seducir! Encima me ha dado un cuarto más pequeño. —Habló agitadamente.

—Paige, primero quiero que te calmes. ¿Bien?

—¿Por qué confié en ti? Si eres pésima haciendo de psicóloga, eres una come—cocos. ¡Mata—sanos! Fuiste tú la que le sugirió a Abigail volver al sitio que más trauma le había provocado, a pesar de saber su grado de ansiedad. Por tu culpa casi se muere…

—¿Y cómo acabó todo, Paige? Abigail ya no tiene ataques de ansiedad. Se ha casado con el amor de su vida, con su mejor amigo. Descubrió a los asesinos de sus padres y del padre y tía de su esposo. Ahora es feliz y encima ha salvado a una niña hermosa de

un sufrimiento horrible. Ella, Jacob y Francesca han formado una familia que pronto se hará más extensa.

¡Deja de quejarte y sí realmente quieres lograr que ese hombre te entregue su corazón, debes escucharme! Porque por mucho que te joda Paige, soy muy buena y sé que lo primero que debes hacer, es enterarte de quién fue la mujer que rompió su corazón. Eso hará que le comprendas mejor. De esa manera le demostrarás que tú no eres lo que esa mujer era y que nunca le harás lo que ella le hizo. Él debe confiar en ti. Eres fuerte, hermosa e inteligente y maldita sea, tienes un carácter de mil demonios, así que sí alguien puede atrapar a un hombre como Peter Craig, esa eres tú.

Un peso enorme cayó de Paige, justo eso era lo que necesitaba oír. Si Laura le decía que el corazón de su esposo estaba roto, es que así era. Aunque la psicóloga nunca había hablado con él, Paige se lo había descrito muy bien y confiaba en lo que le decía.

—Tienes razón. Debo entender quién fue esa mujer. —Dijo Paige con decisión y Laura la respondió. —Pregunta a los del servicio, ellos siempre lo saben todo, acerca de la familia para la que trabajan.

—Hay una ama de llaves, sé que ella lo sabe todo, así que me haré amiga de ella y en cuanto confié en mí, haré que me cuente todo. No será difícil, es muy maja y creo que le he caído bien, además se nota que desea que yo siga con Peter, me ha dicho que tengo el poder de influir en él, o sea que está muy interesado.

Laura empezó a reír con su voz cantarina y respondió.

—Ya verás como todo mejora. Date cuenta de que al fin y al cabo le has tendido una trampa. Cuando te dije que le atraparás no me refería a eso sino a que le sedujeras y tú vas y le emborrachas y montas una boda con Elvis Presley. Desde luego no me había imaginado hasta qué punto estás chalada. —Le dijo la mujer, estallando en una gran carcajada.

—¡Qué profesional! Burlándote de tus clientes. —Siseó Paige.

—Pacientes —La corrigió Laura.

—Clientes. Porque te pagamos una cantidad desbordante, guapa.

—¡Exagerada! —Le respondió Laura, como si estuviera ofendida.

En ese momento, alguien llamó a la puerta, así que Paige se despidió de su ami—enemiga.

—Debo colgar que están llamando a la puerta.

—Llámame siempre que quieras y a la hora que sea, te responderé, no te preocupes. —Le dijo Laura que más que una psicóloga hablando con su paciente, parecía una buena amiga.

—Lo haré. Que pases una buena noche.

—Gracias, tú también.

Descolgó y bajó de la cama sobre la que estaba tumbada. Descalza caminó por el suelo moqueta de lana. Era muy reconfortante así que Paige había decidido no ponerse nunca calcetines en esa habitación. Quitó el pestillo de la puerta y la abrió para encontrarse delante a su malhumorado marido.

—¡Debes bajar a cenar! —Le ordenó de forma brusca. Paige suspiró y pensó que debía tener paciencia. Le había forzado a contraer matrimonio, le había manipulado, entrando en su vida y poniéndola patas arriba, como un huracán que sin aviso lo arrasaba todo.

Decidió vestirse un poco más guapa. Rebuscó entre su ropa que ya estaba ordenado en el armario blanco de estilo vintage que había en esa habitación. Se decantó por un vestido entallado de color verde y en seda. Le llegaba hasta las rodillas, así que no se vería vulgar. Le sentaba como un guante, se puso unos zapatos negros de tacón bajo y se maquilló ligeramente. Un poco de colorete en las mejillas le dio un aspecto saludable y descansado. Se puso un poco de rímel y lápiz negro para realzar sus ojos y un labial rosado en los labios. Se roció con un poco de perfume y listo. El cabello se lo dejó suelto, era el rasgo que más le gustaba de sí misma, junto con sus ojos.

Una charla de lo más acalorada se oía desde el piso de abajo. Todavía no conocía aquel caserón, al día siguiente su principal compromiso sería ver cada rinconcito de la casa. Por muy curioso que fuera, la empezaba a considerar suya. Ya era una Craig, por lo tanto, también era señora de aquellas tierras que pertenecían a su marido.

Siguiendo las voces, llegó hasta un comedor muy espacioso y luminoso. Sus paredes eran blancas y únicamente un cuadro de un paisaje de montañas y riachuelo adornaba la estancia. Los techos eran altos, el suelo de madera oscura le daban un aspecto aún más sofisticado y elegante, a su vez hogareño. En medio de la estancia había una mesa de madera maciza, muy alargada. Probablemente cabían más de quince personas. En la cabecera se sentaba Bethia, que le dedicó inmediatamente una hermosa sonrisa. A su derecha se sentaba Peter. Bethia le indicó con la mirada que se sentará en la silla contigua a la de Peter y ella lo hizo sin titubear.

Su marido le había dedicado una mirada fruncida, pero eso sí, no se había cortado en mirarla de arriba abajo. Hecho que le encantó a Paige.

Con una sonrisa de oreja a oreja, porque no le era tan

indiferente como él deseaba que creyera, empezó a comer los deliciosos Pejerrey de ternera escocesa. Lo había probado solo una vez en la universidad ya que su compañera había sido escocesa y desde entonces no lo había olvidado.

Empezó a comer con apetito, desde que había llegado no había comido como ella solía hacer. Paige engullía grandes cantidades mientras Bethia y Peter la miraban asombrados.

—Es que tengo hambre. —Dijo con la boca llena y su suegra sonrió divertida. Paige le parecía la persona más natural que alguna vez había conocido.

En cambio, su marido la fulminó con la mirada y la contestó.

—Lo único que te falta para parecer un total esperpento es engordar. Tienes un color de pelo horrible y no hablemos de tu gusto por la moda. Engordar es lo que menos te conviene, querida esposa.

Su apetito desapareció inmediatamente. Nunca antes se había sentido como en aquel momento. Siempre se había considerado una mujer atractiva. ¿De verdad su cabello era horrendo? Sí era lo que más gustaba de sí misma…

Su suegra fulminó a su hijo con la mirada y habló.

—¡Paige es perfecta! Su cabello es hermoso y aunque engordará un poco seguiría estando arrebatadora. Debe ser eso precisamente lo que te jode tanto. —Siseó la mujer.

—Buenas noches a todos. Creo que no soy bien venido en mi propia casa. Ya todo lo que digo es motivo de que mi madre me ataque y todo es culpa tuya. —Señaló a Paige y salió del comedor. Dejando tras de sí una tristeza profunda y un silencio de lo menos relajante.

Capítulo 4

—Siento mucho el comportamiento de mi hijo. No sé lo que le está sucediendo últimamente. —Se excusó Bethia. Parecía de lo más decepcionada.

Paige no deseaba crear conflictos familiares, así que la contestó.

—No sabes lo mucho que me alegro de que nos llevemos bien. Comparada con la suegra de mi amiga eres un pan con miel.

—¿Tan mala es la suegra de tu amiga? —Preguntó Bethia, sorprendida y divertida.

—¡Era una bruja! Asesinó a su marido y a los padres de Abigail. —Respondió Paige tan pancha, dejando a la mujer pálida como la nieve. — A lo que iba Bethia, es que… Me hace muy feliz que yo te haya caído bien y que me hayas acogido a pesar de estar al tanto de cómo me casé con tu hijo. Te lo agradezco, de verdad, pero, no quiero crear conflictos entre vosotros. Intentaré solucionar esto yo. Creo que te caigo tan bien porque eres una mujer intuitiva y te has dado cuenta enseguida que amo a Peter. Ahora mismo él no tiene una buena opinión sobre mí y siente que me he burlado de él, atrapándole en un matrimonio que no deseaba y no desea, pero con el tiempo tal vez me llegue a amar, lucharé por este matrimonio.

Bethia la observó admirada. La mirada de Paige brillaba de decisión, esa muchacha tenía agallas. Sujetó sus manos entre las suyas y sonrió con sinceridad.

—No me meteré. Te lo prometo. Si te soy sincera, creo que mi hijo ya está enamorado de ti, pero su tozudez se lo impide ver. Es por eso que se resistirá mucho y espero que tú seas lo suficientemente fuerte. Yo le veo cómo te mira cuando tú no le ves, en su mirada nunca antes hubo tanto brillo. Te mira como si fueras suya, cielo. Ahora mismo se comporta como un imbécil, pero te aseguro que es la persona más bondadosa y gentil que pueda haber y no lo digo por ser su madre. En estos días no reconozco a Peter. —Dijo la mujer, triste.

Paige se emocionó, esperaba que lo que tanto su suegra como Laura y Johanna opinaban, fuera así. No había mayor deseo en el corazón de Paige Craig que conseguir el amor de su esposo.

—¿Realmente crees que me ama? —Preguntó casi sin voz.

—Antes de que te viera, investigué sobre ti. —Admitió Bethia, dejando a Paige sorprendida.

—Claro. Al principio obviamente pensé que seguramente eras

una caza fortunas, pero cuanto más investigaba más me daba cuenta de que tienes un corazón de oro. Sobre todo, cuando vi que cada mes donabas dinero para que los niños se educarán.

Paige estaba asombrada por lo que oía, eso ni siquiera lo sabía Abigail que era su mejor amiga.

—También me enteré de cómo tu familia ayudó a esa amiga tuya, a la que habíais acogido y que gracias a vosotros sacó sus estudios. Lo único que quedaba era verte cara a cara. Si hubiera visto una indiferencia en mi hijo, yo misma habría aceptado el divorcio, como toda madre no quiero que mi hijo sea infeliz, pero lo que vi fue exactamente lo que ya había pensado. Peter no acepta que se ha enamorado.

La primera vez que te vio, me llamó a la noche, no paró de quejarse. Me contó que una pelirroja endiablada le había tirado una jarra de agua encima. —Le dijo Bethia empezando a reír, divertida.

Paige estaba atónita, no se podía creer que Peter le hubiera contado a su madre, su primer encuentro con ella. Sonrió recordándolo.

—¿Por qué tu hijo es tan reacio a admitirme en su vida? —Preguntó, curiosa. Decidió que la confianza con su suegra era la suficiente como para que se lo preguntará a ella directamente.

—Soy viuda, el padre de Peter nos dejó incluso antes de su muerte. Es una historia un poco larga…

—Tenemos tiempo, Bethia. —Dijo Paige.

—Pedimos el postre y nos tomamos un buen té en la sala, ¿te parece? —Preguntó Bethia y Paige asintió. Acompañó a su suegra, que la llevó hasta una sala hermosa de color blanco y gris clarito. Los sofás eran de piel en color negro. Se fijó en la chimenea, allí se debían pasar unas navidades de lujo. Sonriendo se sentó y al cabo de un rato vino Johanna con una bandeja plateada sobre la que había pastas y té.

Bethia tomó un sorbo, antes de empezar a contar. A Paige le daba la impresión de que la mujer sentía una gran dificultad de hablar sobre el tema.

—Peter tenía diez años cuando me separé de Ian. El divorcio siempre fue inaceptable en mi familia y no llegamos a divorciarnos oficialmente nunca.

Se marchó con la niñera que teníamos por aquel entonces. Christel era una bella pelirroja que le robó el alma al estúpido de mi marido. Lo dejó todo sin mirar atrás. Hubo un tiempo en el que odiaba a las pelirrojas como no te imaginas.

—Paige se revolvió incomoda en su silla, empezando a

comprender muchas cosas. Su suegra le dedicó una sonrisa.

—Tú eres una pelirroja especial, sería incapaz de odiarte, se te ve lo buena que eres mi niña.

—¿Qué sucedió después de que se marchará? ¿Le volvisteis a ver?

—Sí porque se mudó a una de nuestras casas, junto a ella. A tan solo dos cuadras de aquí.

Paige se había quedado estupefacta, aquella situación debía ser horrorosa para un niño de diez años.

—Lo peor vino después. Christel era muy avariciosa y no paraba de pedir a Ian cosas lujosas. Él por supuesto, se lo daba todo. Cada fin de semana la llevaba a sitios hermosos, la compraba joyas que cuestan un riñón… Una vez le compró un carro, pero no le gusto, al día siguiente tenía otro del mismo modelo, pero del color que Christel deseaba.

Paige no se podía creer todo lo que oía. Era increíble lo estúpidos que llegaban a ser algunos hombres.

—A Christel no le bastaba con todo esto. Ella deseaba toda la herencia que acabaría heredando Peter.

El aliento de Paige se cortó. No conocía a la mujer, pero si la hubiera tenido delante le habría arrancado los pelos.

—Yo por supuesto me negué en rotundo. Hasta que se casará mi hijo la fortuna que le correspondía, en caso de que algo le pasara a Ian, la administraría yo.

En ese momento ella empezó a enloquecerle, eso llevó a Ian a la bebida.

Comenzó a autodestruirse y su propio hijo lo presenció todo. La empresa que por aquel entonces tenía mi marido, llegó a su ruina. Todos los accionistas, inversores estaban muy cabreados. Ian se vio obligado de vender algunas tierras de nuestros antepasados y casas que teníamos. La mitad de esta ciudad le perteneció a su familia.

Finalmente, durante un viaje, el avión en el que iban tanto él como Christel, se estrelló y los dos murieron. Peter ni siquiera derramó una lágrima por su padre. Tenía catorce por ese entonces.

Como te imaginarás nuestra situación económica estaba cada vez peor ya que mi hijo solo se había quedado con algunas tierras que nunca habían sido trabajadas, esta casa y otra que ya estaba en ruinas. Estudió mucho y cuando cumplió los dieciséis empezó a trabajar a su vez. Hacía todo tipo de trabajos. Se le daba bien la informática, así que muchos le llamaban para instalarles el wifi o reparar algún ordenador. También trabajaba de repartidos de periódicos, pizzas y más…

Cuando acabó la carrera de Economía y hasta hizo un master de dirección de empresas, abrió su primer negocio. En pocos años logró recuperar la fortuna de su padre e incluso aumentarla. —Acabó de relatar Bethia y en su mirada se veía lo orgullosa que estaba.

Paige le admiró en ese momento aún más. Había visto en él que se esforzaba, que era un hombre inteligente. No como algunos ricos a los que Paige despreciaba, aquellos que habían nacido en cunas de oro. Desde que conocía a Jacob y a Peter su opinión al respecto había cambiado mucho. Al principio se había creído que Peter era de esos que en su vida se había esforzado por algo. Ahora se sentía avergonzada de lo que había opinado sobre él. Como decía su madre, el prejuicio es uno de los peores enemigos de las personas.

—Él ve en mí a la amante de su padre, ¿cierto? —Preguntó mientras las tripas se le revolvían.

—Exacto. Lo cierto es que en el aspecto físico os parecéis mucho. —Contestó la mujer con una triste sonrisa.

Paige se quedó sin aliento. Por eso él la despreciaba y la forma en la que ella le había obligado a casarse, había aumentado su odio, alimentado su ira.

—Está claro que proyecta el odio que sentía hacía la mujer que destrozó a su padre en mí. —Dijo impactada por lo que había descubierto.

—Pero te desea. Debes ser paciente, Paige. Mi hijo ha tenido muchas novias, de esas que duran un mes, pero tú le alteras y debido a sus demonios del pasado te hace daño. Me duele al verlo, pero sé que le amas y no pareces de las que se rinde.

—No lo soy. Este cae como yo me llamo Paige. —Dijo ella y su suegra sonrió.

—Debes echar de menos a tus padres, Paige. Yo siempre he querido tener una niña. Adoro a mi hijo, pero una niña no habría estado mal. Si te parece, puedes llamarme, mama. —Dijo Bethia, emocionada. Paige la abrazó en respuesta y susurró. —Mama. —Lo cierto es que sí que echaba de menos a sus padres y a su amiga, Bethia sería su segunda madre y mejor amiga. Sonriendo por no estar sola y tener apoyo de la persona más importante para Peter, decidió que iba a conseguirlo. Si su marido realmente la deseaba no tardaría en sucumbir al deseo de invitarla a su cama.

—Cuéntame más cosas sobre la niñez de Peter. —Pidió al cabo de un rato.

Y se pasaron toda la noche hablando sobre viejas anécdotas, algunas hicieron reír mucho a Paige.

Capítulo 5

La luz del sol que atravesaba la persiana la despertó. Se estiró sobre la cama y se frotó los ojos. Eran las nueve de la mañana, le tocaba llamar a sus padres y después a Abigail con la que todavía no había hablado. Necesitaba saber cómo iba la inmobiliaria y empezar a hacer su trabajo a distancia. Ya tenía algo de experiencia trabajando de esa forma, así que no era nada nuevo.

Bajó a la cocina. Ya conocía toda la casa como a la palma de su mano, su suegra se la había mostrado encantada.

—Buenos días dormilona. —La saludó Johanna que era la única empleada que dormía en la casa. Paige todavía no conocía a todos, pero lo haría ese mismo día.

—Bien, con energías para el resto del día. ¿Qué hay para zampar? —Preguntó sintiéndose hambrienta.

—¿Qué te parecen unas tatties? —Preguntó la mujer con esa sonrisa de oreja a oreja que tanto la caracterizaba.

—¿Qué son exactamente las tatties? —Preguntó Paige, curiosa. No lo había oído nunca.

—Es un desayuno tradicional escocés, básicamente torta de patata y harina frita.

—Tiene una pinta de ser bien calórico. Ponme una buena ración. —Contestó Paige, divertida.

—Tienes buen apetito. Eso es bueno para una esposa escocesa. Aquí los inviernos son duros y es necesario desayunar unas dosis altas para aguantar el frio mejor. —Dijo la mujer.

Paige pensó que eso tenía lógica. Todavía faltaba mucho para el invierno. Lo cierto es que no lo había pensado, pero ella odiaba al frio. En Port Elliot había llegado junto a Abigail justo en pleno invierno y ella no había parado de quejarse. Ahora ya estaba llegando la primavera, las navidades las había pasado con sus padres al igual que el año nuevo. Después fue la celebración que habían dado Abigail y Jacob por su reconciliación y por haber adoptado a Francesca.

Justo la noche en la que emborrachó a Peter y le llevó donde ese amigo que solía actuar como Elvis Presley y tenía licencia para casar, se la había sacado por internet. La idea se le ocurrió repentinamente y en ese momento logró atarle en ese matrimonio

sin pensar demasiado. Lo único que deseaba era ser la señora de Peter Craig.

Sonrió recordando el momento. Había llegado a la celebración con un vestido despampanante, con el deseo de seducirle, pero se encontró con que él estaba borracho como una cuba. Ya sabía que Peter no solía beber hasta ese punto, como mucho un brandy a la noche, pero cuando se emborrachaba, realmente no sabía lo que hacía. Como el momento en el que había agarrado a Abigail pensando que era ella y la había besado a la fuerza. Eso por poco rompe la amistad de Paige y Abigail y de Peter con Jacob que era como un hermano para su ahora ya, marido.

Así que decidió aprovechar esa oportunidad. Ya había hablado anteriormente con la come—cocos de Laura, porque estaba desesperada, pues él había dejado de prestarla atención alguna y desaparecía por largos tiempos yéndose a Escocia, aunque siempre volvía. Si hasta había empezado a vivir en Port Elliot con tal de estar más cerca de él…

Le invitó a otros cuatro tragos que él aceptó encantado. Después se acordó que tenía un amigo que hacía actuaciones improvisadas, ella misma había sido su agente inmobiliario hacía un par de días. Como era sociable se había hecho amiga del hombre, además le había encontrado una casa en una de las mejores zonas de Birmingham y a un muy buen precio. Le debía un favor, por lo tanto.

Le llamó en plena actuación y le pidió el favor de casarla con Peter. Por supuesto le explicó que él estaba ebrio y que ella deseaba cazarle para que fuera su marido. Stephen aceptó sin rechistar y en media hora Paige ya había traído a Peter a una iglesia abandonada, sacándole de una manera discreta de la fiesta.

Se acordaba perfectamente de cómo su rubio balbuceaba estupideces.

—Te deseo Paige. Quiero estar dentro de ti… Eres preciosa…. —Se supone que los borrachos dicen la verdad, así que Paige supo en ese momento que hacía lo correcto. Él la deseaba, algún día llegaría a amarla también o tal vez ya lo hacía, como había dicho su suegra.

Su boda había sido de lo más inusual ya que el novio a penas se mantenía en pie.

Johanna le colocó el plato con la torta delante. El aroma era delicioso, Paige empezó a comer con ganas olvidándose de sus pensamientos o, mejor dicho, remembranzas.

—¡Hoy va a ser la boda! —Dijo en voz alta su suegra entrando en la cocina. Paige dio un respingo.

—Casi me da un patatús por tu culpa, suegra. —Dijo Paige y volteo los ojos al ver la mirada de felicidad de Bethia.

—Mi hijo se va dentro de dos semanas por temas de negocios y lo sabes. Necesito estar ya en una boda de verdad como corresponde que después quiero presentar a mi preciosa nuera a todas mis amistades. —Dijo Bethia y Paige no pudo evitar sonreír por su emoción. Pero después se entristeció. Algo le decía que eso no le iba gustar nada de nada a su marido.

Paige contemplaba por la ventana de su habitación la decoración del jardín. Desde luego, se notaba que su suegra no lo había planeado en un día. Durante la hora del té, la había dicho que llevaba recopilando recortes de imágenes desde hacía mucho y que de más jovencita había sido una planificadora de bodas. El jardín había quedado hermoso para haber sido todo hecho en una sola tarde. Su marido no había vuelto durante casi todo el día. Paige se mordió el labio, nerviosa, esperaba que viniera a la boda, sino tanto ella como Bethia, quedarían en ridículo porque su suegra había invitado a la mayoría de gente del pueblo.

Los invitados llegaban poco a poco. Paige se observó en el espejo. El vestido era de estilo vintage, ya que había pertenecido a su suegra. Esperaba que su matrimonio no fuera tan desastroso como el de ella.

Su look no era como ella se había imaginado, pero tampoco era fea. Su cabello estaba semi—recogido y suaves hondas caían por su espalda. Una corona de flores adornaba su cabello y parecía una princesa celta.

—¿Estás lista? —Preguntó Johanna desde la puerta. Paige asintió. Le habría gustado que sus padres también estuvieran y Abigail no le iba a perdonar el hecho de no asistir a su boda. Paige iba a invitarla, pero estando embarazada no deseaba arriesgarse a que su amiga viajará tantas horas.

—Haz muchas fotos, Johanna. Las enviaré a mi familia. —Dijo Paige y la mujer asintió.

—Por supuesto. No te preocupes, he cargado el móvil y está a tope con batería. Grabaré todo con detalle. —Paige sonrió, agradecida. Se encaminó hacía su mesilla de noche y del cajón sacó el anillo que le había regalado su padre en su diecinueve cumpleaños. Era una sortija de oro masculino. Su padre se lo había dado porque una vez había pertenecido a su abuelo. Estaba hecha a mano y aunque para los Craig su coste no suponía casi nada, debido a lo ricos que eran, para Paige y su familia era muy valioso.

—¿Crees que a Peter le gustará? —Preguntó a Johanna con la

sortija en la mano.

La ama de llaves sonrió y respondió. —Creo que le fascinará.

La música empezó a sonar y Paige con el miedo en el cuerpo, preguntó.

—¿Ha venido?

—Está abajo, no te preocupes.

Salió de la habitación temblando como una hoja en pleno comienzo del otoño.

Al llegar al jardín sintió ganas de huir. No estaba lleno, pero había gente que no conocía y ninguno de sus amigos o familiares estaba presente. Johanna y Bethia la animaron con la mirada.

Paige empezó a caminar por el pasillo hecho de rosas y mirando hacia delante, donde su marido la esperaba con el ceño fruncido. Lo cual no animaba mucho que digamos.

La ceremonia fue corta. Cuando llegó el turno de los anillos. Peter le puso la sortija de Bethia a regañadientes y susurró en su oído. —Tú no mereces llevar esa sortija en tu mano. No eres para nada lo que yo busco en una esposa.

Paige intentó retener las lágrimas que se acumularon en sus ojos. Sacó la sortija de su padre y se la puso en el dedo anular con las manos temblorosas. Sin querer su mirada se cruzó con la de él y entonces se dio cuenta de que todo había sido un error. No había amor en esa mirada, ni siquiera respeto… Nada, no había nada.

La celebración de la fiesta había sido de lo más desoladora para Paige. Su marido llevaba bailando dos horas con una mujer hermosa a la que no conocía. Ella reía con voz cantarina y él la miraba embelesado, de una forma como nunca había mirado a Paige. En ese momento la pelirroja maldecía a Laura, pero, en su interior sabía con certeza que no solo la psicóloga había cometido error aconsejándola.

Observó a su marido. El traje le sentaba como un guante. Era alto, muy apuesto. Sus músculos se podían adivinar bajo el traje, ella ya sabía cómo era su cuerpo. Fuerte como una roca. Sus ojos verdes chispeaban de felicidad mientras hablaba con esa hermosa mujer rubia de ojos café.

Su cabello rubio había crecido un poco y le hacía parecerse a Brad Pitt, en sus mejores años. Por desgracia, él nunca la amaría como ella a él. Debía haber escuchado a su mejor amiga y parar a esa locura esa misma noche en la que emborrachó a Peter y se casó con él.

La noche transcurrió y aunque, su suegra intentó hablar con ella y Johanna también, se sentía sola. Hacía veinte minutos que su

marido se había ido acompañado por la rubia y el resto de invitados la observaban con pena. Una boda infernal, eso había sido su boda.

Se acordó de cómo había sido la de Abigail. Tal y como su amiga había soñado, a pesar de que en ese momento Jacob la odiaba porque pensaba que era una ladrona. Mientras que ella misma, que siquiera había esperado una boda grande, ni había tenido una decente.

Anhelaba hablar con su mejor amiga, contarla todo lo que estaba sucediendo. No lo había hecho hasta ahora para no preocuparla, pero ya necesitaba desahogarse.

Se levantó de la silla en la que llevaba sentada durante toda la celebración y se encaminó hacía el confort que le proporcionaría el silencio de su habitación.

Capítulo 6

No veía a su marido desde hacía casi una semana, concretamente desde su segunda extraña boda. Él se había ido durante la celebración y Paige no le había vuelto a ver. Bethia estaba de lo más enfadada con su hijo, mientras que Paige había caído en una depresión de la que no sabía si podía salir. Abigail la llamaba a menudo, pero no la apetecía hablar. Por muy mal que sonará, sentía envidia de la felicidad de su amiga, su matrimonio era perfecto y Jacob la adoraba. Después se sentía furiosa y decepcionada consigo misma. Al final no la había contado ni la mitad de lo que pasaba.

Ni en sus peores pesadillas se habría imaginado que su matrimonio sería así. El hombre que había elegido la despreciaba constantemente.

Resopló mientras contemplaba a través de la ventana de su habitación la tormenta que caía. Su móvil sonó y la sacó de sus pensamientos.

—¿Si? —Preguntó sin ganas.

—¡Ahora mismito me vas a decir lo que te está sucediendo! ¡A mí no me puedes engañar, Paige! He visto las fotos y se ve claramente lo desdichada que eres. No les he dicho nada a tus padres para no preocuparles, pero te aseguro que yo, en el primer avión que haya me voy para Escocia. Ya le pediré yo, explicaciones a ese rubio que tienes por marido que ya me tiene harta… Jacob intentó hablar con él, pero no suelta nada el muy cabrito.

Paige no pudo evitar sonreír. Echaba de menos a su amiga y ahora se daba cuenta de que había cometido un error al no hablar con ella más a menudo.

—Abigail deja de parlotear, que vas a reventar mi tímpano de la oreja.

—¡Déjate de rollos y cuéntame lo que está pasando! Ya me imaginaba yo lo que pasaría cuando te fueras. Ese gusano de Peter… —Dijo su amiga enfurecida.

—Amor, que es mi mejor amigo. —Se oyó de fondo la voz de Jacob y Paige empezó a reír. ¡Dios! ¡Cómo les echaba de menos!

—Uy, uy qué carácter se te está poniendo, amiga. —Dijo Paige, divertida.

—Es un poco culpa de las hormonas… ¡Y tuya, que no me cuentas nada!

Paige suspiró y respondió. —No sé por dónde empezar…

—Pues por el principio, desde que llegaste. —Contestó su amiga.

Paige empezó a relatar todo, sintiéndose a veces incomoda porque era humillante cómo se había portado Peter. Sin embargo, no podía culparle porque él le había dicho y demostrado desde el principio que no la quería y que nunca lo haría. Ella misma se había ilusionado.

Al acabar de contar todo, no se dio cuenta de que lloraba.

—Le daré el divorcio. Él debe sentirse fatal de casarse con alguien que no ama y ahora me detesta y es comprensible.

—Creo que lo mejor es darle el divorcio, cielo. Te lo dije desde el principio, pero no deseabas escuchar.

—Porque le amo, Abigail. Le amo, con todo mi corazón. —Respondió Paige, empezando a llorar a lágrima viva.

—¿Me permites decirte algo? —Se sorprendió al oír la voz de Jacob.

—Sí, claro… —Respondió, sorbiendo por la nariz y con la voz congestionada.

—Cuando te conocí por primera vez y vi cómo le tirabas la jarra de agua a mi mejor amigo, pensé que eras una mujer de carácter. Cuando ayudaste a mi esposa descubriendo todo el crimen que realizó Rebeca, nos devolviste la felicidad que los dos habíamos perdido por el camino del orgullo y los prejuicios.

Cuidaste de Abigail, estando en sus momentos más difíciles y enserio, una vida entera no me llega para agradecértelo.

—Es como una hermana, no tienes que agradecerme. —Respondió ella, emocionándose.

—Y ahora te has convertido en una mejor amiga para mí, porque eres una de esas personas que dan y no esperan recibir nada. Eres fiel y tienes un corazón tan grande que no merece sufrir como lo está haciendo. Me estás dejando en una gran encrucijada porque Peter también es mi mejor amigo y aunque, es una persona de un gran corazón también, no puedo admitir que te haga más daño. Sobre todo, porque la Paige que yo conozco ha desaparecido. ¡Está no eres tú! ¿Dónde está la mujer parlanchina, la gran negociadora, la mujer segura de sí misma, la que siempre sonríe? ¿Dónde, Paige?

Paige se había quedado congelada. Sus amigos tenían razón. Había perdido su personalidad. Se encaminó hacía el espejo, sujetando el móvil en su mano, cerca de la oreja y al contemplarse se quedó estupefacta. ¡Era cierto! ¡Esa mujer que la miraba desde el espejo, no era ella!

—Ya no sé qué hacer… —Dijo susurrando.

—¿Qué haría la Paige de antes? —La preguntaron Abigail y Jacob, al unísono.

Paige levantó su fina ceja y respondió.

—¡Estoy en Escocía! Lo primero será encontrar un abogado y firmar los documentos de divorcio, después divertirme y ver todo de esta hermosa ciudad y hacer un montón de fotos. Desde que he venido aquí, no he salido nada de nada. Y qué si él no me ama, ya vendrá uno que lo haga. No ha funcionado, pero he sido valiente y he comprobado que Peter Craig no siente nada hacía mí, ni siquiera respeto. Ahora hay que pasar página y al menos irme con dignidad.

—¡Al fin has vuelto! —Gritaron sus amigos, felices de volver a verla tan resuelta.

—Yo he estado allí y te recomiendo un sitio que es genial para pasarlo bien. —Dijo Jacob.

—¿Cuál? —Preguntó Paige, sonriendo. Se sentía con energías y deseaba divertirse.

—El Goldfingers. Respondió Jacob riendo estruendosamente como si fuera un villano de una telenovela.

—¡Estás loco! ¡Qué va hacer allí, Paige! —Oyó la voz iracunda de su mejor amiga.

—¿Por qué Abigail está tan enfadada? ¿Qué es el Goldfingers? —Preguntó Paige, curiosa.

—Es el club de Striptease más famoso en Glencoe. —Le respondió Jacob, dejándola atónita, mientras su amiga seguía refunfuñando a su marido. Entonces Paige se dio cuenta de lo que pasaba. Así que su maridito se pasaba el tiempo allí…

—¿Está Peter allí?

—Desde que acabó la boda. Allí tiene un piso que usa cuando se queda en el club. Se la pasa todo el tiempo bebiendo. Ayer me llamó ebrio. Le eché la bronca y se rió de mí. —Le contó Jacob, mientras Abigail y Paige jadeaban de indignación.

—Ya sé lo que pretendes. Que vea que estoy bien sin él ya que seguro que se cree que estoy llorando por él como una magdalena. —Dijo Paige, entre dientes.

—Y así era hasta hace media hora. —Respondió Jacob, divertido.

—Pues, eso se acabó. Ahora verá a lo que es capaz su mujercita. —Dijo Paige, maliciosa y sus amigos estallaron en risas porque la conocían perfectamente.

Se encontraba ante la puerta del Goldfingers. Las letras con las que estaba decorado el exterior del local, brillaban en rosa neón. Paige bajó de su carro, recordando la cara de Bethia al verla salir

con una minifalda roja de cuero y un top en negro. Todo complementado por unos tacones de quince centímetros.

—"¿A dónde te crees que vas así?" —La había preguntado su suegra, estupefacta.

—"Al Goldinfingers". —Había respondido ella, tan pancha. Contra todo pronóstico, Bethia la había contestado.

—"¡Machácale!"

Tomó aire y entró. Al parecer necesitaba un pase, pero el portero la miró de arriba abajo y con una sonrisa la dejó pasar.

El ambiente era de lo más provocador. La música sonaba y se mezclaba con el tintineo de las jarras de cerveza, mientras los hombres reían y miraban a las stripers con hambre. Las chicas bailaban casi desnudas sobre las barras que llegaban desde los techos hasta la base de las barras. Miró a su alrededor y casi se le salta el corazón del pecho, al ver a su marido con una morena sobre sus rodillas. Aunque, eso sí, él no parecía prestarle mucha atención. A pesar de ello, sintió unos celos que la carcomieron. Enfadada consigo, decidió no pensar en él. Estaba libre de hacer lo que le diera en gana, porque aquel matrimonio nunca había sido real. Fue hasta la otra barra que había en el local, allí solo había un camarero y muy mono. Sus ojos eran de color miel y su cabello rubio cenizo. Tenía una bonita sonrisa que le dedicó a ella para saludarla.

—Hola, mi nombre es Paige. —Le saludó ella.

—El mío, Logan. Un placer conocerte, hermosa. Tú no eres de por aquí, ¿cierto?

—Soy inglesa. —Respondió ella, sonriendo. Era la primera vez que se sentía cómoda desde que había pisado tierras escocesas.

—¿Y qué haces por aquí? —La preguntó él, de lo más interesado.

—He venido de vacaciones. —Mintió ella de forma descarada. Logan la miró frunciendo el ceño.

—Ya sabes, me enteré de este sitio por una amiga y quiero hacerme montón de fotos y que luego nos riamos. —Prosiguió ella. Logan sonrió y respondió

—Ya veo. Quieres uno de esos recuerdos alocados. —Dijo él, comprensivo, como si supiera lo que ella quería decir, de muy buena tinta.

—Eso es. Es que todo es trabajo y más trabajo. Deseo soltarme la melena un poco. En la oficina se van a partir de risa.

—¿Sabes qué sería muy gracioso? —La preguntó él.

—¿Qué? —Le respondió ella con otra pregunta, abriendo los ojos de par en par.

—Que hicieras un striptease en Escocia. Se hablaría de ti en esa oficina durante un año entero. —Le contestó él, riendo y mirando cada centímetro del cuerpo de Paige. Ella se sonrojó y pensó que sí que sería interesante hacer eso. Nunca había hecho un striptease y quería divertirse en Escocia, pues pronto volvería a Inglaterra, tal vez en unos días. Ya había hablado con un abogado que le recomendó Jacob y según él en unos días estarían los documentos del divorcio, que Peter firmaría encantado.

—Tienes razón, guapo. Ponme una de vodka, antes. —Respondió riendo y él le llenó el vaso. Se lo tomó de golpe e hizo una mueca mientras el camarero se partía de risa.

—Debes hablar con el encargado, pero seguro que te lo permite. —Le dijo él contestando y enseñándola en la esquina a un hombre regordete y con el pelo anaranjado. Ella se encaminó hacia él. No la costó nada que le diera permiso el hombre, que se llamaba Duncan.

Justo en ese momento empezó una canción de Bon Jovi y a Paige le encantaba. Le dio su móvil al encargado y le dijo que le hiciera muchas fotos. Él asintió y ella le guiñó un ojo, sonrojándole. Se subió encima de la barra donde había más bailarinas exóticas y con una sonrisa de oreja a oreja, empezó a mover las caderas, concentrándose en la música. Cerró los ojos y ni se dio cuenta de que una enorme multitud de hombres se formaba a su alrededor. La nueva bailarina pelirroja, empezaba a ser la sensación del Goldinfingers. Paige abrió los ojos y sonrió al ver a todos vitorearla. Hasta la chica que tenía al lado se había bajado y ahora ella era el centro de atención. Abigail fliparía cuando se lo contará. Sonrojada hasta la raíz del pelo empezó a quitarse lentamente el top dejando sus pechos cubiertos tan solo por el sujetador de seda en color rosa fucsia que llevaba. Los gritos se hicieron ensordecedores. —"Quítate la faldita, preciosa" —La gritaban y ella se la desabrochó quedando con sus tanguitas de seda en el mismo color que su sujetador. Empezó a mover sus caderas y su cabello que llegaba hasta su cintura, dándola un aspecto de una ninfa sensual. Cuando levantó la mirada casi se le para el corazón al ver a Peter mirándola como si deseará estrangularla. Leyó en sus labios que decía. — ¡Baja! —Su cuerpo estaba tenso, sus ojos brillaban de una manera amenazante y sus manos formaban puños. Su cabello rubio estaba despeinado, su gran estatura en comparación con lo demás imponía. Pero, allí nadie sabía que ellos se conocían, qué más le daba… Pensó Paige y siguió bailando mientras cogía de delante una botella con vodka y se la echaba encima de los pechos mientras todos gritaban. —"Eres una diosa".

Chilló de la sorpresa cuando alguien la agarró y como si fuera un saco de patatas la puso sobre su hombro. Por el olor de su aftershave supo que era su marido.

—¡Suéltame Peter! —Le gritó ella y él la dio un azote en el culo tan fuerte que Paige deseó darle un puñetazo en toda la cara.

—¡Cállate! —La gritó él con un tono de voz irreconocible.

—Peter déjame vestirme con algo… —Gimió ella al sentir el frio de la noche en su piel. Él la bajó furioso y la tapó con su chaqueta.

Logan salió del local, trayendo el teléfono de Paige. —Se te ha olvidado, hermosa. —Le dijo él y Peter se tensó inmediatamente.

—Gracias. —Susurró ella en respuesta.

—Sé que no nos conocemos, pero me encantaría invitarte a cenar. —Le dijo él y ella antes de poder dar una respuesta, un puño se estrelló contra la cara del pobre camarero.

—Pero, ¡qué te crees que haces! —Gritó Paige, que no reconocía a su marido.

—¡Sube al coche, no lo repito más! —La respondió él y ella temblando se dirigió hacia allí mientras él la seguía.

El rubio arrancó el coche, dejando tras de sí humo. Y en la noche emprendieron viaje hacía las propiedades de los Craig.

Capítulo 7

Durante todo el trayecto no hablaron y cuando él aparcó ella salió del coche disparada. Enfadada por su reacción. La había sacado del bar como un cavernícola.

—¿A dónde crees que vas? —Siseó él y la agarró del brazo.

—¡Suéltame! ¿Cómo te atreves a sacarme así del local? —Le gritó ella en la cara.

—¡Qué querías! ¡Que dejará a mi mujer allí, despelotándose y bailando como una puta! —Le gritó él y ella sin aguantarse, le dio un guantazo en la cara.

—Yo no soy tu mujer, Peter. Y para disculparme por lo que te he hecho, obligándote a este matrimonio, te tengo una buena noticia. Ya contacté con un abogado. En unos días tendré toda la documentación del divorcio y podremos acabar con eso. En ese bar nadie sabía que en papel yo soy tu esposa y aunque lo supieran, este matrimonio no es de verdad y al igual que tú, yo no tengo porque guardar decoro.

—Qué este matrimonio no es de verdad… —Dijo él atónito y siseando.

—¡Exacto! Podías haberme dejado allí en paz. Me gustó mucho el club y me quería tirar a Logan. —Mintió ella en lo último y tras ver como temblaba la mejilla de Peter, como si se estuviera conteniendo, sintió una enorme satisfacción.

—Deja de hablar, Paige o te juro que no podré contenerme más. —Le dijo él con un tono tan suave que le puso los pelos de punta.

—Y nunca, pero nunca más te atrevas a decir que no eres mi mujer. —Le dijo él con un tono ronco y posesivo. A Paige casi se le corta la respiración al oírlo, pero no daría su brazo a torcer, ya se había hecho ilusiones una vez.

—Es que no lo soy. Eres tú mismo el que me rechazó desde el principio, Peter. Ni siquiera dormimos en la misma habitación y solo me has hecho el amor una vez. Lo cual demuestra que no me deseas. Se ve claramente que te repugno y que he cometido un gran error. Pero, soy una mujer joven y seguro que encuentro a alguien que me valore y tú a alguien que sea de tu agrado. Ya me ha quedado claro que no me quieres cerca de ti y estoy harta de tus continuas humillaciones. Nunca voy a olvidar la boda que por desgracia nos organizó tu madre. La gente me miraba triste y entonces supe que no somos el uno para el otro y que todo había

sido una ilusión por mi parte. Mirabas a una invitada que estuvo en la boda con mucho más respeto y amabilidad que a mí y me di cuenta del daño que te había hecho. Te obligué a esto y quiero que todo vuelva a ser como antes. Nuestros amigos están casados y tendremos que vernos muy de vez en cuando, pero por mi parte siempre habrá un trato civilizado. Lo siento si te he avergonzado delante de tu gente, tal vez en el Goldfingers alguien sabía que habíamos contraído matrimonio. No era mi intención, solo quería tener un buen recuerdo de Glencoe y divertirme porque desde que vine no he salido.

Peter se había quedado tallado en piedra. Era como si una multitud le hubiera golpeado en las costillas. Su aliento se había cortado y sentía que estaba perdiendo algo muy importante para él. En ese momento se dio cuenta de que, por sus temores y fantasmas del pasado, había sido un auténtico cabrón con ella. Paige pensaba que no la deseaba cuando en realidad la repudia precisamente porque la deseaba tanto que le daba miedo. Él sentía que sí le demostraba lo débil que se sentía, ella jugaría con él, pero ahora se iba y el escocés no podía negar que el sentimiento era como si le arrancaran el corazón.

—No voy a firmar este divorcio, he sido un auténtico imbécil, Paige, pero nos hemos casado y en mi familia nunca hubo divorcios. Ni siquiera mis padres al separarse se habían llegado a divorciar en papel. Lo intentaré, quiero ser un buen marido para ti. Déjame recompensarte y arreglarlo. Perdóname, preciosa. Imaginarte con otro me revuelve las tripas y lo que has hecho esta noche me ha vuelto loco. Todos esos hombres mirando lo que me pertenece a mí.

—Yo no te pertenezco. —Le contestó ella con una voz que se había quebrado.

—Te demostraré que me perteneces, haciéndote el amor una y otra vez hasta que me digas gritando que eres mía, preciosa. Te haré correrte mil y una veces hasta que lo comprendas.

El corazón de Paige había empezado a latir desbocado y ni siquiera podía responder. Con solo unas palabras su entrepierna se había humedecido.

—¿Te acuerdas de cuando te hice el amor, preciosa? — Preguntó él con la mirada oscurecida y la voz ronca.

Paige se acordaba perfectamente. Como olvidarlo…

—Si… —Susurró ella y él sonrió al tocar su corazón y ver que latía como loco.

—Perdóname. —Le suplicó y ella respondió con la voz entrecortada.

—Nunca he llorado tanto por alguien. No me hagas sufrir más. — A Peter casi se le sale el corazón al oír su suplica. "¿Tanto daño la había hecho?" Se preguntó y se sintió como una basura.

—Antes me corto un brazo que volver a hacerte daño. —La respondió él. Y aunque, no la había dicho que la amaba, para Paige oírle disculparse y suplicarle que no se fuera, era como música al oído, una alegría que la culminó.

Sonrió y se abrazó a él mientras él la estrechaba en sus brazos y la pegaba a su cuerpo. Paige jadeó al sentir la dureza en su abdomen.

—Peter… —Gimió.

—Entra a dentro de la casa, preciosa. Espérame en mi cama y desnuda. —La ordenó con voz ronca y ella con los pies temblorosos se encaminó hacia la habitación de su esposo. Se desnudó, quedándose únicamente en tangas y se tumbó en la cama.

Cuando Peter entró la miró como si fuera un exquisito manjar y ella se sonrojó.

—Abre las piernas. —Ordenó él y ella lo hizo.

—Te voy a mostrar hermosa, que soy el único hombre con el que vas a pensar en compartir el lecho. —Cada palabra suya la enloquecía, su voz ronca la estaba excitando y cada vez se mojaba más.

—Estás húmeda, mi diosa pelirroja. ¿Verdad? —La dijo él mientras se acercaba y la acariciaba con los dedos a través de la fina tela de seda. Paige gimió al sentir sus dedos recorriendo sus pliegues.

—Uf, sí que lo estás, preciosa. —Le decía él y atrapó sus labios en un beso que la dejó mareada. Después sus labios bajaron hasta sus generosos pechos, mientras sus manos no dejaban de proporcionarla placer en su triangulo de venus. Paige se arqueaba y sollozaba, hambrienta por sentirle.

—Mía… —Le dijo él, antes de mordisquear su pezón y sumergirla en un mundo lleno de sensualidad y erotismo.

—Peter… —Gritó ella y él apartó la tela de sus tanguitas y metió un dedo en su interior mientras ella lloraba de placer.

—Ahora, preciosa.

—Amor, por favor métemela ya… —Le dijo ella y él sonrió de soslayo.

Peter entró en su interior de un solo empellón, arrancándole un grito fuerte.

—¿Te gusta? —Preguntó él, empezando a moverse en su interior con una lentitud premeditada para enloquecerla.

—¡Más! —Gritó ella y él no la defraudó, besándola como si la necesitará y aumentando el ritmo. Sus cuerpos sudorosos y la música de sus voces era el ambiente entre aquellas paredes. Con una última estocada, Peter y ella estallaron en un intenso orgasmo.

Abrazados jadeando por la intensa actividad, Paige estaba a punto de levantarse, cuando él la dijo. — Cambia tu ropa aquí. Tu sitio está con tu marido, que soy yo.

—A Paige le dio gracia, la forma en la que lo recalcó. —Bien. — Respondió acostándose con una felicidad enorme.

Bethia y Johanna que habían oído todo. Sonreían cómplices. El plan de Abigail, Jacob y Laura estaba dando sus frutos.

—Se aman. —Dijo Bethia, emocionada.

—Así es. —Respondió Johanna, conspiradora.

Capítulo 8

El olor de huevos con bacón la despertó. Abrió los ojos y pensó que soñaba porque su marido la observaba con una mirada que le quitaba el aliento. Una mirada dulce y hasta incluso se atrevería a decir, enamorada. Se dio cuenta de que era la realidad y su corazón latió en su pecho, alegre.

—Buenos días, hechicera. —Le dijo él con voz ronca y ella se sonrojó al recordar todas las cosas que habían hecho la noche anterior.

—Buenos días dulce escoces. —Dijo ella en respuesta y Peter rio con ganas. Paige echaba de menos su risa, los primeros días en Port Elliot la oía a menudo, pero después él no la dedicaba ni una sonrisa. Su mirada dirigida hacia ella, siempre era dura como el pan de ayer. Pero, ahora, su relación había cambiado. Ella no podía explicarse el repentino cambio de su esposo, lo cierto es que ni siquiera le importaba, lo único que deseaba era disfrutarlo porque era como un sueño hermoso. En ese momento sus tripas rugieron y él la miró divertido, antes de preguntar.

—¿Bajamos a desayunar?

—Sí, huele de maravilla. —Le respondió ella, sonrojada.

—Debes comer muy bien, hermosa.

—¿Y eso por qué? —Preguntó levantando su rojiza y fina ceja.

—Porque te haré gastar muchas energías. Nos iremos de luna de miel.

Paige chilló alegre y él empezó a reír. Ella pensó que su vida cambiaba por segundos. ¡Una luna de miel! Era tan bonito que se pellizcó las mejillas, mientras él la miraba frunciendo el ceño.

—¿Qué te pasa? —Le preguntó ella, extrañada

—Nada, preciosa. Vamos a levantarnos y desayunamos.

—¿A dónde iremos?

—Es una sorpresa. —Respondió, mientras ella se levantaba para ponerse una bata de seda en color menta.

—Así no saldrás fuera de esta habitación. —La dijo él y ella le miró atónita.

—Si solo están Bethia y Johanna en la casa.

—Mis trabajadores a veces se pasean por la casa, algunas veces hasta comen aquí ya que sus viviendas están muy lejos y es una tontería viajar solo por veinte minutos, que es lo que dura su descanso.

—Muy bien, me pondré algo más reservado… —Contestó Paige, sin saber cómo expresarse. Peter bajó antes que ella y Paige miró en su armario. No tenía casi ropa, pues todo estaba en el cesto de la ropa sucia, así que se puso unos pantalones cortos y un top negro. Bajó descalza y cuando llegó a la cocina, estaba Leo, el chico que cuidaba de los caballos. Era un joven mozo, moreno, de piel muy pálida y pecoso. Paige deseaba conocerle porque quería ver a todos los animales que poseían los Craig, ella adoraba a los animales. El chico, que rondaba los treinta, en ese momento desayunaba junto a Bethia, Johanna y Peter. Se le cayó la tostada de la mano y sus ojos se salieron de sus orbitas.

—¡Paige, a eso le llamas reservada! —Rugió Peter y ella se sonrojó.

—Es que casi no tengo ropa… —Dijo, haciendo una mueca y él apretó las mandíbulas, pensando que todo lo hacía mal. Ni siquiera la había permitido coger todo su equipaje.

—Siéntate, preciosa. Cuando acabes, mi madre te dejará alguno de sus vestidos e iremos a comprar ropa.

Paige aplaudió como si fuera una niña y él sonrió viéndola tan contenta.

—Cómprale a mi niña lo mejor. —Dijo Bethia y Paige la miró sonrojada hasta la raíz del pelo.

—Mi mujer debe tener lo mejor, tienes razón madre. —Respondió Peter y Paige deseó llamar a sus amigos que seguro se estaban comiendo las uñas de los nervios, y contarles el repentino cambio de actitud que tenía su marido. Seguro que se pondrían muy contentos.

Desayunaron abundantemente. Sobre todo, Paige, que tenía un apetito sorprendente para todos. Nadie podía comprender cómo se zampaba semejante cantidad de comida.

—¿Cómo es posible que no engordes? —Preguntó Johanna, estupefacta.

—Soy muy nerviosa. —Respondió Paige y siguió comiendo. Leo la miraba fijamente hasta que recibió una colleja por parte de Peter.

—Deja de mirar a mi esposa si no quieres quedarte sin ojos.

—Perdone señor, si claro… Yo no quería… —Respondió el chico atropelladamente, provocando la risa en Johanna y en Bethia.

—Peter, ¿cuándo nos iremos de luna de miel? —Preguntó Paige y su suegra y su nueva amiga gritaron de alegría por ellos dos.

—En el sur hay sitios muy románticos y si queréis ir a otro país os recomiendo la parte de Latino América. Es realmente hermoso. —Les dijo Johanna, emocionada como una adolescente.

—Marchamos este fin de semana. —Les respondió Peter y las tres le miraron atónitas, excepto Leo, que desde la bronca su mirada estaba clavada en su taza de café.

—Pero, ¿no se supone que esta semana te vas por negocios? —Preguntó Paige y él la dedicó una sonrisa que le robó el corazón.

—Sí, pero lo he aplazado. Quiero darte la luna de miel que te mereces. Estaremos fuera durante dos semanas. — Dijo Peter y Johanna y su madre le miraron con aprobación, como si estuviera yendo por el camino correcto.

—¿Y a dónde llevarás a mi preciosa nuera? —Preguntó su madre.

—Es una sorpresa para Paige, luego te lo susurro en la oreja, mama. Bethia estalló en risas mientras su nuera se sonrojaba de gusto.

Al acabar de desayunar, Paige se fue con su suegra a la recamará de esta. Su suegra no tenía un estilo feo y la dio ropa muy elegante, aunque, no propia de su edad. Con un pantalón de cachemira en color blanco y una blusa en color rosa crema, bajó por las escaleras. Llevaba unos zapatos suyos, cuyo tacón ya se había desgastado, pero no se notaba ya que el pantalón largo en estilo campana lo tapaba muy bien

Se dirigió con su esposo a la salida y subieron a un Honda cuatro por cuatro, último modelo, perfecto para aquel terreno.

—¿Hacia dónde, jefes? —Preguntó el chofer y Peter le indicó una dirección.

El centro comercial se encontraba en otra ciudad, así que estuvieron un buen tiempo en carretera. Escucharon música y rieron juntos. Paige se sentía cómoda con él y parecía que su marido también con ella. Quién lo iba decir, justo cuando Paige ya perdía la esperanza, él le mostraba esa parte tan dulce de su persona.

Llegaron hasta Perth y pararon ante un centro comercial pequeño, pero muy bonito. Decorado con colores pasteles, parecía lujoso y Paige deseó entrar y mirar cada rincón. Le encantaba ir de compras. Cuando entraron a dentro ella sonrió de oreja a oreja, provocando las miradas divertidas de su marido y del chofer.

En dos horas, logró comprarse de todo lo imaginable. Camisetas, vaqueros, chaquetitas, zapatos de día a día y algunos más oficiales. Lo mismo hizo con los bolsos, uno casual y otro más idóneo para salir a cenar o ir a alguna reunión social de noche. Finalmente, lo único que la faltaba era la ropa interior y su marido la eligió por ella, gastándose una autentica fortuna. Colores verdes, morados, rojos y rosas. Satinados, de encaje y exquisitos.

—En nuestra primera noche de luna de miel, ponte este. —Le dijo Peter con la voz ronca, mostrándola un hilo dental que básicamente estaba compuesto por perlas. Paige sintió como su cuerpo se encendía. — ¿No será incomodo? Esas bolitas entraran dentro de mi coñito. —Le dijo ella con una falsa inocencia que a él le enloqueció.

—Cuando llegamos a casa te comeré entera. —Le contestó y ella cerró los ojos por la ola de calor que sintió entre sus piernas. Cuando abrió sus luceros, vio que él la observaba con una sonrisa de soslayo.

El camino de vuelta a Glencoe empezó tedioso porque los dos sentían hambre de sentir al otro. El chofer contenía su risa a duras penas. Mientras ellos dos se habían separado en el asiento varios centímetros para no hacer algo indecente delante del hombre.

Se detuvieron ante una posada porque ya tenían hambre, además Peter deseaba mostrarla uno de los mejores refugios de Glencoe. A la gente le encantaba pasar el tiempo allí cuando hacía frio. Muchos turistas cuando venían de visita, pasaban primero por King's House Hotel.

Allí podrían disfrutar de una buena comida y de las caricias que ambos deseaban proporcionar uno al otro.

—Es hermoso, parece de una película. —Dijo Paige, encantada. Observando detenidamente aquella especie de hostal con una pinta tan hogareña, donde los colores neutros como el blanco y el gris de la hermosa posada, combinaban con el verde de los prados y la majestuosidad de las montañas. Se sentía en una película de Bernardo Bertolucci, con esos paisajes

que solía usar el director italiano en sus obras. Y la imagen de los ciervos trotando ante la posada era idílica. Por no hablar del sabroso olor de comida rica que llegaba a sus fosas nasales.

—Lleva entre estas montañas desde el siglo XVII. Igual te suena tanto porque varias películas famosas se rodaron aquí. —Le explicó Peter. Entraron a dentro y el ambiente era muy marchoso. Al parecer este mismo día había un espectáculo y a Paige le brilló la mirada porque deseaba verlo. Lo malo era que debían volver. El rubio leyó los pensamientos de su mujer y dijo.

—Lean, puedes irte después de comer. Yo y Paige pasaremos la noche aquí. Mi mujer quiere ver el espectáculo.

El chofer asintió, mientras Paige le miraba atónita. Este hombre la conocía como a la palma de su mano. Se sentaron en una mesa que estaba en el centro del local. Les dieron los menús y pidieron tres platos de Scotch broth, un caldo muy tradicional de la cocina escocesa. Granos de cebada cocinados en carne de vaca o cordero y verduras, estaba para chuparse los dedos. A pesar de que la gastronomía escocesa tenía muchas similitudes con la inglesa, tenía muchos atributos distintivos y mucha influencia extranjera como, por ejemplo, francesa. Eso a Paige le encantaba, estaba enamorada de la comida de Escocia.

Comieron en un silencio agradable mientras de fondo sonaba música tradicional escocesa que transportaba a los clientes a tiempos pasados en el que vivían los antiguos celtas. Las gaitas eran el principal instrumento.

—Ha sido un placer, me voy ya, jefes. —Dijo Lean, levantándose de su silla y despidiéndose.

—Muy bien, amigo. Nos vemos luego para hablar sobre el viaje. Nos llevarás al aeropuerto tú.

—Claro señor, además, ya me he encargado de hacer las reservaciones. —Le respondió Lean y se marchó.

Paige no se había percatado, pero había cierta familiaridad en la forma en la que se trataban. Se dio cuenta de que Peter veía en Lean una figura paternal. El hombre era de mediana edad y tenía dos hijas hermosas. Paige se había enterado al mirar que en el coche en el lateral del espejito que enfrente tenía el hombre, había una foto de una mujer hermosa con dos niñas rubias de ojos verdes.

Ese hombre era importante para su marido, lo veía en los ojos de Peter y el hecho de que no se lo hubiera presentado antes, indicaba que no había confiado en ella. Hizo una mueca, sintiéndose fatal,

pero se dijo que debía olvidar el pasado, era normal que desconfiará dado su historia y a la forma en la que ella le había cazado. Ahora se comportaba como el marido perfecto y Paige pensaba disfrutarlo y demostrarle que podía confiar en ella para todo.

El espectáculo había sido asombroso. Bailarines que animaban aún más el ambiente con su arte, gaitas y tambores enormes. Todos vitoreaban y algunos clientes hasta intentaban copiar a los bailarines. Los turistas hacían el mayor ridículo y Paige reía a carcajadas junto a su marido.

Y así fue como se encaminaron hacía las habitaciones que se encontraban en el piso de arriba. Se debía hacer una reserva previa, pero como al parecer el nuevo dueño de King's House Hotel era el propio Peter, no hubo problemas.

—¿A caso eres el dueño de todo Glencoe? —Preguntó Paige riendo, se había tomado tan solo dos cervezas, pero ya estaba de lo más alegre.

—Casi. El Goldinfingers no es mío, todavía. —Respondió tan tranquilo, mientras ella enfurecía por momentos.

—¡Y nunca lo va a ser! —Peter estalló en risas mientras ella lo fulminaba con su mirada violeta.

—¿Y por qué quieres que sea tuyo? ¿Eh? Seguro que por esa tía que estaba sobre tus rodillas, esa puta. —Dijo Paige, furiosa al recordar a aquella fulana.

Peter empezó a llorar de la risa, literalmente y ella le respondió agría.

—¡No hay sexo para ti! ¡Hala, ya me has cabreado! —Se dio la vuelta, caminando con la cabeza erguida como una reina y chilló de la sorpresa cuando su marido la agarró por la cintura y la acercó hacía sí.

—Es muy fácil y muy divertido hacerte rabiar, esposa. —Le susurró en la oreja y ella se removió, furiosa.

Peter rio y la dijo. —Preciosa, no te muevas así, estás despertándole. —Paige jadeó de indignación, aunque empezaba a excitarse como nunca.

—Eres un maldito energúmeno. —Le gritó ella y Peter estalló otra vez en carcajadas. Sin que Paige se lo esperará, bajó con brusquedad sus pantalones y rompió las braguitas de seda que llevaba, provocando que el ritmo de su corazón se acelerará. Cuando sintió un dedo explorándola y entrando cada vez con más contundencia, no pudo evitar gritar y arquear su espalda. Peter sacó su blusa y rompió su sujetador dejando sus pechos al aire. Entre su dedo índice y el pulgar empezó a apretujar uno de sus pezones. Era

una tortura deliciosa y Paige ya gritaba como poseída. De repente, las caricias cesaron y vio cómo su marido se alejaba. Entrecerró los ojos y supo lo que el maldito quería hacer. ¡Que ella le suplicará! ¡Eso quería!

—¡Peter Craig, más te vale venir aquí y acabar lo que has empezado como un hombre! —Le gritó ella, agradeciendo la música que continuaba abajo y a que ningún huésped les podía oír o ver.

—Pero, tú dijiste que nada de sexo. —Le contestó él riendo de oreja a oreja. Se lo estaba pasando bien el maldito.

—Vuelve aquí y cumple con tu función, que es, proporcionarme un buen orgasmo. —Le dijo ella como si fuera una general de la armada.

—Claro que sí hermosa. Eres mi reina y debo acatar tus ordenes, pero no será solo un orgasmo…

Capítulo 9

Se encontraban en Nueva Delhi, en uno de los hoteles más lujos, The Imperial. Paige jamás de los jamases se habría imaginado que Peter la llevaría a un país tan exótico. Ella y Abigail siempre habían querido visitar a la India.

Su marido estaba hablando por teléfono mientras ella miraba por el balcón de su loft a la Tumba de Humayun, unos edificios emblemáticos del país que eran una autentica preciosidad. Paige le hizo una foto con su nueva cámara último modelo que le había regalado su esposo. Pensaba enviarlas todas a Abigail en cuanto pudiera conectarse a su nuevo lap top, también cortesía de Peter. Él insistía en hacerla regalos, así que Paige no se negaba para complacerle, además eran siempre cosas que ella adoraba. Pensó que su marido le compraba todo para amortiguar el sentimiento de culpa, eso mismo le había pasado a Jacob, pero su mejor amiga y él habían salido adelante, gracias a Laura, eso le recordaba que, en su próxima llamada, por fin la admitiría que es una psicóloga excepcional.

Paige entró a dentro porque empezaba a hacer un calor sofocante. En la mesita que tenían al lado del ventanal, había un

desayuno de campeones. Pancakes con miel y frutos rojos, zumo de naranja y café.

Llevaba una semana y pico disfrutando de hacer turismo por el día y por la noche un sexo desenfrenado.

Había hablado por Skype con sus padres, Abigail y Jacob. Todos estaban muy contentos por ella. Al parecer, sus amigos, sobre todo Jacob, sabía que su rubio estaba enamorado de ella hasta las orejas, pero también estaba al tanto de sus temores. Según Jacob, él se había enamorado de ella a primera vista, pero no lo admitía y lo único que podría abrirle los ojos era darse cuenta que puede perderla, celarse hasta enloquecer. Por eso su amigo la había recomendado ir al Goldinfingers. Su marido todavía no se la había declarado, Paige deseaba oírle pronunciar las palabras "Te amo", aunque, sabía que era así. Él lo demostraba con acciones y no con palabras. Su madre, al contarle sus dudas, le había dicho:

—"Hija, las palabras puedes ser vacías, pero, las acciones, allí te das cuenta de que eres importante para alguien" —Tenía toda la razón y Paige sonrió contenta, se sentía dichosa.

No empezó a desayunar, aunque tenía hambre, pero deseaba esperar a que Peter saliera del baño. Últimamente lo hacían todo juntos y desayunar con él era lo mejor porque hablaban de todo. Desde política hasta sexo. Se comunicaban y era tan agradable pasar el tiempo juntos que se echaban de menos si se separaban tan solo por unas cuantas horas.

Esa misma tarde se irían a visitar El **Fuerte Rojo (Lal Qila),** antiguo palacio mogol, al que se accede por la majestuosa puerta monumental **Lahori Gate.** Se trataba de un patrimonio de la humanidad y Paige estaba que trepaba por las paredes por la impaciencia de verlo ya. Estaba segura que después de que Abigail y Jacob vieran las fotos, su nuevo destino para las vacaciones, sería este. ¡Por no hablar de sus padres! ¡Se quedarían fascinados!

—Hermosa, ¿no has empezado? —Oyó la voz de su marido y se giró para verle con tan solo una toalla en la cintura. Su pecho y sus duros abdominales deleitaban su vista y ella se lo comió con los ojos, haciéndole reír a carcajadas.

—Eres insaciable, señora Graig. —Le dijo él y besó la palma de su mano.

—Sí y tengo la enorme suerte de tener un esposo que sabe seguir mi ritmo. —Le contestó ella maliciosa. Él rio de soslayo y la respondió.

—Todavía no has visto nada, te dejaré sin caminar una semana. —Paige se echó a reír y se quedó sin aliento al ver su mirada. ¡Este

deseaba guerra!

—Tengo una idea. —La dijo mirándola fijamente a los ojos que ahora habían adquirido un tono violáceo muy oscuro. A Paige le dio un vuelco el estómago e intentando aparentar serenidad, ordenó.

—Cuéntamela. —El rubio rio maliciosamente y la respondió

—No te lo voy a contar, te lo voy a mostrar.

Paige lo maldijo por lo sexy que era e impaciente le miró. Le vio ir hacía la cómoda y sacar una bolsa de color verde y de charol. La abrió tan despacio que a Paige le dieron ganas de gritar. Cuando vio que Peter sacaba una especie de maquinita que parecía un cepillo y de color rosa se quedó con los ojos abiertos como platos. ¡Aquello prometía!

—¿Qué es? —Preguntó.

—Un estimulador del clítoris. Lo masajea y funciona a control remoto.

Paige pensó que su corazón iba a parar. Su marido sabía llevarla al límite, el muy cabrito.

—¿Qué quieres decir con control remoto? —Preguntó, empezando a asustarse.

—Que te pondremos esto en ese dulce coñito que tienes y saldremos a tomar algo al bar ese que tanto te gusta. —Le respondió él, divertido y Paige le miró como si le hubieran salido dos cabezas.

—Estás loco. —Le dijo, empezando a excitarse. —Sabes que soy escandalosa, me van a oír todos. —Le dijo roja hasta la raíz del pelo. Él rio a carcajadas y respondió.

—A esta hora no hay gente y estaremos en la sala vip, donde solo vamos a estar los dos. No deseo que nadie oiga tus gemidos, me pertenecen.

—Eres un neandertal. —Le contestó ella, divertida.

—Pero este neandertal te vuelve loco. —La respondió jactándose. Y ella riendo contestó.

—Así es. Te quiero Peter Craig. —Admitió sin darse cuenta y él se quedó un poco estupefacto tras su declaración, pero no respondió nada, cambiando de tema.

—Vamos a ponerte eso, cielo. —Dijo mostrando el estimulador y ella se puso como un tomate, haciéndole reír. Peter le quitó el camisón suavemente, haciéndola suspirar, abrió sus piernas y le puso el estimulador arrancándola un gemido profundo. Era súper erótico.

—Listo, ahora ponte unos pantalones y una camisa y vámonos. —Ordenó y ella lo hizo, contemplándole mientras él también se vestía.

Llegaron hasta el bar donde hacían deliciosos pinchos veganos, podían imitar el sabor de cualquier comida que tuviera carne, pero, con especias. Paige y Peter se fueron a la sala Vip y se compraron un par de Masala Chai. Una bebida típica del país, sobre todo del sur, hecha con té, especias y hierbas aromáticas. Era fría y con nata montada.

Cuando el camarero se fue y Paige tomó el primer sorbo, sintió como vibraba aquella cosa en su triangulo de venus. Era una sensación enloquecedora y empezó a gemir, arqueándose en el banquillo con almohadas en el que estaba sentada. Peter la miraba divertido. La pelirroja siquiera se dio cuenta de cuando él le desabrochaba la blusa y cogía entre su mano a la piel tersa y firme de su pecho, empezando a torturar su pezón. Paige gritó cuando sintió una oleada que la transportó a un mundo lleno de colores. Cuando abrió los ojos, su esposo la miraba con un brillo en la mirada que decía que aquello no iba acabar allí.

—Bebe tu bebida, señora Craig. Pareces muy acalorada. Ella gruñó en respuesta. Ya le enseñaría… Pensó. Tendría que idear una venganza insuperable.

De camino a su suite él encendía y apagaba el aparato, mientras ella le fulminaba con la mirada porque le costaba caminar, aunque él la agarraba de la cintura.

Cuando llegaron, Peter se desvistió con la rapidez de la velocidad de la luz y la tiró sobre la cama, arrancándole los pantalones y la blusa. Sacó el aparato y entró en su húmeda y caliente cavidad de una estocada. Nunca había sido tan intenso. Paige sintió que sus almas se habían unido.

El día había sido muy interesante. Después de visitar el **Fuerte Rojo (Lal Qila),** donde habían aprendido montón de cosas, como, que su nombre se debía al color rojizo de sus piedras de arenisca y fue un palacio de Shah Jahan en su nueva capital Shahjahanabad, séptima ciudad musulmana que ahora ocupaba Delhi. Era una arquitectura realmente impresionante y los dos salieron contentos de allí, adentrándose en una calle muy concurrida donde era casi imposible moverse por el montón de personas que había. El olor era difícil de describir, pues vendedores ambulantes había en todas partes, comida, el olor corporal y la basura era insoportable. Esa era la parte fea de la India, niños sin casa con la ropa rota sin zapatos caminaban por las calles.

Llegaron hasta un sitio atestado de basura y personas que no tenían cobijo ni comida. Entonces vinieron varios mini buses de

color blanco y salieron un puñado de personas que empezaron a repartir comida.

Paige se dio cuenta que habían sido contratados por su marido. Él, junto con el equipo fue a ayudar y cuando la pelirroja vio cómo le ponía los calcetines y unos nuevos zapatitos a un niño pequeño, casi se le salen las lágrimas. Él la había dicho que era una sorpresa a dónde irían después del Fuerte rojo y en ese momento Paige vio que la conocía a la perfección, sabía que eso la iba entusiasmar. Con ganas fue y cogió varias bolsas, empezando a repartir comida. Se miraron con su marido y se dieron cuenta que entre los dos había una conexión que ninguno se había esperado. Paige supo que estaba tan enamorada de su rubio que no había día en el que no agradeciera haberle conocido y formar parte de su vida.

Dieron mantas, agua y cosas básicas a aquellas personas que los miraban con lágrimas en los ojos y un agradecimiento que les llenó los corazones. El niño al que su marido le había puesto sus nuevos zapatos, se levantó contentó y les abrazó emocionándoles. Se hicieron una foto con aquel chico que les había robado el corazón y cuyo nombre era: Anand, significaba, felicidad en indio.

De vuelta al hotel, se pararon ante una tienda de suvenires. Iban a comprar cosas para Bethia, Johanna sus amigos y los padres de Paige.

Justo cuando salían con tantas bolsas que casi tapaban sus caras, una señora mayor india, vestida con una túnica verde, en la cabeza llevaba un pañuelo, su maquillaje era muy cargado, sobre todo los grandes ojos verdes que tenía y llevaba un montón de joyas. Anillos grandes y en colores fuertes, al igual que sus collares brillantes y largos.

Paige se asustó cuando vio que sus ojos se ponían enteros de color blanco.

—“Tú vas a sufrir mucho, tendrás que salvarla y hacer frente a un hijo del diablo”

Le dijo la mujer en un inglés malo, pero entendible. Sus palabras hicieron que el miedo recorriera su cuerpo de arriba abajo. Peter al verla empezó a reír.

—No te preocupes, preciosa. Será una chiflada o una que intenta engañar a los turistas. —Paige asintió, aunque no estaba tan segura como su esposo. La mujer no la había pedido dinero y no parecía una loca, sus ojos de un verde tan intenso, mostraban a alguien que veía mucho más que los demás…

Capítulo 10

Johanna y Bethia les esperaban en el umbral de la puerta con una sonrisa de oreja a oreja. Se les veía a leguas que les habían echado de menos, eso, y el hecho de que sabían que Peter y Paige les habían comprado un montón de regalos que deseaban abrir más que a nada.

—¡Uy que guapos, os habéis puesto morenos y todo! —Exclamó Johanna al verles. Bethia se arrimó a los brazos de su hijo y le beso en las mejillas. Mientras Johanna abrazaba a Paige y cogía algunas de las bolsas y los paquetes que Paige había colocado sobre el suelo, para que Lean los cogiera y los llevará al salón donde se reunirían para tomar un café.

—Lean, los de color morado apártalos, son para mis padres y para Abigail. —El hombre asintió con una sonrisa afable en el rostro.

En ese momento Bethia se acercó para apapachar a su nuera de besos y riendo todos juntos entraron a dentro del caserón y se dirigieron al salón.

—Espero que no estéis muy cansados, pero he invitado a algunos amigos esta noche. Quiero que conozcan a Paige. —Les informó Bethia y los dos asintieron con una sonrisa. Estaban algo cansados, pero la mujer deseaba desde hace mucho presentarla a sus cercanos, así que no dijeron nada.

—Iré a por los cafés y algunos pastelitos para acompañar. ¿Os apetece? —Preguntó Johanna y todos asintieron.

—Nunca se dice no a los pastelitos. —Dijo Peter, haciéndolas reír.

Cuando volvió Johanna, empezaron a contar con lujo de detalles sobre su viaje.

—Estuvimos en el Fuerte Rojo (Lal Qila). —Decía Paige y ellas abrían sus ojos de par en par.

—Debe ser una maravilla, solo lo he visto en fotos de internet. —Respondió Johanna.

—Sus mercadillos son asombrosos, se pueden encontrar cosas impresionantes, desde joyas hasta bolsos hechos a mano.

—Johanna, debemos ir de vacaciones… —Dijo Bethia, decidida y todos estallaron en carcajadas.

—Abigail, Jacob y mis padres irán. Les he enviado las fotos y se han enamorado del sitio. Podéis ir con ellos. —Les dio la idea, Paige

y vio en los ojos de sus amigas una chispa de felicidad, sobre todo en su suegra.

—Será un honor conocer a tus padres, mi niña. Y por supuesto a tu amiga. A Jacob le conozco ya y es como un hijo más, así que no dudo de que Abigail es encantadora.

—Lo es. —Dijo Paige, mostrando en su mirada lo mucho que quería a su amiga.

—Bueno vamos a abrir los regalos ya, ¿no? —Dijo Bethia y todos estallaron en risas al ver su impaciencia.

—Allá vamos… —Contestó Paige, emocionada y se encaminó junto a la pequeña mesa que había en el lateral, donde Lean había dejado antes las bolsas y paquetes indicados.

Paige cogió todos los que eran de color lima y se los dio a las dos mujeres con una sonrisa en la cara.

—Espero que os guste. —Dijo, frotándose las manos.

Bethia y Johanna empezaron a abrirlos descontroladamente. Parecían dos niñas en navidad.

Johanna jadeó cuando vio a un precioso juego de tazas de café de porcelana con rosas dibujadas a mano. Eran tan delicadas y elegantes que a la mujer le encantó.

Después siguieron varias túnicas personalizadas, hermosas pashminas, y una estatua de un elefante en color dorado que al parecer auguraba buen presagio.

Bethia también quedó maravillada con sus presentes. Un collar y unos pendientes de oro que eran una exquisitez artesanal. Hechas con figuras geométricas y pequeños diamantes.

También la regalaron una alfombra ya que a ella la fascinaba últimamente mezclar estilos de decoración. Paige estaba segura que la alfombra acabaría en el mismísimo salón, pues sus colores combinaban muy bien con la estancia.

Al cabo de un rato Peter decidió ir al despacho y revisar algún trabajo atrasado, aunque ya lo había hecho algunas mañanas en el hotel y de vuelta en el avión, durante casi todo el viaje. Era un auténtico chiflado en el tema de trabajar, Paige pensó que debería hablar con él, sobre eso, pero el momento no era idóneo.

El resto del día discurrió con Johanna y Bethia que la ayudaron a arreglar su armario. Pues, Peter la había comprado tantas cosas que no cabían.

—Me temo que tendremos que hacerte un vestidor nuevo. —Dijo su suegra, divertida.

—No tenéis ni idea de lo difícil que fue que le parará los pies. No paraba de comprarme cosas. —Les dijo Paige, haciéndolas reír.

—Solo te quiere mimar, es normal. Debes alegrarte. —Le respondió su suegra.

—Y me alegro, enserio. Pero, me gustaría que supiera que para mí lo más importante es él. Que estemos juntos y que nuestra vida este llena de felicidad.

—Y así será, así es, mi niña. —Le dijo Bethia con un tono de lo más maternal.

—¿Qué te pondrás para esta noche? —La preguntó Johanna.

Las tres miraban un vestido elegante, pero, a su vez casual. Era largo y en corte imperio, la tela era vaporosa y muy cómoda. Cuando Paige lo había probado se había quedado maravillada de cómo se movía la tela al unisón con su cuerpo mientras caminaba. El color del vestido combinaba con sus ojos violetas y era perfecto para la noche.

—Ese será. —Dijo Paige y sus amigas asintieron aprobando su elección.

Solo le faltaba ponerse un poco de colorete en las mejillas. Estaba lista y nunca se había sentido más hermosa. Bethia la había hecho un peinado esmerándose mucho en dejarle unas hondas perfectas. Su cabello brillaba e iba en un semirecogido trenzado, mientras que sus rizos caían como una cascada por su espalda descubierta. Contenta y a la vez nerviosa, salió de su habitación. Peter la esperaba delante y al verla le dedicó una sonrisa, calmándola.

—¿Se puede saber porque estás tan nerviosa, hermosa? —La preguntó mientras le daba su brazo para que ella le sujetará. Y mientras caminaban bajando las escaleras, ella le respondió.

—No lo estoy.

—Preciosa, te conozco… —La dijo él y ella rio.

—Es por toda esa gente a la que no conozco. —Le respondió sonrojada.

—Son muy buenos, te sentirás bien y en diez minutos estarás de lo más parlanchina, como siempre.

Bajaron a la sala que estaba decorada muy bien. Los empleados de la casa les miraban agradecidos, pues también les habían regalado a ellos pequeños detalles. Una suave música sonaba de fondo. Todos bebían sus cocteles y comían a gusto porque Bethia había dispuesto un gran buffet de toda clase de pinchos.

Los invitados les miraban directamente sin ningún disimulo y cuchicheaban entre sí. Paige miró a su alrededor, Bethia y Johanna la saludaron agitando la mano y ella sonriendo les devolvió el saludo.

Siguió observando a sus invitados cuando adivinó a una mujer cuyo rostro le sonaba mucho. Se quedó sin aliento al reconocerla. ¡Era la rubia con la que se había ido su marido en su boda!

—¡Qué hace esa aquí! —Preguntó a su marido, siseando. Peter al ver lo que miraba, se tensó.

—No pasó nada con ella, preciosa. Es solo una amiga, te lo prometo.

Paige entrecerró los ojos, no deseaba escándalos, pero algo le decía que esa tía no buscaba únicamente amistad con su marido.

Cuando bajaron se les acercaron varias personas y Peter le presentó los invitados uno por uno. Todos eran muy atentos y unos bromistas increíbles. La hicieron reír mucho y casi se le olvidó la presencia de aquella rubia en su salón, hasta que le llegó el turno a ella.

—Felicidades por vuestro matrimonio. Por fin Peter ha sentado la cabeza, todos pensamos que eso ocurriría solo si alguien le forzaba. —Dijo la mujer con una dulce sonrisa, más falsa que los senos de Pamela Anderson. Estaba claro que la provocaba a propósito. Hecho que le indicó que su marido le había contado toda la historia. Eso la enfureció tanto que sintió el ritmo de su corazón acelerándose y las enormes ganas de pegarle un puñetazo a esa zorra, pero logró contenerse.

Se fijó en su marido, se había tensado, así que acarició su brazo para reconfortarle y digna como una reina le contestó a la rubia.

—Ya ves, tengo una enorme suerte.

—Definitivamente. —Le contestó la rubia, mirando el colgante que llevaba Paige. Era de oro blanco y llevaba incrustadas pequeñas esmeraldas. Se notaba que era algo muy costoso y supo que aquella tía, con ese gesto suyo la acababa de llamar una caza—fortunas. Algo que le sentó como una patada en el estómago.

—Por cierto, ¿cómo te llamas? —La preguntó con ganas de saltar sobre ella y tirarla de los pelos tan sedosos y brillantes que tenía, la muy maldita.

—Me llamo Rhona Becker. Un placer conocerte…

—¡Paige! —Le dijo ella, casi gruñendo. — ¿Desde cuándo conoces a mi marido, Rhona? —Le preguntó Paige, sin perder la compostura.

—Desde niña, vaya. Hemos crecido juntos, prácticamente. Somos muy pero que, muy buenos amigos. —Respondió Rhona y a Paige no le pasó desapercibido de que detrás de aquellas palabras había un segundo significado. ¿Rhona la estaba diciendo de forma indirecta que Peter y ella habían tenido romance? —Pensaba Paige

sin apartar la mirada de aquella mujer que la taladraba con sus ojos castaños.

—Bueno, luego nos vemos. Iré a ver a Bethia, hace mucho que no nos vemos. —Dijo de forma dulce.

—Nos vemos luego, Rhona. Disfruta de la fiesta, me alegro de haberte visto. —Le respondió Peter, muy afablemente para el gusto de Paige.

La pelirroja sintió su estómago del revés, observando a la escocesa que iba con un vestido verde menta, de un modelo parecido al suyo, pero Rhona eclipsaba a todos por esa belleza tan serena que tenía. Su piel era de porcelana y su cabellera rubia larga y hermosa. Era como un demonio disfrazado de ángel. Paige sabía con certeza que esa tía era más mala que la quina.

—No me gusta y no comprendo porque tu madre ha invitado a esa serpiente. —Dijo sin poder evitarlo y su marido la fulminó con la mirada.

—No quiero escenas de celos está noche, Paige. Te he dicho que es solo amiga, una de mi infancia y no permitiré que la humilles o la trates mal por estar insegura. Deberías confiar en mí. — La dijo él, dejándola estupefacta y recordándola al Peter de antes y no solo por sus palabras sino por esa forma de hablarle. Le dolió, pero decidió callarse, no quería que su suegra se sintiera mal, pues había organizado la fiesta por ella, al fin y al cabo.

Se apartó de su marido y fue a tomarse un poco de ponche. Habló con varios invitados, mirando de reojo a su marido que estaba hablando con Bethia, Johanna y la sanguijuela rubia. Él reía como si no hubiera pasado nada y Paige, enfadada decidió ir a tomar un poco el aire.

De camino a la terraza principal, se fijó en que el despacho de su marido estaba entreabierto. Frunció el ceño porque nunca lo dejaba abierto. Curiosa se encaminó hacia allí y se quedó paralizada al ver a un hombre muy pálido y rubio de entre veinte y treinta años, alto y fuertote, revisando los cajones de la mesa de trabajo de Peter. Parecía muy centrado y hasta sudaba de lo rápido que revisaba cada documento que encontraba.

—¡Qué está haciendo en el despacho de mi marido! —Gritó ella y el hombre levantó la vista como un resorte.

—Nada, señorita yo solo estaba buscando… —El tío no sabía ni cómo contestar.

—¡Señora Craig! —Le corrigió ella y exigió con un tono de voz que daba miedo

— ¡Dígame su nombre! —El la miró con temor, un miedo que

solo duró segundos hasta que su rostro se endureció. Entonces, Paige entendió que ella no le intimidaba tanto como se había pensado.

—¡No lo voy a repetir más! ¡Que me diga su nombre, ahora mismo!

—Kendrick Becker, señora. A su servicio. —Dijo de forma burlona. A Paige la recorrió una furia al comprender que era pariente de Rhona. De hecho, ahora reparaba en el parecido de las facciones, aunque en ese hombre era lo menos atractivo que pudiera haber, mientras que a Rhona sí que la quedaba bien esa belleza anodina. La hacía verse dulce y femenina. Paige apretó los puños al acordarse de ella. Al parecer esa familia la iba a traer problemas.

—Dígame lo que buscaba en el despacho de mi marido, antes de que le llame. —Le dijo ella, echando fuego por su mirada violeta.

—Nada, simplemente un papel para apuntar algo. —Le dijo él y en su mirada Paige vio un destello de burla.

Temblando de la furia, le contestó.

—No le creo y ahora mismo informaré a mi marido.

—Hágalo. Su palabra contra la mía. —Respondió el muy hijo de perra.

A Paige le sentó fatal que él estuviera al tanto de la desconfianza que su marido tenía en ella. Que no le preocupará lo más mínimo lo demostraba.

—Le recomiendo que vaya con pies de plomo, porque le estaré vigilando de cerca. —Le dijo ella, sin amedrentarse y mostrándole que no le temía. Aunque, en su interior se estaba acojonando porque los ojos grises de ese hombre mostraban un vacío que nunca antes había visto y, además, sentía que los Becker deseaban hacer daño a su familia.

Él se marchó mirándola con desdén y Paige pensó que no sabía lo que tramaban, todavía y tampoco estaba segura si Rhona tenía algo que ver, aunque, una voz interior le decía que sí. Lo que sí que sabía con certeza es que no permitiría que tocarán a su familia, antes los despellejaría vivos.

Le informaría a Peter esta misma noche. Él debía creerla, era su esposa y sí la amaba, debía de hacerlo porque Paige no sabía cómo enfrentarse sola a esta gente que todavía no conocía, pero le ponían los pelos de punta.

Capítulo 11

Paige volvió a la fiesta y buscó de entre toda la gente a su marido. Le halló hablando con Rhona y bebiendo vino blanco. Justo en ese momento entraron los camareros contratados para esa noche y empezaron a repartir Cranachan, un postre riquísimo que Paige no podría disfrutar porque por primera vez no tenía apetito, por culpa de aquellos mugrosos y de su marido, que tan contento le sonreía a aquella arpía.

Empezó a caminar en dirección a ellos cuando al parecer, el móvil de su esposo sonó.

Peter aceptó la llamada y cada vez su semblante cambiaba. Fruncía el ceño, lo cual mostraba que se estaba enfadando. Paige se preocupó, podía haber pasado algo en la empresa. Vio que su marido salía de la sala, furioso como un oso.

Inquieta intentó seguirle, pero uno de los invitados la interceptó.

Empezó a preguntarla sobre sí le gustaba Escocía y sus gentes. Tuvo que quedarse a charlar para no quedar como una ineducada. Cuando su marido volvió buscó algo con la mirada hasta que sus ojos se clavaron en ella. Paige sintió un escalofrío porque su forma de mirarla era igual que a los primeros días de cuando se casaron. "¿Qué demonios había pasado?" Se preguntaba, mientras él le dedicaba una fría mirada y se iba con Rhona que sonreía de oreja a oreja.

—¿Habéis discutido? —Se acercó Johanna de manera discreta.

—Bueno, me puse celosa de Rhona y eso a él no le gusto un pelo, pero no hemos discutido. —Respondió confusa.

—Pues te miró como si deseará estrangularte… —Le contestó Johanna, tan confundida como ella.

En ese momento Paige se sintió fatal. Habían pasado unos días increíbles, los mejores de su vida, mientras estaban de vacaciones y era volver a Glencoe y él cambiaba. Empezaba a odiar a este sitio y eso que la había enamorado al principio. Hasta había sentido que ese precisamente era su hogar.

—Johanna, acabo de ver algo y si te soy sincera me parece que los Becker traman algo que no es nada bueno.

—Explícate. —Ordenó la mujer, mirándola seriamente.

—He visto a un pariente de Rhona, se llama Kendrick…

—Ah, es su hermano. —Le notificó Johanna.

—Él estaba rebuscando en el despacho de mi marido. Buscaba

entre todos los documentos, mirando cada uno detenidamente. Ni siquiera se percató de mi presencia. Cuando me vio, al principio se asustó, pero después se mostró de lo más arrogante. Le pregunté que qué demonios buscaba allí y me respondió burlonamente que un papel para apuntar. Por supuesto le advertí que se lo contaría a Peter y se rio de mí. Me dijo que mi palabra contra la suya. ¡Te lo puedes creer! Además, creo que su hermana tiene algo ver porque se come a mi marido como si fuera un rico bistec.

—¿Estás segura de lo que me cuentas, niña? ¿No serán tus celos los que te nublan el juicio? —Le preguntó Johanna, con expresión severa.

—¡Claro que no! Reconozco que me molestó la cercanía que tiene esa mujer con mi marido, sobre todo, teniendo en cuenta que, en mi propia boda, en vez de quedarse conmigo se fue con ella, pero estoy segura de lo que vi. Y, Johanna, aunque no me creas, yo sé, que está mujer y su hermano traman algo.

—Te creo, el problema es que nadie más te va a creer. —Le dijo la mujer, dejándola de piedra.

—¿Qué quieres decir?

—Mi señora les conoce desde hace muchos años. Siempre han tenido buena relación con el señor Richard Becker y su esposa Elsa, que murió hace cinco años. Rhona, prácticamente creció aquí junto con Peter, y su hermano venía a menudo hace años. Siempre se han mostrado educados, amables y buenos amigos. Cuando mi señora necesitó ayuda ellos la apoyaron. Caen bien a todo el mundo, sobre todo Rhona, que es definida por casi todo Glencoe, como “El ángel”. Te lo juro, y hasta hace poco yo también creí que eran unos ciudadanos ejemplares.

—¿Por qué dices hasta hace poco? —Le preguntó la pelirroja, de lo más curiosa.

—Fue hace cinco años que adoptaron a Yvaine, una preciosa niña que por entonces tenía unos quince años. Sus padres habían muerto mientras estaban por negocios en España. La niña en ese momento estudiaba en un colegio privado. Un atentado les arrebató la vida y la chiquilla tuvo que quedarse con los Becker, que eran sus parientes más cercanos, pues el señor Richard es primo segundo del difunto. Al no negarse a acoger a la niña y aceptarla con los brazos abiertos, no hubo problema. Él debía custodiar su herencia, que era bastante sustanciosa, hasta que Yvaine cumpliera dieciocho años.

La gente empezó a apreciar aún más a los Becker por haber hecho un acto tan altruista y encima poco después de la muerte de Elsa, pero la niña cumplió la mayoría de edad y siguió viviendo con

ellos, sin recibir ni un centavo. Muchos empezaron a tener dudas sobre si la familia es tan buena como aparenta ser, pero se lo callaban porque nunca hicieron nada sospechoso. Son unas de las personas que más dinero donan a la caridad en la zona.

Hace un año como mucho, vinieron de visita con la muchacha que ya es toda una mujercita y muy hermosa. Ella siempre se mantiene callada y no se relaciona con nadie, el señor Richard decía que porque es muy tímida.

Se quedaron unos días en el ala oeste de la casa. Ya sabes que es solo para invitados. Todo iba estupendamente hasta que, en la segunda noche de su estancia, yo desperté sedienta. Mi botellita de agua que siempre está sobre mi mesilla de noche estaba vacía, así que me levanté de la cama para ir a la cocina. Cuando salí al pasillo oí unos gritos espantosos. Recuerdo cómo los pelos de detrás de la nuca se me pusieron de punta. Con pasos apresurados me dirigí hacía los gritos y no te vas a creer lo que presencié.

—¡Qué! —Exclamó Paige, impaciente. Si no hubieran estado en la fiesta, probablemente se habría comido las uñas de los nervios.

—Los gritos eran de Yvaine que lloraba desconsoladamente porque Richard la pegaba con un cinturón sin contemplación. Yo me había quedado en shock, observando la espalda de la pobre muchacha que simplemente suplicaba que él parará. Recuerdo que en cuanto salí de mi estado catatónico, agarré en el aire el brazo de ese monstruo y le pregunté que qué se creía que estaba haciendo. Él simplemente me dijo que la estaba dando su merecido por haberle robado dinero de la cartera. Decía una y otra vez que Yvaine era una desagradecida, que él y su familia la habían ayudado acogiéndola en su familia y en su casa y ella les agradecía robándoles. Yo le amenacé que le denunciaría, que la dejará en paz. Él salió de la habitación y quedé a solas con la muchacha. Recuerdo que temblaba como una hoja. Me acuclillé a su lado y la pregunté una y otra vez que cómo se encontraba y que si quería ir al médico.

Ella se negó en rotundo y no me permitió poder ayudarla. A la mañana siguiente no quiso denunciar a su “tío”, como ella le dice y admitió que efectivamente le había robado una gran cantidad de dinero.

Yo le conté todo lo que había visto a la señora, pero Yvaine al admitir que le había robado, hizo que Richard pareciera simplemente alguien que perdió los estivos. Por supuesto, Peter y Bethia le dijeron que, si volvía a ocurrir algo así y encima en su propia casa, no se iban a quedar callados. Así pasó la situación, pero yo siempre lo recordaré. En ese momento supe la clase de

personas que eran los Becker porque comencé a fijarme más. La señorita Rhona, por ejemplo. Se muestra como un ángel ante todos, pero le tiene más envidia a Yvaine que continuamente, de una manera indirecta la intenta humillar y la pobre se queda siempre callada. Su hermano, es de la misma calaña y al señor no podría describirle, pero aquella noche vi en sus ojos una autentica maldad, un hijo del diablo…

Paige se había quedado blanca como la nieve. No podía creerse que hubieran adoptado a la pobre muchacha solo para beneficiarse de su herencia y por cómo la trataban según Johanna, seguro que pasaba un auténtico infierno. Entonces recordó las palabras de la mujer india que la había parado en la calle. — "Tú vas a sufrir mucho, tendrás que salvarla y hacer frente a un hijo del diablo"

Se quedó sin aliento y susurrando en la oreja de Johanna, preguntó. — ¿Ella está aquí?

—¿Quién? ¿Yvaine? — La preguntó Johanna y ella asintió en respuesta.

—Sí, es la muchacha sentada allí. —Le enseñó con la mirada de manera discreta.

Paige no había reparado en ella. Se trataba de una mujer de unos veinte años. Tenía la piel clarita y un cabello castaño oscuro brillante y sedoso, sus ojos eran del mismo color que su cabello y adornados con unas gruesas pestañas. Su rostro era realmente hermoso, con unas facciones de lo más simétricas. Le sorprendió comprobar que los ojos de Yvaine eras ligeramente rasgados.

—¿No es escocesa del todo?

—No. Su padre era escoces, pero su madre era de origen asiático. Tiene una belleza muy singular y exótica, ¿verdad?

La pelirroja asintió. No era la única que no había prestado atención a la joven. Nadie en aquella sala la hablaba. Su mirada estaba llena de tristeza, Paige supo que se sentía sola y su corazón se encogió. Olvidándose de su marido y cautivada por aquella muchacha que parecía necesitar una amiga, se encaminó hacia ella.

Yvaine al levantar la vista que estaba clavada en sus manos, se sorprendió. Al parecer no esperaba compañía. Paige se sentó al lado de ella, dejándola pasmada.

—Hola mi nombre es Paige y soy la anfitriona de esta fiesta.

—Hola, yo me llamo Yvaine. —La saludó ella muy tímidamente.

—Tienes un nombre precioso. ¿Estás disfrutando de la fiesta?

—Una fiesta hermosa. Si. —Le contestó Yvaine por educación porque estaba más claro que el agua que no disfrutaba en absoluto.

—Yvaine, no me quiero andar con rodeos. Sé tú historia y quiero

ayudarte. Puede extrañarte que venga así de repente porque ni nos conocemos, pero creo que has sufrido mucho y deseo ayudarte.

Para sorpresa de Paige la muchacha no se apartó, sino que sonrió.

—Gracias Paige. Se ve que tienes un alma buena, pero pronto mi cautiverio se terminará. Me voy a casar con el hombre que amo. —Le dijo ella y Paige se alegró enormemente.

—Eso es una noticia estupenda. Me alegro mucho por ti. Como ya sabrás soy nueva por aquí, a pesar de ser la futura señora de estas tierras, casi ni conozco gente. Me encantaría tener una buena amiga en tierras escocesas. ¿Qué te parece si esa eres tú? —Le preguntó, pensando en las palabras de la mujer india que ya no podía apartarlas de su mente.

—Me encantaría ser tu amiga, Paige. Nunca he tenido ninguna.

Paige sonrió enternecida, se notaba a leguas que esa muchacha la necesitaba.

—Te invito a pasar algunos días en mi casa, y no acepto un no por respuesta. —Le dijo Paige, esperando poder liberarla del yugo de los Becker.

—Me encantaría Paige… —Contestó Yvaine con una esperanza en sus ojos castaños que podía derretir el corazón a cualquiera. Paige se fijó en sus muñecas, tenía algún que otro moratón, lo cual demostraba lo que ya se pensaba. La seguían pegando.

Justo cuando iba a responder se oyó una voz por detrás de su espalda que le dio escalofríos.

—¡Es hora de irnos ya, Yvaine!

Paige se dio la vuelta para ver a un hombre de unos setenta años, pero muy bien conservado. Era de estatura media y su cabello, al parecer, una vez había sido rubio, ahora tenía un montón de canas de color plateado. Sus ojos eran grises y había tanta frialdad en ellos, que parecían capaces de helar el mismísimo desierto del Sahara.

—Hola, soy Paige Craig. Es un placer teneros en mi casa. —Le saludó y el tío le dedicó una mirada cargada de odio que la dejó petrificada.

—Peter, amigo. ¡Cuánto tiempo! —Dijo de repente el hombre y ella miró por detrás de su hombro. Su marido estaba allí con el semblante serio. Debía haber pasado algo gordo en la empresa.

—Richard, ¿qué tal?

—Nada que ya nos marchábamos, vine a decírselo a mi sobrina. —Respondió el hombre, mostrándola que ella no era digna de que le hiciera caso alguno. Paige apretó las mandíbulas.

—Peter, debo hablar contigo sobre un asunto muy importante. —Le dijo ella a su marido, pues quería contarle lo que había visto hacer al hijo de ese engreído que tenía enfrente. No importaba que Johanna la hubiera dicho que nadie la creería. Ella sabía que Peter la amaba. No se lo había dicho, pero se lo había demostrado. Y el amor se basa en la confianza, su padre siempre se lo había dicho. Peter era su esposo. ¡Tenía que creerla!

—No lo dudo, esposa. —Le contestó él de forma sarcástica, dejándola atónita. Había cambiado tan drásticamente en tan poco tiempo que no se lo podía creer.

—Bueno, nosotros ya nos vamos. Una fiesta muy peculiar… —Dijo aquel idiota y Paige le interrumpió.

—Su sobrina se queda aquí. Es mi invitada.

Por como la había fulminado con la mirada, se notaba que eso no le gustaba ni un pelo.

—¡Mi sobrina se viene a casa! —Respondió Richard tajante.

—Me quiero quedar. —Dijo Yvaine, sorprendiendo a todos. Al parecer nunca hablaba. Su supuesto "tío" la miraba perplejo.

—Richard, que se quede. Yvaine está siempre bienvenida aquí. —Le dijo Peter y Richard enrojeció. A Paige le dio gracia ya que parecía que en cualquier momento iba a explotar.

—Muy bien, si mi sobrina quiere, que así sea. —Respondió y cada palabra pareció que le costaba decir como si un diente le estuvieran sacando.

Yvaine sonrió y Paige pensó que era bellísima, sonreír le sentaba muy bien, su risa iluminaba su rostro. La chica la sorprendió abrazándola y Paige se emocionó. Iban a ser muy buenas amigas, lo presentía. Sonrió de oreja a oreja por haber encontrado a otra amiga.

—Yvaine ve donde Johanna. Te ayudará para instalarte en una de nuestras habitaciones, la que más te guste y más cómoda te parezca. Ya sabes que tenemos pijamas y de todo lo necesario para los invitados. —Le dijo Peter y la chica asintió.

—Paige, ¿puedo decirte algo… en privado? —Preguntó Yvaine y Peter comprendió que debía dejarlas solas. Antes de irse se dirigió fríamente hacía su esposa.

—Te espero en el despacho, para que hablemos de eso tan importante que me tienes que contar.

Cuando las chicas se quedaron a solas, Paige le preguntó con la mirada a la morena, de qué quería hablar con ella.

—Dile a tu marido que revise el ordenador de Kendrick y toda la documentación que tiene pendiente. Kendrick trabaja en una de sus

empresas y según lo que he entendido, él y varios más que participan en el nuevo proyecto de Peter, que tendrá que ver con la creación de una nueva compañía aérea, un tipo de negocio que tu marido nunca antes ha tenido y que, además, para crearlo se fusionará con otras empresas importantes de Japón.

El caso es que, Kendrick desea usar este negocio como tapadera para trapichear. La familia Becker se dedica precisamente al lavado de dinero. Usan empresas prestigiosas de buen nombre para sacar muchísimo dinero de negocios ilícitos, como el tráfico de drogas. Lo hacen de una manera estudiada y de lo más discreta y luego donan una pequeña cantidad de dinero a alguna institución. De esa manera garantizan tener su buena reputación.

Con Peter pretenden llegar a mucho más. Desean inculparle a él en el tráfico de drogas. No tengo idea de cómo, pero Kendrick lleva negociando con unos rusos desde hace mucho.

Paige estaba atónita, sin poder creerse una sola palabra. —Pero, ¿por qué? ¿Y cómo sabes todo eso tú?

—Porque tienen un plan. Quieren que Rhona le seduzca y se casé con él. Es por eso que te miran con tanto odio, porque eres un incordio para sus planes. Pretenden que cuando ambos se casen, los negocios ilícitos saldrán a la luz, pero todas las pruebas apuntarán contra Peter. De esa forma cuando él sea condenado a la cárcel, su esposa, Rhona, se quedará con todo su patrimonio. Ya te habrás dado cuenta que esta casa y algunas tierras antiguas pertenecen todavía a Bethia, pero todas las empresas y sus ganancias son de Peter. En cuanto a tu pregunta de cómo sé todo… Ellos se creen que soy una descerebrada y que no me doy cuenta de nada, pero yo les oigo hablar de sus macabras ideas cuando siquiera se percatan de mi presencia. Así me enteré que esos hijos de mil padres se habían comido y bebido toda mi herencia. —Dijo la chica con un odio e impotencia que traspasó a Paige.

—Mi tío sabe que te voy a contar algo, por eso quería apartarme esta noche. Ni siquiera se esperaba que nos conociéramos porque yo nunca hablo con nadie. Pero, cuando se entere, la que va a acabar mal, seré yo y he conocido su furia como nadie. Mi único deseo es que, hasta la fecha de mi boda, permitáis que me quedé con vosotros. No puedo volver con los Becker. —Le suplicó tan pálida que asustaba.

—No debes preocuparte por eso. ¿Cuándo es la fecha y por qué no vives con el amor de tu vida? —La preguntó Paige, extrañada.

—El día veintiséis del próximo mes. Es un matrimonio concertado. Mi tío ha dado mi mano a cambio de que mi futuro

marido le diera acciones en su empresa. Como a él le gusto, aceptó el trato. Yo solo le he visto de lejos cuando venía a casa de los Becker para cenas de negocios y reuniones. Llevo enamorada de él desde hace un año.

Paige estaba impactada, nunca se habría imaginado que esta chica le daría tantas sorpresas.

—¿Y nunca habéis hablado?

Yvaine negó con la cabeza.

—Luego me explicas toda esta historia con detalles. Ahora iré a avisar a mi marido.

Dijo Paige y se alejó mientras la chica, casi saltando empezaba a caminar hacía Johanna que charlaba con una señora llena de joyas. Paige pensó, antes de irse, que Yvaine parecía sentirse realmente contenta, quién sabe cuánto habría sufrido esta chica si solo por estar apartada unas semanas de esa gente, se sentía tan inmensamente feliz.

Paige entró al despacho, el ruido de la música casi no se oía. El interior era oscuro y ella sintió miedo sin saber la razón. Su marido se fumaba un puro y miraba por el ventanal, parecía ido en sus pensamientos. No observaba el hermoso paisaje de Glencoe que se descubría ante sus ojos. No, él estaba en otra parte, un sitio muy tenebroso si uno juzgaba por la expresión de su rostro. Serio, gélido como un bloque de hielo, sediento de ¿venganza?, y tenebroso.

—Peter, no tienes ni idea de lo que he descubierto sobre los Becker. —Empezó a hablar Paige, deseando contarle todo y que su familia estuviera a salvo.

—Dime, preciosa. ¿Qué has averiguado? —La preguntó él de manera sarcástica, pero ella no le hizo caso.

—Puede que no me creas mi amor, pero es cierto. Los Becker se dedican a estafar a la gente. Han agotado hasta el último centavo de la herencia de Yvaine. Se dedican al blanqueo de dinero, usando como tapadera negocios como los tuyos para no ser pillados. Al parecer, Kendrick desea implicarte y culparte en uno de esos negocios, tal vez el tráfico de drogas al tener en cuenta que tu nuevo proyecto tiene que ver con una compañía aérea.

Peter se había tensado visiblemente, pero no respondía nada, así que Paige continuó.

—Sé que debe ser doloroso oír esto porque les conoces desde niño, pero son gente muy mala. Su plan es que te cases con Rhona y que después, al culpabilizarte en esos negocios ilegales, te encierren y que Rhona se quedé con todo tu patrimonio. Hace poco, en tu despacho, pillé a Kendrick rebuscando entre los papeles. Según

Yvaine, estaba buscando un documento que no has revisado, lo tienes pendiente. Ha llegado a tus manos sin que él se diera cuenta y lo quería recuperar. Seguramente le implica en alguna actividad que tú desconocías.

Paige se quedó paralizada al sentir el bofetón que no vio venir. Le quemaba la mejilla y ella solo se la sujetaba con la mano, sin creerse lo que acababa de suceder. Debía de ser una pesadilla, una muy realista.

—¿Por qué? —Alcanzó a preguntar, en un susurro, todavía estupefacta.

—Eres el ser más despreciable que conozco. Una perra asquerosa que no quiero volver a ver en la vida. Te creías que ibas a poder manipularme. ¡Zorra!

Cuando nos casamos me sentí el hombre más desgraciado. No tienes ni una cualidad que debería tener mi esposa. Odio todo en ti. Desde tus cabellos tan vulgares hasta como vistes y la forma en la que comes. ¡Como una cerda!

Paige empezó a llorar sintiendo que su corazón se paraba. Nunca en la vida había sentido algo tan doloroso. La estaba destrozando, arrancándole el alma con esas crueles palabras. No podía creerlo.

—Pero, tú me amas… —Dijo entre lágrimas y con desesperación.

—Nunca te he amado y nunca te amaré. Eres una desvergonzada e interesada. Ese anillo que llevas, te lo dije en la boda. ¡No debería estar en tu mano! Una mujer como Rhona sabría llevarlo. ¿Cómo te atreves a referirte a MI casa, ante los invitados como si fuera tuya?

Entonces Paige recordó lo que le había dicho a Richard al conocerle. ***—"Hola, soy Paige Craig. Es un placer teneros en mi casa."***

—Me referí así porque lo siento como mi hogar. —Le dijo hipando y con la voz congestionada por que lloraba desconsoladamente.

—Pues entérate bien. Nunca lo va a ser. Estos meses simplemente me divertí. Ver lo interesada que eras recibiendo cada uno de mis regalos sin rechistar, me demostró que eras una zorra avariciosa.

—Todo ha sido una mentira. —Susurró Paige, rota de dolor y al ver la sonrisa triunfal del escocés sintió que su corazón estaba tan roto que nunca volvería a recomponerse.

—Te lo mereces por haberme engatusado. Atrapándome en este "matrimonio" —Dijo él con frialdad y desprecio.

Paige entendió que todo había sido un plan de venganza y que

sus besos, sonrisas, palabras y sentimientos habían sido una mentira. Todo empezó a cuadrar en su mente. Por ejemplo, él nunca la había hablado sobre su trabajo. Paige sabía que tenía varios negocios muy lucrativos, pero no tenía ni idea de a qué se dedicaba y qué proyectos tenía. ¡Sí sabía más que ella Yvaine!

Mientras que, ella le había hablado con lujo de detalles sobre su inmobiliaria… Él nunca había confiado en ella, nunca la había amado.

—Quiero que te vayas de mi casa y no ver tu cara de zorra avariciosa más. Que sepas que del divorcio no sacarás nada. Si intentas desplumarme, te arrepentirás. La amenazó con saña. Paige tomó entonces la decisión. Le miró a los ojos, demostrando cuánto le había amado y él dio un paso hacia atrás, como si le hubieran golpeado.

—Revisa el ordenador de Kendrick. El que usa en la empresa. —Le dijo y él la miró como si le hubieran salido cuernos en la cabeza. Paige le dedicó una triste sonrisa y se marchó del despacho.

Debía encontrar a Yvaine. La había prometido que estaría con ella hasta la fecha de su boda, así que está misma noche, las dos juntas debían coger el primer vuelo hacía Inglaterra.

Capítulo 12

Paige agradecía que su nueva amiga no le hubiera hecho ninguna pregunta. Yvaine la había seguido sin rechistar y había hecho su viaje más agradable. La muchacha sabía que Paige estaba tan rota de dolor que no deseaba hablar de lo que había sucedido. El rostro de la pelirroja era de lo más expresivo, así que las personas notaban rápidamente sus emociones y pensamientos, pues era transparente como el agua.

Yvaine intentó hacerla reír y Paige sonreía de manera forzada de vez en cuando. Sobre todo, lo hacía para no preocuparla.

En esas horas de viaje las dos se conocieron mucho mejor. Yvaine la contó su historia, que era tan triste que Paige había derramado alguna que otra lágrima. Se sentía con suerte después de que la morena le relatará su vida. Ella había sido de lo más feliz, sobre todo de niña. Sus padres eran unos ángeles, tenía a su mejor amiga y en la ciudad en la que vivía desde tiempos inmemorables, la apreciaban y respetaban.

Deseó con todo su corazón ayudar a Yvaine para hacer su vida más feliz.

—¿A dónde vamos? —La preguntó Yvaine durante el vuelo y Paige sonrió porque aquella chica la había seguido sin siquiera

saber a qué destino iban. Estaba, incluso más desesperada que ella por irse de Glencoe.

—Nos vamos a Wells, mi ciudad. Debo ver a mis padres y contarles todo. Después contactaré con Abigail y posiblemente iremos a Port Elliot, que es donde vive ella y su marido, Jacob. Allí tengo una inmobiliaria y debo arreglar algunas cosillas en mi negocio.

—¿Qué cosas? —La preguntó Yvaine, demostrando que tenía una naturaleza curiosa.

—Necesito revisar cuentas y todo eso. Le he dejado a mi amiga cargando con todo y mi conciencia me tortura. — Ambas rieron y Paige siguió explicando.

—Después de estar unos días con Abigail volveremos a Wells, que es donde yo me quedaré definitivamente y tú hasta la fecha de tu boda.

—Pero, ¿no me habías dicho que trabajabas en Port Elliot con Abigail? —La preguntó Yvaine, extrañada. Ya que en tan poco tiempo la había conocido bien y sabía que adoraba a su amiga y que lo que más echaba de menos era trabajar con ella.

Las dos habían desnudado su alma. Paige la había contado casi toda su vida, sobre sus amigos, familia y sobre la forma en la que conoció a Peter y cómo se le ocurrió casarse con él.

—Verás, cuando descubrimos que la asesina de la tía y los padres de Jacob era la madrastra de este, ocurrieron muchas cosas. Abigail y Jacob adoptaron a Francesca, una niña que había sido abusada. Mi amiga lo había vivido y quiso ayudar a la pequeña en el momento. Ahora Francesca es nuestra pequeña princesa. —Le dijo Paige, sonriendo y deseando dolorosamente abrazarles a todos. Llorar sobre el hombro de su amiga, pues con ella no debía fingir que es fuerte. Abigail era la hermana que no había tenido.

Yvaine la agarró de la mano y sonrió calurosamente. Comprendiendo lo que le pasaba. — Al ser Peter, también amigo de la familia, no quieres destrozar el equilibrio familiar que ha alcanzado tu mejor amiga, haciéndola sentirse incomoda con la presencia de los dos en Port Elliot, ya que Peter suele viajar a menudo allí. — Resumió ella y Paige pensó que la chica era realmente empática y sabía escuchar. ¡Debía cambiar de psicóloga! ¡Yvaine sería mil veces mejor que Laura! —Se dijo a sí misma. La muy chiflada loquera la había llamado unas cuantas veces, pero Paige no la había contestado. Por sus teorías se había enamorado de un hombre que nunca la querría. Pero, ¿qué decía? Se había enamorado de él desde la primera vez que le había visto. Decidió

dejar de pensar en él. Suficientes lágrimas había derramado, y cuanto más tiempo pasaba el dolor desaparecía porque se daba cuenta que ese hombre no merecía ni un pensamiento suyo y mucho menos sus lágrimas. Tenía que pasar página y empezar a valorarse, intentar ser feliz.

—Así es. Al principio me mudé a Port Elliot solo para poder verle más seguidamente y después le emborraché y me casé con él, como ya sabes. —Respondió ella y las dos se miraron a los ojos, antes de estallar en risas. Era una situación tan surrealista.

Repentinamente las tripas de Yvaine gruñeron y Paige la dijo.

—Tranquila en cuanto estemos en Wells, iremos a la cafetería de Malcolm.

—¿La cafetería de Malcolm?

—Donde hacen el mejor café y los mejores bollos de canela de la ciudad. —Le explicó ella y su amiga rio.

—Nunca he tenido amigos y me encantará conocer a los tuyos. —Dijo la morena de repente, sonrojándose hasta la raíz del pelo.

—Pues ya tienes a una y por siempre. —Le contestó Paige y las dos se abrazaron.

—Creo que mi destino es ayudarte, Yvaine. Cuando estuve en la India me lo dijo una especie de bruja. —Le dijo Paige, divertida.

—¿Enserio? Pues cuéntamelo con detalles y cuéntame también lo que ocurrió cuando hablaste con Peter. Sé que es difícil, pero hablarlo te ayudará, soltar el dolor te permitirá ir hacia adelante. Mira como yo te conté tantas cosas de mi vida que nunca antes me había atrevido a contar. Lloré mucho, pero ahora me siento liberada y Paige, siempre te agradeceré este viaje.

A Paige se le empañaron los ojos y decidió abrirse aún más a su nueva amiga. Deseaba presentarla a sus padres y amigos, sobre todo a Abigail, pues sabía que su instinto de ayudar a los demás despertaría de inmediato y se dejaría la piel en ayudar a Yvaine.

Era de tarde, justo el sol se escondía y el cielo adquiría ese hermoso color rosado del atardecer. Cuando pisaron el suelo de Wells, Paige besó el suelo y dijo.

—¡Mi hogar! —Yvaine la miró como si le hubieran salido dos cabezas.

—Eres un pelín dramática, ¿no? —Susurró.

—Dicen que soy una reina del drama. —Respondió Paige, divertida. Su amiga rio y dijo.

—Bueno, vamos a comer. —Dijo hambrienta.

—Sí. Pediremos una pizza de cuatro quesos enorme y hay unos muslos de pollo que te van a encantar y también pedimos de postre

bollos de canela, están buenísimo ya verás, y por supuesto todo esto acompañado de dos refrescos enormes.

—¡Vaya! Tienes mucha hambre. —Dijo Yvaine, impactada.

—Estos finolis de Glencoe no sabían comer. Me apetece comida basura suculenta. —Respondió, haciendo reír a carcajadas a Yvaine.

En ese mismo momento en Glencoe…

Bethia lloraba a moco tendido sin comprender por qué su niña se había ido sin siquiera decir una palabra. Le pedía explicaciones a su hijo, pero este no contestaba. Miraba con frialdad a su alrededor, sentado en su sillón del despacho y bebiendo wiski un vaso tras otro.

—¿Dónde está? —Gritó Bethia, perdiendo los estribos. Hacía mucho que se habían quedado a solas, la fiesta había terminado justo cuando quería preguntar a Paige sobre qué pendientes prefería, pues deseaba hacerla un regalito, pero no la hallaba por ninguna parte.

—Te contó todo y no la creíste, ¿verdad? —Gritó Johanna, sorprendiéndoles. A ella también se le habían empañado los ojos, sabiendo que nunca más volverían a verla.

—¿De qué hablas, Johanna? —Preguntó Bethia, al borde de una crisis nerviosa.

—Durante la fiesta, Paige salió de la sala y vio el despacho abierto. Entró para comprobar y vio a Kendrick, rebuscando entre los papeles. Le amenazó diciéndole que se lo comunicaría a Peter y el muy mierda, la respondió que nadie la creería, básicamente. Ni siquiera la dio una explicación sobre qué estaba buscando.

—¿Es eso cierto? —Preguntó Bethia, dirigiéndose hacía su hijo a quien taladraba con la mirada.

—¿Por qué la defiendes? Es una avariciosa que se casó conmigo para poder tener todo nuestro dinero. ¡Lo veía desde el principio, pero me engañó la maldita zorra!

—¿Cómo puedes decir eso, si esta chica te quería? Yo soy tu madre y al verla supe enseguida que es un ser maravilloso y que te ama, aunque no te lo mereces. ¡No la mereces!

—Me lo dijo Kendrick. La oyó hablando por teléfono, diciendo que por fin había atrapado al pez gordo, y que estaba comprobando cuánto dinero gano de todos mis negocios, buscando entre mis documentos, para ver las cuentas. Confirmándome que había hecho bien no contándola nada sobre mi trabajo y mis empresas.

Kendrick la amenazó y ella le dijo que diga lo que diga yo la creería a ella porque estoy enamorado hasta la medula de sus huesos. Y encima la puta esta se atreve a cambiar la versión de

Kendrick e inventarse una historia macabra sobre los Becker. Incluso, se dignó a decirme que rebuscará en el ordenador de Kendrick, que es uno de mis mejores trabajadores y que mirará entre los papeles que tengo pendientes. ¡Así que deja de verme como si fuera la persona más malvada del mundo! ¡Esa zorra nos intentará desplumar ahora en el divorcio!

—Eres más idiota que tu padre. —Le dijo Bethia, y él se puso pálido. —Esa chica no te pedirá nada por el divorcio. Incluso ha cogido toda su ropa, excepto la que le has regalado. Nada de lo que le has comprado se lo ha llevado, la pobre no querrá ni recordarte.

—Lo ha hecho a propósito y se ha llevado a Yvaine. Todo para provocar el caos.

—Respondió Peter, empezando a sudar. Su frente estaba perlada por las gotas de sudor.

Johanna y Bethia le miraron con tristeza. Su madre se marchó y antes de irse le dijo.

—Hay rumores sobre los Becker, desde hace años. Comprueba esos papeles y ese ordenador si no te asusta que puedas descubrir que fuiste un desalmado.

—¡Son nuestros amigos desde que recuerdo! No harían algo así nunca. —Gritó Peter, perdiendo los nervios.

—A veces los amigos resultan ser los enemigos más grandes. Tu mejor amigo fue criado por una asesina. La quiso como a su madre y nunca, ni en sus pesadillas pudo imaginar que era una psicópata. —Dijo Johana a la que Paige había contado la historia. Peter sintió que su respiración se cortaba. "¿Era posible que se hubiera equivocado con todo?" Pensó, empezando a sentir que su corazón sufría aullando de dolor.

—¡Paige! —Gritaron todos los del bar. Malcolm fue corriendo y la abrazó con fuerza.

—Me vas a ahogar. —Dijo ella, sintiéndose realmente bien.

—Te hemos echado de menos. ¿Dónde está ese ricachón que te has echado? —Le preguntó el hombre con una sonrisa que se le borró al ver la expresión de Paige.

—Nos hemos separado. —Contestó ella con la voz congestionada.

—Él se lo pierde. Como nuestra Paige no va a encontrar. —Dijo Malcolm en voz alta y todos en el bar asintieron, dándola la bienvenida. Paige supo que eso necesitaba para sentirse bien y olvidar la pesadilla que fue su matrimonio, estar ente los suyos, reír con ellos. Ya no se sentiría tan fuera de lugar como se había sentido casada con Peter. Tanta riqueza y clase la habían abrumado y ella

odiaba a esa clase de vida desde que tenía uso de razón. Pero, al enamorarse de él, se le había olvidado. Ahora estaba en sus aguas. Toda su relación con Peter había sido un error, eran de dos mundos diferentes y él odiaba todo en ella. Casi se echa a llorar al recordar otra vez sus hirientes palabras. Habían sido como cuchillos que se clavaban en su corazón.

Forzó una sonrisa y se aclaró la garganta antes de decir.

—Os presento a mi nueva amiga. Yvaine… —No sabía su apellido y se echó a reír.

—Yvaine Hoang. —Dijo la aludida, sonrojada y todos en el bar dijeron al unísono.

—Bienvenida a Wells, Yvaine. —Ella se sintió muy bien. Prefería no llamar la atención, pero estas personas parecían de lo más amables.

—La casa os invita, chicas. —Dijo Malcolm, viendo que llevaban un escaso equipaje que demostraba que habían viajado.

Pronto ante ellas apareció una pizza cuyo olor era embriagador, unos muslos de pollo, de los favoritos de Paige y un montón de dulces, entre los que había bollos de canela.

—No vamos a poder caminar. —Dijo Yvaine, sintiéndose súper hinchada al acabar con aquel manjar.

—Tranquila, enseguida llamo a papa. —Le dijo Paige, riendo.

Cuando llamó a su padre, casi se le saltan las lágrimas al oír su voz.

—Estoy en Wells, papa. Con una amiga en donde Malcolm. Necesito que vengas a por mí.

—De acuerdo, hija. Me da que nos vas a contar muchas cosas. —Dijo su padre sereno, aunque Paige sabía que estaba furioso.

—Te espero. —Le dijo y añadió, emocionada. —Os he echado tanto de menos, papa…

—Ya estás en casa, pececito. Y aquí estarás bien. —Dijo su padre, llamándola por su mote que usaba cuando era niña.

Paige se echó a llorar como una magdalena en ese momento, mientras Yvaine y Malcolm la abrazaban por la espalda.

—No llores pececito. Le voy a matar a ese cabronazo. —Respondió su padre, colgando el teléfono.

Al cabo de un rato el viejo clásico, Mercedes Benz de su héroe aparcaba ante la puerta del local.

Paige agarró a su amiga de la mano y vio que temblaba, estaba nerviosa, se notaba.

—No te preocupes, son muy buena onda.

—No lo dudo. —Contestó Yvaine.

Cuando su padre bajó del coche, Paige se tiró a sus brazos, abrazándole con fuerza, mientras él la besaba en la mejilla.

—Papa, estás más gordo. —Dijo empezando a reír entre lágrimas.

—Mi niña. —Le dijo él y añadió. —Hueles a pizza. —Paige empezó a reír y se apartó.

—Esta es Yvaine. Una amiga con una historia muy interesante.

—Bienvenida a nuestra ciudad, Yvaine. Nunca hemos tenido a una escocesa por aquí. Serás la nueva sensación. —Le habló el señor Thompson, intentando bromear para que se sintiera cómoda ya que Yvaine estaba muy nerviosa.

—Es una ciudad preciosa. —Le contestó ella un poco más relajada.

—Subamos al coche, tu madre está que trina.

Ya era muy de noche y la oscuridad reinaba en Wells, la única iluminación era la de las farolas. Las calles estaban silenciosas, lo cual mostraba la tranquilidad que había en Wells, aunque Paige sabía, que ese silencio tan reconfortante iba a llegar a su fin, cuando su señora madre pusiera el grito en el cielo.

—¡Paige Thompson! ¡Qué demonios ha pasado! —Fue la bienvenida que le dio su madre y ella sonrió, aunque en sus ojos había tanto dolor que su madre palideció.

—Que ese escocés corra lejos, porque en el momento en el que le pillé, sentirá la ira de los Thompson, sentirá mi furia en esa cara de idiota que tiene… —Empezó su progenitora sin siquiera prestar atención a Yvaine, que se había quedado perpleja.

—¡Mujer! Que es mi trabajo asesinarle, soy el hombre de la casa. —Dijo su padre, ofendido.

—Amor, le puedes ahogar mientras yo le saco los ojos. —Dijo la señora de la casa, tan resuelta y siguieron hablando sobre ciento una maneras de cómo matar a Peter, mientras ella ponía los ojos en blanco e Yvaine se aguantaba la risa.

—¿Y tú quién eres? —Se dirigió la señora Thompson de repente hacía Yvaine.

—Amiga de su hija, señora. Me llamo Yvaine, un placer. Paige me dijo que no habría problema si me quedaba hasta el día veintiséis con vosotros. —Dijo la morena, tartamudeando.

—Eres muy guapa. Una belleza exótica. Te puedes quedar cuanto quieras, a ver si logramos emparejarte con George, el primo segundo de Paige. —Le dijo la mujer y Paige rio, al ver a su amiga colorada.

—¡Que está comprometida, mama! —Su madre chasqueó la

lengua y dijo.

—Habrían hecho buena pareja con George. Ahora sentémonos a hablar. Necesito saber lo que ha hecho esta vez el estúpido de tu marido.

—Ya no es mi marido, mama. Nos vamos a divorciar… —Dijo Paige con un hilo de voz.

—Yvaine, si quieres puedes irte a descansar. Siento no darte la bienvenida adecuada, pero debo estar con Paige. Puedes dormir con mi hija, su habitación es la segunda hacía la derecha. Espero que tu estancia esté cómoda en nuestro humilde hogar. —Le dijo la señora Thompson, con una cálida sonrisa, a pesar de las circunstancias.

Yvaine asintió, sabiendo que debía dejar a su amiga a solas con sus padres. Era una charla entre la familia.

—Buenas noches a todos. Gracias por su hospitalidad, por acogerme estos días en vuestro hogar. Una casa preciosa, por cierto.

—Gracias, Yvaine. Buenas noches. —La respondieron los señores de la casa.

Cuando Paige quedó a solas con sus padres. Tomó aire antes de empezar a hablar. Mientras les contaba todo lo que había pasado desde la vuelta de su luna de miel de la India, lloraba sin darse cuenta. Sus padres la abrazaban intentando reconfortarla y con cada lágrima que derramaba su pequeña, más deseaban fulminar al escocés.

Peter revisaba los papeles uno por uno. Dejó el vaso lleno de alcohol, pensando que si se emborrachaba no lograría encontrar nada interesante. Las cuentas parecían estar en orden, frunció el ceño cuando vio a un documento sobre una transferencia que se había hecho a una empresa que él desconocía. Miró el nombre y no le sonaba nada de nada. Buscó Mark Fillers, que era como se llamaba, por Google. Le salieron actividades sospechosas. Una empresa que se dedicaba a la exportación de muebles de lujo. Lo raro era que eran desconocidos y no comprendía el por qué una de sus empresas les había pagado nada menos que cuarenta mil dólares.

Un miedo recorrió su cuerpo, empezando a pensar que tal vez su esposa no había mentido, pero eso no podía ser… El terror lo invadió y con el corazón latiendo a mil por hora, llamó al número de teléfono que estaba escrito en la hoja.

—¿Hola? —Se oyó una voz grave con un acento marcado, pero Peter no contestó.

—Kendrick, tío, sí eres tú te quiero decir que no me vuelvas a

despertar a las cuatro de la mañana nunca más o te pegó un tiro entre ceja en cuanto vea tu cara de retrasado. Por cierto, debes ser más rápido. Ya debemos trasladar la droga, así que date prisa para colocar las pruebas incriminatorias para ese ricachón. Tu hermana ya debía habérselo tirado. ¡Qué sucede que sois tan lentos!

Peter colgó y en ese momento sintió tanto dolor como si alguien le hubiera arrancado el alma. ¿Qué había hecho?

Se acordó de que debía llamar a la comisaría y que registrarán el ordenador de ese imbécil. Cómo no lo había visto y, sobre todo, cómo había permitido que sembraran la duda en él sobre Paige. ¡Dios, Paige! ¡Nunca le perdonaría! En ese momento deseó pegarse un tiro porque sabía que no volvería a verla, que había perdido lo único importante en su vida. Lo que más feliz le había hecho y todo por pensar que ella no le amaba y le utilizaba por su dinero. Ese pensamiento le había hecho tanto daño que si quiera se dio cuenta de cuándo se convertía en un monstruo diciéndola aquellas palabras y siguiendo a pesar de ver el dolor en su mirada. ¿Cómo había podido pensar que ella le engañaba como hizo la mujer que destruyó a su familia? Paige era la persona más dulce y menos interesada, ¿cómo no lo había visto? Sí había descubierto a la asesina de Port Elliot, logrando que su mejor amiga estuviera feliz. Ella y su familia habían acogido a Abigail cuando más lo necesitaba esta, y seguramente ahora harían lo mismo con Yvaine. ¡Pobre chica, seguro que había sufrido mucho! Ahora empezaba a creer en todos los rumores que se decían por Glencoe sobre los Becker.

Peter nunca había llorado, ni siquiera de niño cuando se caía y se sorprendió cuando tocó su mejilla y vio en las yemas de sus dedos el rastro que habían dejado sus lágrimas. Lo último que veía ante sus ojos era a Paige y a su mirada de decepción e incredulidad. Al darse cuenta de que no oiría más el sonido de su risa y que por las mañanas no sentiría su cabello en el rostro, aspirando su olor a lavanda, sintió que se mareaba. Con dificultad cogió su teléfono móvil y marcó el número de la policía.

Capítulo 13

Después de dos meses:

Paige suspiró cansada. Acababa de vender otra casa. Había logrado unas ventas espectaculares y el negocio había crecido. De hecho, la semana que viene la iban a dar un premio por ser la Agente Inmobiliario del año. La verdad es que se le daba mucho mejor que ser contable.

Miró su móvil para ver si tenía algún mensaje de Yvaine y Abigail, pero nada. Frunció las cejas al pensar en su amiga Yvaine. La pobre se había casado con un idiota de primera. Ni siquiera la había tocado y era un playboy que, al parecer famoso, siempre salía con alguna modelo en las revistas y su amiga sufría por su indiferencia. Para colmo, no podía divorciarse con él por un maldito contrato que había firmado Richard Becker con el tío. Ese hijo de puta había logrado su meta. Su hijo estaba en la cárcel, gracias a dios ya que ella había declarado como testigo, pero él y su estúpida hija seguían libres coleando por allí y haciéndole la vida imposible a su amiga. Apretó el puño por debajo de su mesa de trabajo. Deseaba acabar con esa gente, eran una escoria y Abigail y ella no pensaban permitir que siguieran haciendo daño a Yvaine. Ella ya no estaba sola, las tenía a ellas.

Miró el reloj que estaba colgado sobre la pared. Eran las cinco en punto. Iba a ir donde Malcolm y zamparse una rica hamburguesa, se lo merecía después de trabajar doce horas casi seguidas.

Suspiró pensando que sus padres y amigos, igual tenían razón. Se había volcado en el trabajo para poder olvidar a Peter y que no invadiera sus pensamientos, recordando sus ojos verdes. Pero, ese modo no era bueno, debía salir con otras personas e intentar disfrutar. Sus padres le habían conseguido una cita con un hombre que, al parecer, era muy bueno y uno de los abogados más buenos de la zona. Paige deseaba conocerle ya que seguramente encontraban un tema del cual hablar. A Paige le interesaba la parte del derecho inmobiliario y sus padres la habían informado que ese hombre tenía conocimientos sobre ello.

Se acordó mientras cogía su bolso para salir, que tenía que llamar a su abogado para preguntarle lo que estaba pasando con el divorcio. Le había mandado a Peter la documentación hacía ya mucho. Frunció el entrecejo, pero se le olvidó enseguida lo que

pensaba al ver a su padre ante la puerta de la oficina. Llevaba unos bombones de chocolate en la mano y unas flores hermosas.

—¿Crees que le gustará? —La preguntó él, emocionado y ella sonrió.

—A mama le encantará. Sera el mejor aniversario del mundo, ya verás.

—Hija, Abigail nos llamó a noche. Al parecer no quieres ir a Port Elliot. —Dijo su padre y ella se tensó.

—Papa, no quiero hablar de ello.

—Tu amiga te necesita. Tiene una niña pequeña que no para de llorar por su tía Paige y encima está esperando a otro, su tripa se ha puesto como un bombo. Necesita tener a su lado a su hermana y no deberías permitir que el miedo a ver a ese escoces te impida estar con tus seres queridos. —Le contestó su padre y ella no pudo responder nada porque él tenía toda la razón.

Debía ir a verla, así que asintió.

—Prometo que iré la semana que viene. Se lo diré por el móvil en cuanto la llame esta tarde.

—Estupendo, se alegrará mucho. Por cierto, sé que esta noche tienes cita con el abogado. Ponte muy mona, hija. Los Thompson hechizamos con nuestro magnetismo.

Paige empezó a reír.

—¿Así hechizaste tú a mama?

—Cayó rendida a mis pies. —Dijo él, pavoneándose y ella estalló en carcajadas.

—Ella dice lo mismo de ti.

—Me voy que debo pasar por la joyería. La he comprado la pulsera que siempre mira en el escaparate. —Le dijo conspirador y ella sonrió, sintiéndose feliz por ellos.

¿Algún día tendría lo que ellos tenían? —Se preguntó triste, al recordar su fracaso de matrimonio.

Caminando fue hasta la cafetería de Malcolm que ya tenía sobre el mostrador una hamburguesa con extra de queso.

—Cómo sabes amigo. —Dijo ella riendo y él le guiñó el ojo.

Estaba sumergida viendo las noticias por la tele que ni siquiera se percató de que alguien se sentaba a su lado.

—Malcolm, una coca cola. —Gritó, sin apartar la vista de la pantalla del televisor, pues justo estaban dando una noticia sobre una empresa de Agencia Inmobiliaria que acaparaba todo el mercado.

—A este paso el resto de inmobiliarias nos quedamos sin clientes. —Dijo gruñendo y mordiendo con saña la hamburguesa.

—Eso no va a pasar porque eres la mejor del sector, preciosa. —Oyó una voz conocida por detrás de sus espaldas y se tensó.

Miró hacía Malcolm, parecía inquieto, mirando hacía la persona tras su espalda con inquina.

—Aquí tienes, Paige. Si necesitas ayuda, ya sabes, solo llámame. —Le dijo el hombre poniendo sobre la barra un vaso con coca cola, hielo y limón. —Paige asintió y dejando su hamburguesa sobre las servilletas del plato, se giró e intentó no mostrar lo que le había afectado volver a verle de nuevo. Sabía para lo que había venido, así que con una expresión serena le saludó.

—Hola Peter. Supongo que vienes por el divorcio. Te envié los papeles y ya había firmado todo. ¿Te llegaron?

Peter estaba de lo más tenso. Tenía el entrecejo fruncido y apretaba tanto la mandíbula que Paige creyó que se le rompería. No debía hacerle ninguna gracia verla. Hizo una mueca, no se podía creer que le provocará tanto asco y que hubiera actuado tan bien cuando pasaban esas noches que para Paige eran mágicas.

—Sí, han llegado. —Respondió él, de lo más rígido.

—¿Me he confundido en algo? Pensaba que todo estaba en orden, eso dijo el abogado. —Le preguntó extrañada. No comprendía el motivo de su estancia allí.

—No has pedido nada. —Le contestó él y ella se paralizó. ¿Había ido allí, recorriendo tantos kilómetros para preguntarla sobre el por qué no había pedido ninguna retribución económica? Ese tío nunca iba cambiar su opinión sobre ella. Siempre creería que es una zorra avariciosa. Disimulando el dolor y diciéndose a sí misma que su ex marido ya era pasado y no sentía nada hacía él. Se irguió orgullosa y le contestó.

—No, no he pedido nada. Soy una mujer de negocios con estudios superiores que siempre se ha ganado la vida sola. Mi empresa gana bien y yo no necesito ninguna ayuda económica de nadie.

Peter no pudo más que apreciar su orgullo y valentía. Era una mujer digna y hermosa. Una mujer que él no merecía porque no le llegaba ni a la suela del zapato. No pudo evitar sentirse dolido al oírla decir que no necesitaba a nadie. A él, ¿ya no le necesitaba? Se preguntó.

—No quería decir eso, sino que me parece justo que tu recibas tu parte. —Respondió sin saber muy bien qué decir. Tomar la decisión de ir a verla había sido difícil porque se sentía decepcionado del comportamiento que había tenido con ella. Y al verla tan guapa que quitaba el aliento, no sabía cómo escoger las

palabras. Se dio cuenta de que lo había hecho todo mal con su esposa y solo rogaba a Dios que tuviera otra oportunidad de estar en su vida, de verla cada mañana.

—¡Es tu dinero! Como dije, no lo necesito. —Le respondió ella de forma agresiva y Peter se asustó de que se fuera. Ahora que veía sus hermosos ojos, que echaban fuego y se notaba que deseaban aniquilarle, no quería separarse de ella. ¡Dos meses sin verla ni oírla, había sido un suplicio!

Paige cogió su bolso que estaba sobre la barra y se levantó para irse. No podía creer la desfachatez que tenía ese escocés que un día fue su marido. No se esperó que él la agarrará del brazo y suplicará con su mirada. —Quédate, por favor… Necesito hablar contigo. — Paige se quedó estática. La estaba mirando con ¿deseo? ¡Cómo se atrevía! Se soltó, fulminándole con su mirada violeta y le dijo con voz fía.

—No eres bienvenido en mi ciudad, Peter. Vete, y por favor no vuelvas. Si por burla del destino nos vemos en Port Elliot, porque no puedo dejar de ver a mi amiga por tu culpa, nos comportaremos de forma civilizada, pero como si no nos conociéramos. Y nunca, jamás me vuelvas a tocar o te doy mi palabra que te quedarás sin mano, justo me estás agarrando con la misma mano con la que me abofeteaste.

Peter palideció, soltándola como si temiera que se rompiera, como si fuera de un cristal hermoso que podía ser fuerte, pero a su vez tan rompible.

Paige se marchó del local, dejando su comida y bebida casi sin tocar.

Peter la contemplaba desesperado sin saber qué hacer. Lo único que sabía es que no podía perderla. Se sorprendió cuando el camarero, un hombre de mediana edad le agarró por las solapas de su camisa.

—¡No te acerques a nuestra Paige, maldito escoces! Esta ciudad es pequeña y esta chica con la que te has portado como el imbécil más grande de todos los imbéciles, es muy especial por aquí. ¡Hazla otra vez daño y serás perseguido por todos! ¡Te rajaré el cuello, rubito! —Le dijo Malcolm y le soltó con asco, yéndose detrás de la barra.

Peter iba a irse, pero se giró hacía Malcolm.

—Veo que mi mujer es muy querida y se ve que la cuidas por lo que te agradezco. Te diré una cosa, fui un imbécil, lo admito, pero no soy un cobarde. Si tengo que comerme palizas hasta quedar en coma, lo haré. Pero, no me rendiré hasta conseguir que mi mujer

vuelva a mi vida.

—¿Ya te has dado cuenta que es una persona increíble? —Le preguntó Malcolm burlonamente, pero al ver su mirada llena de tristeza se dio cuenta que ese hombre estaba realmente desesperado y arrepentido.

—Me he dado cuenta. — Respondió el escocés con pesar.

—Pues, espero que no sea tarde, chico. —Le contestó Malcolm y con expresión seria observó como el extranjero se iba del local, tras su mujer. Hizo una mueca, este tío iba pasarlas putas hasta recuperarla y ni siquiera estaba seguro de sí lo lograría. Pobre escocés, en qué lio se había metido…

Capítulo 14

Peter siguió a su mujer con el coche. Se enfurecía cada vez que un majara se quedaba mirando su trasero embobado. Su cabello estaba tan largo que mientras caminaba daba suaves golpecitos en su trasero.

Se revolvió el pelo, empezando a enloquecer de deseo. —"No puedes pensar en eso, Peter" "Hay que recuperarla" —Se decía a sí mismo.

La vio entrar en una casa hermosa, humilde pero realmente encantadora, al menos por fuera. Sus padres la esperaban en el rellano de la puerta del jardín, que tenía unas hermosas rosas y una mesa perfecta para tomar el té y disfrutar del sol, que por esa zona resplandecía en verano con fuerza.

Se fijó en los Thompson. Una familia agradable. La madre de Paige era bellísima, era como ver a su mujer de más mayor. Sonrió mientras observaba que ella les contaba algo y el rostro luminoso de ambos, se convertía en uno tenebroso. Mirando hacía su dirección. ¡Mierda! ¡Le habían visto!

Se quedó impactado cuando sus suegros cogieron dos bates de béisbol y se dirigían hacía su coche. Intentó arrancar rápido, pero con los nervios no lo lograba y cuando los bates golpearon su parabrisas rompiéndolo en añicos se quedó horrorizado. ¡Joder! ¡Con lo que costaba el puto coche!

Sus suegros con saña siguieron golpeando y él oyó cómo le insultaban y el señor Thompson le gritaba que sí volvía allí le iba a romper las costillas. Arrancó el coche a tiempo de que un golpe le diera justo en la nuca.

Respiró hondo y sin darse cuenta empezó a reír. La familia de su esposa era de lo más interesante. Después hizo una mueca pensando que había sido de los más ineducado al no hablarles y conocerles más. Debía arreglar eso. Ahora estaban furiosos, pero tal vez con algunos regalitos se suavizaban, o eso esperaba. Se tocó las costillas haciendo una mueca y después sonrió.

Unas cuantas costillas rotas valdrían la pena si con eso conseguía que ella volviera a su lado. ¡Era su mujer y su alma gemela! Ahora lo sabía y no pararía hasta conseguir que le perdonará, si hacía falta se arrastraría.

Decidido, aparcó cerca de una joyería. La gente le miraba de manera extraña, probablemente asustados al ver el estado de su

coche. Rio otra vez, comprendiendo de dónde venía el carácter fuerte de su preciosa.

Para su suegra eligió un broche con diseño de lazo y realizado en platino. Acompañado de zafiros y ciento treinta y ocho diamantes entre los cuáles uno estaba en el centro en talla grande.

Para su suegro eligió un Rolex en color plateado y negro. Se tardó bastante para elegir algo para Paige. Finalmente se decantó por un colgante de zafiro blanco y cadena de oro. El zafiro estaba diseñado en forma de lágrima y Peter no se lo pensó dos veces. La señora que vendía en la tienda se había quedado boqui—abierta al ver todo lo que el escocés había comprado.

—Señor, son cosas muy costosas… —Dijo, impactada.

—Envuélvamelos para regalo, por favor. Y que el colgante lleve una tarjeta con… corazones, eso. A Paige le encantan los corazones. —Dijo Peter, pensativo.

—¿Paige? ¿No estará hablando de Paige Thompson?

—Sí, hablo de Paige Craig. —La corrigió él y la mujer se sonrojó.

—Tenía entendido que estaba divorciada. Por eso tiene una cita esta noche con Robert, el abogado. —Le informó la chismosa y Peter lo vio todo rojo. ¡Su mujer se iba a ir de cita con un abogaducho!

—¡Eso ya lo veremos!

—Joven, ¿me permite un concejo? —Preguntó la señora mientras envolvía de forma profesional los carísimos regalos y Peter asintió.

—Por supuesto señora.

—Cómprele también algo chocolatoso. A Paige le encanta comer. —Dijo la mujer con una sonrisa.

—Lo tendré en cuenta. Gracias. —Le contestó Peter, que se había tensado. La señora le había recordado sus palabras en aquel despacho. ***—"Odio todo en ti. Desde tus cabellos tan vulgares hasta cómo vistes y la forma en la que comes. ¡Como una cerda!*** **—** ¿Cómo había podido hacer tanto daño a la persona que más amaba? —Se preguntaba, destrozado y a la señora le dio mucha pena.

—No debes preocuparte, joven. El abogado no es tan apuesto como tú. —Eso le hizo reír y así se marchó de la tienda. Arrancando su destrozado coche que pegaba a la perfección con el estado de su corazón.

De camino paró ante una panadería y compró una tarta de chocolate en forma de corazón. Llegó hasta la casa de los Thompson y con cuidado bajó del coche, dejó las bolsas con todo ante la

puerta y como un adolescente llamó al timbre de la puerta para después echarse a correr hacía unos arbustos que había cerca.

Paige y su madre habían visto todo desde le ventana. Paige estaba furiosa, mientras que su madre no se aguantaba la risa.

—¡No tiene gracia! ¿A quién se le ocurre esconderse entre los arbustos? Como le pillé papa le romperá las costillas, seguro.

—Vamos a ver lo que hay en esas bolsas. —Dijo su madre, emocionada como una niña y Paige puso los ojos en blanco, mientras su progenitora iba hacía la puerta principal.

Cuando recogieron todas las bolsas y abrieron todo, que estaba envuelto muy bonito, de hecho, solo por la envoltura comprendieron que había comprado todo de la joyería de la señora Macy.

Su madre jadeó cuando vio el paquete que estaba firmado como "Para mi suegra". Al ver el broche se quedó estupefacta. Paige abrió también el suyo y se quedó embelesada al ver el colgante y con una forma de lágrima. Se le empañaron los ojos y su madre la abrazó.

—Creo que intenta disculparse, mi niña. —Paige volvió a su frialdad habitual en cuanto se nombraba a su ex esposo.

—No entiendo lo que hace aquí. ¡Me quiere confundir o yo que sé! —Gritó perdiendo los nervios. No comprendía por qué volvía a su vida y comportándose como si lamentará todo, como si deseará volver a estar con ella. Eso era cruel, Paige sabía que él no la amaba.

—No quiero verle y se lo dejaré claro. Cuando vuelva, devuélvele el colgante.

Su madre jadeó. —Pero, hija. Déjale explicarse al menos.

—¡No tengo por qué! Y no quiero, además. —Le contestó metiéndose en su habitación y dando rienda suelta a sus lágrimas.

—¿Por qué demonios no la dejaba en paz? —Pensaba Paige tumba en su cama, abrazando a su peluche que una vez había sido de color blanco. Lo tenía desde los seis años. Cada vez la apetecía más ir a esa cita y que ese bastardo viera que nunca más volvería a su lado. — Márchate a Escocia Peter Craig. Márchate porque te juro que esta vez la que te hará daño, seré yo. —Dijo en voz alta, apretando el peluche mientras se imaginaba que era el escocés. La rabia que sentía en ese momento era como una tormenta que acabaría con toda la ciudad si él no se marchaba.

Eran las diez de la noche. Paige miró por la abertura de las persianas del salón sí Peter seguía allí. Al parecer no. El muy listillo se había camelado a sus padres. Incluso a su padre, que al verle en la acera de enfrente le había fulminado con la mirada, pero miraba

su nuevo reloj cada cinco minutos.

—¡Sois unos vendidos! —Les había dicho Paige, haciéndoles jadear de indignación.

—Hija, todo hombre tiene derecho de disculparse con regalos caros. Nosotros como tus padres, tenemos la obligación moral y ética de aceptar dichos regalos. —Le había respondido su madre. Paige había volteado los ojos. Cuando a su madre le salía la vena de abogada, no había quién le parará los pies.

Decidió ponerse guapa para su cita. Todo Wells le había hablado ya de Robert, Paige no le conocía, pero lo deseaba. Si no ocurría nada en plano romántico, podía tener un amigo, y conocer a gente influyente en la comunidad, ayudaba mucho a su negocio.

Se puso un vestido corto en color negro y unos tacones en el mismo color y de charol. Cogió su bolso que era mini y de color rojo y blanco, añadiendo contraste y un punto de color a su outfit.

Antes de salir de la casa, su madre la detuvó. — ¿Estás segura? —La preguntó y Paige se enfureció.

—Hasta el día de ayer estabais de acuerdo. De hecho, vosotros insististeis y ahora que ha llegado Peter, ¿cambiáis de opinión?

—Sí. Cambiamos de opinión porque vemos con nuestros propios ojos que este hombre te ama.

—¡No quiero volver a oír sobre Peter! ¡Y no me ama! Me lo demostró con creces. —Respondió antes de salir de la casa y cerrar la puerta de golpe.

Fue hasta la lonja donde estaba su coche y al cual había echado tanto de menos. Un Porsche Cayenne, que había logrado comprarse cuando abrieron con Abigail a Abigail&Paige— Real Estate Agency, su primera inmobiliaria. Ahora tenían esa misma y otra en Port Elliot, pero Paige deseaba más. Ampliar los horizontes.

Arrancó y se encaminó hacia la cafetería de Malcolm, donde tenía su cita.

Cuando bajó, Malcolm y su esposa silbaron. Eso significaba que estaba hiper mega sexy, como decían ellos. Les saludó y riendo entró a dentro.

Robert le había dicho por mensaje de wasap que vestiría con un traje gris oscuro y corbata color mostaza. Le vio a lo lejos y quedó agradablemente sorprendida. Era bastante guapo. Moreno y con unos hermosos ojos color miel. Un tipo muy mediterráneo, pensó. Se encaminó contoneando las caderas y él con una sonrisa, que era de anuncio, se levantó como un caballero y la saludó con un beso en la mejilla.

—Por fin tengo el placer de conocerte, Paige. Me han hablado

mucho de ti.

—Espero que cosas buenas. —Contestó ella, empezando la noche con una broma.

—No me habían advertido de que tu belleza era hechizante. —Le dijo él, meloso y ella se sonrojó. La verdad es que era muy seductor y su voz aterciopelada era agradable de escuchar.

—Gracias por el cumplido. —Respondió ella soltando una risita.

—¿Sabes? Eres muy bella, pero tu facción más hermosa es tu cabello. Un color tan inusual. Pareces una ninfa de la mitología celta.

Paige ya estaba como un tomate y ni siquiera habían empezado a cenar.

Él lo notó y sonriendo se apartó. Los menús llegaron y Paige pidió costillas asadas. Robert pescado a la plancha, demostrando que le gustaba cuidarse. En ese momento Paige se sintió insegura, y sí opinaba de ella igual que Peter. Deshizo ese pensamiento y decidió disfrutar de la noche.

Todo era tan divertido, Robert era un bromista nato. Paige siquiera se daba cuenta de cuántas copas llevaba ya.

—¿Te gustaría que nos fuéramos a un sitio más tranquilo? —La preguntó él y ella riendo contestó que vale.

Malcolm miraba desde detrás del mostrador frunciendo el entrecejo y haciendo muecas. La máscara del abogado había caído y ahora se veía lo que buscaba.

—Paige, quédate aquí. Llamaré a tu padre para que te recoja. —Dijo Malcolm

—Me iré con Robert. —Respondió ella riendo estruendosamente.

—Paige. ¡Estás borracha! —La reprendió Malcolm.

—Amigo, déjala en paz. Si quiere irse se va. —Le dijo Robert y se ganó una mirada desdeñosa.

—¡Deja a mi mujer ahora mismo! Si no quieres que te parta la cara. —De repente se oyó la voz de Peter que estaba tan furioso que le salía humo por las orejas.

—¡Por fin! Llévate a tu esposa de aquí. —Dijo Malcolm, tranquilizándose al verle.

—¡Que yo sepa está divorciada, así que aparta, rubio!

Robert no lo vio venir, pero un puñetazo se estampó contra su nariz, rompiéndola y el abogado cayó desplomado al suelo.

—Ya me encargo de tirar la basura. —Le dijo Malcolm, guiñándole el ojo.

Peter asintió y cogió a Paige en brazos que seguía riendo.

—Ha caído, Robertito. ¿Tú le conozez? Ez guapo. —Decía ella y

Peter la miró divertido.

—Guapo, ¿eh? Preciosa, si no estuvieras tan ebria te habría dado un tunda.

—Tú zolo zabez odiarrrme. —Le dijo ella triste y el sintió su corazón encogerse.

—Te demostraré que te quiero.

—Erez idiota y yo te quize musho. —Le respondió ella y a continuación comenzó a relatarle toda su infancia.

Peter la escuchaba, divertido deseando que le hablará de todas esas cosas tan importantes en su vida, de los recuerdos que la hacían reír estruendosamente de manera, casi histérica, pero sin estar borracha. Saber que ella confiaba en él. Eso sería un regalo grandioso, pero Peter sabía que tardaría en volver a confiar en su persona.

—¿Cómo bezara Roberttt? —Preguntó ella y él se enfureció tanto que deseó volver y pegar a aquel abogaducho hasta que su rabia se mitigará.

—El único al que vas a besar será a mí, preciosa.

—¿A ti? —Le preguntó Paige haciendo un puchero. Y luego añadió con voz de una niña pequeña. —Tú no quieres.

—En cuanto se te pase la borrachera verás lo mucho que no me apetece, mi hechicera pelirroja.

Capítulo 15

Se despertó por el olor de tortitas con miel. Sus tripas gruñeron y Paige hizo una mueca. Cuando se desperezó bien, se quedó en shock al comprobar que no estaba en su cuarto. —¿Qué había pasado? —Se preguntó, forzando su cerebro a recordar y poco a poco los recuerdos de la noche anterior empezaron a agolparse. Y cada vez que recordaba a Peter pegando a Robert y después llevándola en brazos y ella balbuceando tonterías enrojecía más.

—¿He dormido con mi ex esposo? —Se preguntó en voz alta, al ver que, a su lado, en la cama había dormido alguien más y el olor del aftershave le decía que ese alguien había sido Peter.

—Ex esposo, no. Seguimos casados. No he firmado ningún divorcio. —Oyó la voz ronca de Peter y un escalofrió recorrió su espina dorsal al verle desnudo como dios le trajo al mundo. Se quedó fascinada comiéndoselo con la mirada, pero después recordó todo y le miró furiosa.

—¿Qué es lo que pretendes, Peter? ¿A caso al ver que yo no te había mentido te sentiste culpable y ahora quieres volver a ese matrimonio que tan desgraciado te hacía contemplando a la zorra avariciosa de tu mujer que come como un cerdo?

Peter dio un paso hacia atrás como si le hubieran golpeado.

—No. Me di cuenta de que me comporté como el rey de los imbéciles, que había despachado al amor de mi vida, a mi mujer, a mi compañera, mejor amiga y futura madre de mis hijos.

—¡Y una mierda! ¡Ni te atrevas a tocarme! —Gritó Paige, saltando de la cama y con el enredón enrollada como un perrito caliente.

—Preciosa, que lo he visto todo ya. —La dijo él, observándola divertido. Y ella le taladró con sus ojos violetas.

Paige encontró sus zapatos y le apuntó con el tacón, diciéndole, furiosa.

—¿Cómo si quiera concibes la idea de que vaya a volver contigo? ¡Engreído, pijo, arrogante de mierda!

Cuando vio que su amiguito crecía de una manera impresionante, jadeó de indignación.

—¡Dile a esa monstruosidad que bajé! ¡No volverá a entrar en mi mariposita!

Peter estalló en carcajadas y respondió con voz ronca.

—Preciosa, es que se emociona porque eres lo más sexy que he

visto cuando estás furiosa. Me dan ganas de cogerte de ese cabello que me vuelve tonto y ponerte a cuatro.

—¡Te odio! —Le gritó ella y él respondió con tristeza.

—Me amas, pero estás tan enfadada que no lo ves. Pero, no te preocupes mi amor, yo te demostraré que eres lo más importante y que te amo tanto que no supe canalizar un sentimiento tan poderoso porque nunca antes lo había sentido.

A Paige se le empañaron los ojos y Peter salió del piso, dejándola sola.

Cuando volvió a casa estaba de lo más confundida. ¿Qué había querido decir con que le demostraría lo mucho que la amaba? En ese momento en el que tomaba su café ensimismada, sonó su móvil. Era Abigail.

—¿Si?

—Dale una oportunidad, está desesperado. —La dijo su mejor amiga y ella gritó.

—¡Te has cambiado de bando! Os está camelando a todos. Es por esos ojitos, ¿verdad? Mira como un corderito y es un león preparado para devorar su presa.

—Lleva dos meses sufriendo como un perro y hasta va a terapia donde Laura.

Eso sí que la dejó impactada. — ¿Dónde esa loca? —Preguntó, asustada.

—Sí, se la recomendamos yo y Jacob.

—Abigail, esa tía está loca. Le faltan más de ocho tornillos. No sé cómo sus concejos os funcionaron a vosotros.

—Es la mejor.

—Estáis todos como un cencerro.

—No cometas un error. ¿Te acuerdas cuando tú me pedías perdón miles de veces porque habías sido manipulada por la bruja de Rebecca?

Paige se acordaba perfectamente. La madrastra psicópata de Jacob había logrado sembrar la duda en ella y Paige se había comportado como una amiga pésima.

—Yo os perdoné. Piensa que es posible que tu marido también hubiera sido manipulado, amiga. Ahora debo colgar que Francesca viene de clases y querrá comer y hablar de cómo le ha ido el día. Te llamo en cuanto pueda.

—Bien. —Susurró Paige. Su amiga la había dejado muy pensativa.

Rememoró todo lo que había pasado durante la fiesta una y otra vez. Paige había pensado que su marido amaba en secreto a Rhona

y que esa misma noche lo comprendió y la despachó, no queriendo saber que la familia Becker eran unos criminales. Pero, ahora que reflexionaba, se acordó que alguien había llamado a Peter, justo cuando ella iba para contarle que había pillado a Kendrick. Paige se había creído que la llamada era de la empresa, pero, ¿y si esa llamada hubiera sido de Kendrick que le llamaba para decirle que deseaba hablar con él a solas? Unas ganas tremendas se apoderaron en ella de saber con exactitud lo que había sucedido. La única persona que podía contarle todo era Johanna y Bethia. Pero le daba corte llamarlas porque ellas la habían buscado varias veces y Paige nunca las contestaba, deseando alejarse del todo de Peter y Glencoe.

Reunió fuerzas y decidida llamó. En el primer timbre, contestó de inmediato Bethia, que se sabía el número de su niña de memoria.

—¡Paige! —Exclamó la mujer, echándose a llorar. —No puedo creer que me estés llamando. —Dijo con la voz quebrada y Paige se sintió culpable de haberse distanciado cuando Bethia y Johanna no tenían nada que ver y siempre habían sido amables con ella. Con un hilo de voz le respondió.

—Siento no haberos llamado, Bethia. Era una situación complicada.

—Lo entiendo, mi niña. No tienes por qué disculparte. ¿A qué se debe tu llamada? ¿Has hablado con Peter? Mi hijo es un idiota, pero créeme que está destrozado y te ama, Paige. —Le dijo llorando y el corazón de Paige se estrujó en su pecho.

—Bethia, necesito saber lo que sucedió esa noche. ¿Le dijo Kendrick algo a Peter?

—Así es. Esa sanguijuela le dijo que te había oído hablar con alguien en el despacho. Supuestamente decías que por fin habías logrado atrapar al pez gordo. También le dijo que tú buscabas desesperadamente los documentos de las ganancias de todas las empresas de Peter. Para saber con exactitud cuánto dinero poseía.

Paige sintió una furia tan grande que deseó con todas sus fuerzas liquidar todo el linaje de los Becker.

—Cabrones. —Siseó, porque esa gente había destrozado su vida matrimonial justo cuando más feliz se sentía.

—No me puedo creer que Peter le hubiera creído y te juro que dejé de hablarle a mi propio hijo, pero verle cada noche emborrachándose y que en sueños susurrará tu nombre, me hacía ir y reconfortarle, porque soy su madre. Y soy la que mejor le conoce y te digo que mi hijo está tan enamorado de ti que hará alguna locura con tal de demostrártelo.

A Paige se le cortó la respiración. —Debo colgar, Bethia.

—Pero…

—Te llamaré, y te contaré todo, pero debo buscar a Peter.

Paige no tenía ni idea de lo que se le ocurriría y estaba que se comía las uñas. Le había llamado ya unas diez veces, pero nada. No cogía el móvil. Caminaba de un lado a otro hasta que el timbre de la puerta la devolvió a la realidad.

Fue a abrir, pero antes miró por la mirilla. Parecía una especie de repartidor.

Abrió la puerta y un chico joven de unos veinte años, le dijo.

—¿Paige Craig?

—Si. —Dijo ella, apenas audible.

—Esto es para usted. —Le dio un sobre grande.

Paige lo cogió mientras su corazón parecía que se le iba salir a través del pecho.

Con los nervios a flor de piel, abrió el sobre y frunció el ceño al ver lo que parecía una carta, escrita a mano y varios documentos. Abrió primero los documentos y pensó que se iba desmayar al leer que Peter Craig, le regalaba a Paige Craig todo su patrimonio que equivalía a ocho millones de dólares.

Empezó a marearse, así que cerró la puerta sin si quiera mirar si el repartidor seguía allí, se encaminó hacía el sofá de piel que había en el salón cuya puerta estaba entreabierta, era lo que más cerca la pillaba y necesitaba sentarse o sino se desplomaría en el suelo por la impresión.

Respirando agitadamente y sujetando los documentos entre sus manos con fuerza, contra sus rodillas. Abrió la carta:

Querida Paige

Nunca te he contado sobre lo más importante para mí antes de que te viera. Probablemente porque no confiaba en ti y siempre lamentaré el no haber apreciado la gran mujer que tenía a mi lado. Una mujer a la que no merezco, pero imploro a Dios que vuelva a mi vida. Tu eres el sabor, el color y lo más importante en mi mundo. No te regalo esto para comprarte o algo por el estilo. No, no pienses así mi amor. Te lo regalo para que comprendas lo mucho que me importas porque antes de ti lo más significativo a parte de mi madre y de Jacob, era mi fortuna. Sí, por muy mal que suene, así era. Porque tuve que trabajar tan duro para conseguir todo que me daba un auténtico terror que una bella mujer me hiciera perderlo todo como le pasó a mi padre.

Era un adolescente cuando empecé a estudiar las diferentes técnicas de marketing, publicidad y todo lo que tenía que ver con negocios. Aprendía de los mejores, oyendo sus discursos y yendo a webinars,

conferencias etc. Reunía el dinero trabajando aquí y allá. Después logré estudiar y aprobar la carrera con matrícula de honor. El siguiente paso fue convertirme en un concejero de empresarios multimillonarios. Incrementé sus beneficios y me hice un nombre dentro de este mundo, siendo cada vez más influyente. Con mucho trabajo, tiempo, esfuerzo y días estresantes. Llegué a tener mis propios negocios. La gente me hacía socio a cambio de yo incrementar sus beneficios y se me daba tan bien que las ofertas de ser parte de sus negocios y dueño de cierta manera, aumentaron. Ahora tengo diez negocios y cada uno de diferente tipo de sector porque no me limitaba. Y todo esto por lo que tanto he luchado es tuyo, porque ya no me importa, me importas solo tú.

Paige estaba llorando a moco tendido. Este hombre era un loco de atar. El timbre sonó otra vez y ella corriendo fue a abrir para encontrárselo delante, arrodillado con el anillo de su madre en la mano.

—Dime que nunca más te quitarás este anillo del dedo porque cuando lo vi sobre la mesilla de noche fue como si el mundo se me cayera a los hombros. No hay nadie más digno para llevarlo, mi amor.

Paige se tiró a sus brazos y lloró sobre su hombro.

—No llores, dime que me perdonas.

—Te perdono, idiota. Y no acepto este regalo porque tú eres mi mayor regalo. Solo quiero tu amor.

—Mi corazón siempre te pertenecerá—

—Nuestros corazones laten al unisón, Peter. Por favor no me vuelvas a echar de tu vida. No podré soportarlo.

—Nunca nadie y nada podrá separarnos, preciosa.

El pacto fue sellado con un beso hambriento y la danza salvaje y primitiva de sus lenguas. —Mi preciosa, no quiero que me devuelvas el regalo, dijo él contra sus labios.

—Lo dividimos por la mitad, entonces. Al igual que mi negocio.

—Podemos fusionarlo, ya decía yo que me faltaba un tipo de negocio. Las inmobiliarias son una buena elección —Susurró él, haciéndola reír.

—Hazme el amor, Peter.

—Estoy desesperado, preciosa. Llevo dos meses y si no te tengo necesitaré más sesiones con esa chiflada psicóloga de Laura.

Los dos estallaron en risas y se besaron una y otra vez hasta que sus ropas desaparecieron y sus cuerpos se unieron demostrándose cuánto se amaban.

Paige dormida entre sus brazos supo que a partir de ahora su relación sería fuerte porque en poco tiempo habían pasado por

tantas cosas que ya había confianza, lo más importante, la base de un matrimonio. Lo único que les faltaba.

Epilogo

—¿Cuándo podré abrir los ojos? —Preguntó Paige impaciente.

—Ahora mi amor. —Le dijo Peter, quitando le venda de sus ojos. Paige llevaba caminando unos diez minutos con los ojos tapados mientras él la guiaba. Aquello cada vez era más misterioso, sobre todo porque casi la había obligado a ponerse un vestido precioso en color blanco crema.

Cuando abrió los ojos, estalló en carcajadas. Su marido era un loquito.

Su amigo Elvis Presley se encontraba allí, una sala enorme decorada con exquisitez, cantando una de las canciones más emblemáticas del cantante. “My Way”. Todos sus amigos y familia estaban allí con unas sonrisas grandes y miradas emocionadas. Sus padres estaban con Johanna y su suegra. Parecían estar encantados de la vida y Paige sabía con certeza que sus dos madres pronto estarían tan bebidas que se pondrían a bailar la conga.

—¿Qué has hecho? —Preguntó a su marido riendo.

—Vas a tener la boda de tus sueños. Tu madre me dio todos tus recortes y cuadernos de niña. Todo lo que pusiste que deseabas para tu boda, está aquí. Y el Elvis Presley es para rememorar cómo me atrapaste.

—Sí que lo hice, ¿verdad?

—Y te lo agradeceré cada día.

La “boda” fue de lo más hermosa. Incluso había un carruaje como el de Cenicienta. Paige no sabía de dónde había sacado la mitad de las cosas su marido.

Feliz como una perdiz observó a sus amigas. Abigail estaba contenta y a punto ya de parir en cualquier momento, pero a Yvaine se la veía muy triste. Paige sabía que no les contaba nada para no estropearles el día, pero en sus ojos se podía notar lo desdichada que estaba.

—No te preocupes por ella. —Le dijo Peter abrazándola por la cintura.

—¿La ayudarás?

—Sabes que sí.

—¿Acepta bailar conmigo, señora Craig?

—Encantada, señor Craig. Se le ve muy impaciente por algo… ¿Qué será? —Le dijo Paige maliciosa y él respondió riendo.

—Estoy impaciente por arrancarle las bragas, señora Craig.

—Hmm, prometedor…

FIN

Elizabeth Betancourt es una escritora que está pisando fuerte en el mundo de la auto publicación. Entre sus obras están: Mi media naranja, Un verano inolvidable en Grecia, Cásate y gánate una granja y De vuelta a casa.

Si queréis saber más sobre sus obras, tiene página de Facebook: https://www.facebook.com/E.Betancourttt/

ELIZABETH BETANCOURT
TE MERECES SER FELIZ
UNA HISTORIA INSPIRADORA, APASIONANTE, FRESCA, DRÁMATICA Y ROMÁNTICA QUE TE ENCANTARÁ. ¡RISAS GARANTIZADAS!
MATRIMONIOS FORZADOS 3

TE MERECES SER FELIZ

ELIZABETH BETANCOURT

Sinopsis

Yvaine Hoang había tenido una vida maravillosa hasta que cumplió los quince años, que fue cuando sus padres murieron durante un horrible atentado en España. La chica quedó al cuidado del pariente más cercano de su padre y allí comenzó su calvario. Una vida llena de maltratos y restricción de libertad. Ahora tenía veinte años e iba a contraer matrimonio con Alistair Anderson, el hombre del que llevaba enamorada un año. Él nunca la había prestado atención y era de lo más sorprendente que aceptará casarse con ella.

Alistair Anderson estaba en la cúspide de su carrera. En poco tiempo su empresa de textiles había alcanzado un gran éxito en Escocia. El siguiente paso era asentar la cabeza. No buscaba amor ni nada por el estilo, únicamente una esposa adecuada y callada. Rhona Becker era perfecta para el papel y además era bellisíma y culta, su padre le había prometido su mano a cambio de unas acciones en la empresa.

Alistair se llevó un enorme chasco cuando el día de su boda en vez de a Rhona tras el velo de novia, vio a Yvaine, la hermanastra callada, tímida, poco atractiva y boba de Rhona.

Capítulo 1

Yvaine estaba de lo más emocionada por ver a su futuro marido. Sus amigas, Abigail y Paige la habían ayudado para elegir el vestido de novia y comprarlo. Al principio se sentía avergonzada y les había dicho que les devolvería el dinero, pero ellas se negaron en rotundo.

Encontrarlas había sido una de las cosas más bonitas que le habían ocurrido en mucho tiempo y ahora se casaba con el hombre al que amaba. ¡La vida le sonreía!

Por fin todo empezaba a ir sobre ruedas. Yvaine lo había pasado mal, pero después de la tormenta siempre salía el sol. Ese pensamiento era lo que la había mantenido en pie durante los cinco años que había pasado con los Becker.

Nunca iba a olvidar el día en el que les conoció. Mientras escuchaba el traqueteo del tren y contemplaba tras la ventanilla la oscuridad, los recuerdos golpearon su mente y como si se encontrará en una máquina del tiempo volvió al diecinueve de Julio del año dos mil catorce.

Hace cinco años:

Odiaba Foreign Private School. Bufó mientras la profesora de español María del Mar la miraba entornando sus ojos negros.

—Señorita Hoang no voy a tolerar sus ataques de cólera en mi clase. —La dijo la mujer e Yvaine puso los ojos en blanco. ¡Sí solo había suspirado pesadamente unas cien veces! ¡Ni que fuera el anti—cristo! —Se dijo.

—No es justo que ellos se lo estén pasando pipa en Madrid y que yo esté aquí mortificada, aguantándola a usted y a su cara de vinagre, señora María.

—Pues no hubiera suspendido y ahora podría estar en Madrid con sus padres, disfrutando del sol de España. —Le respondió la mujer, enfurruñada.

—Es que no me gusta el español. —Replicó Yvaine para molestarla. Le gustaba la forma en la que la mujer adquiría varias tonalidades de piel al enfurecerse. En realidad, le gustaba la asignatura, pero en los últimos exámenes no sabía lo que había ocurrido, pero sencillamente no la apetecía estudiar. Las demás asignaturas las había aprobado por milagro.

—¡Cómo que no te gusta el español! Es el idioma más apasionado y rico. Los más grandes poetas de la historia escribían en ese idioma que es música para los oídos. ¿Qué sabréis los ingleses? —Dijo la mujer

con cara de asco e Yvaine estalló en una carcajada. La profesora la taladró con la mirada y la dijo.

—Es usted una bromista y rebelde Yvaine. Espero algún día alguien sepa domarla.

—Yo no soy inglesa señora loca, digo María. Soy orgullosamente escocesa.

—Y asiática. —La corrigió la profesora que en el fondo se divertía con las réplicas de su alumna más rebelde.

—Ya... Pero en el corazón me siento escocesa y por Escocia muero y mato. —Dijo levantándose como si fuera una guerrera y como si su lápiz fuera una especie de sable o espada. La profesora casi se cae de la silla de la risa. Esa niña estaba como un cencerro.

—Pobre del que va a ser tu marido, Yvaine. —Le dijo la mujer entre risas.

—Ya sé cómo hará todo lo que yo deseo. —Le contestó con la barbilla levantada y mirando como si hubiera descubierto un nuevo planeta.

—¿Cómo? —Preguntó María, saliéndole ya lágrimas por los ojos.

—He oído a la directora hablando con la madre de Meghan. Dijo que su marido comía de la palma de su mano tan solo ella abriendo las piernas. Dijo que el señor Norton se la pasaba abajo horas. No sé qué quería decir, pero...

—¡Yvaine Hoang! ¡No deberías escuchar conversaciones de adultos! —Gritó María, enrojeciendo hasta la raíz del pelo.

Yvaine sonrió de oreja a oreja. —¿Sabe que cuando grita sus ojos parecen salírsele de las órbitas? —Preguntó curiosa y María parecía a punto de estallar.

—María, parece que usted va a explotar como las bombas de Hiroshima y Nagasaki. —Le habló Yvaine como si estuviera preocupada.

—¡Se acabó, pequeña bruja! —Le dijo la profesora y se levantó de su silla que estaba detrás de su escritorio, mientras Yvaine, riendo se levantaba para escapar.

El juego tan absurdo fue interrumpido por el psicólogo del instituto. Su expresión era tan seria que ponía los pelos de punta.

—¿Sucede algo, Ronald? —Le preguntó María y el hombre respondió.

—La niña debe venir conmigo. Sus padres acaban de ser víctimas de un atentado en Madrid. —Le respondió en bajito, aunque Yvaine pudo oírlo.

En ese momento su corazón se detuvo y una oscuridad la abrazó, perdiendo la conciencia.

Cuando abrió los ojos estaba en una habitación que desconocía, pensó que todo había sido una pesadilla, pero cuando una mujer de

asuntos sociales se presentó ante ella. Yvaine empezó a gritar que dónde estaban sus padres, las lágrimas que derramaba quemaban sus ojos enrojecidos y sus gritos de angustia y miedo rompían el corazón de todos los presentes que eran sus profesores, el médico y aquella mujer que cambiaría su vida para siempre.

La dieron unos tranquilizantes y al cabo de un rato ya sentía sus ojos cada vez más pesados hasta que cayó en los brazos de Morfeo.

La siguiente vez que despertó se acordaba bien de todo y más calmada, aunque su corazón golpeaba tan fuerte en su pecho que creyó que se saldría, escuchó lo que la mujer de asuntos sociales le tenía que decir.

—Sus padres lamentablemente han fallecido en un atentado organizado en Madrid por un grupo de islamistas radicales. Al principio nos costó poder identificarlos, pero no hay duda. Son ellos ya que pudimos hacerles una autopsia y la policía española los reconoció como Scott Campbell y Akane Hoang.

Yvaine se tapó con la mano la boca, sollozando y empezando a temblar. La mujer la abrazó e intentó reconfortarla. Cuando sus sollozos disminuyeron, la señora le dio un clínex para limpiarse la nariz y los ojos.

—Sé que son tus padres, pero no comprendo por qué no tienes el apellido de tu padre. —Le preguntó con voz suave.

Yvaine, congestionada la respondió. —Mama quería que yo recordará siempre mi origen asiático. A papa le pareció estupendo, de esa forma se podía apreciar que adoro a las dos culturas.

—Aunque, un poco más la escocesa. —Aclaró, haciendo sonreír a la mujer.

—Yvaine, sé que esto es muy difícil para ti. Perder a tus padres es algo espantoso y no quisiera que acabarás en una institución porque pueden ser horribles. He buscado cuidadosamente un hogar para ti y he encontrado al perfecto.

—¿Cuál? —Preguntó ella, sin ganas.

—Un pariente de tu padre. El único que tiene. Irás a vivir con él y sus dos hijos, no estarás sola y el señor custodiará tu herencia. Son personas muy buenas, ya verás que todo mejorará. —Le dijo la mujer con una sonrisa e Yvaine asintió. Nada importaba, lo único que deseaba era abrazar a sus padres.

Al día siguiente conocería a los Becker y su vida cambiaría para siempre. Ella se transformaría, convirtiéndose en alguien muy diferente al que imaginaba que sería de niña.

El tren paró abruptamente e Yvaine abrió los ojos. Los tenía

empañados, siempre que los recuerdos la asechaban ocurría eso. Borró la huella que habían dejado sus lágrimas con el dorso de la mano y bajó del tren. Hoy iba a casarse con Alistair Anderson, su alma gemela, estaba segura. Con una sonrisa que podía iluminar la torre Eiffel se encaminó hacía el pequeño hotel donde había alquilado una habitación para maquillarse y ponerse el vestido de novia. Por desgracia sus amigas no la podían acompañar, pero Yvaine notaría su presencia y al de sus padres, que sabía que la contemplaban desde algún lado sonriendo, orgullosos.

Capítulo 2

—¿He oído correctamente? ¿Te casas? —Preguntó Peter por teléfono a su antiguo compañero de universidad, Alistair.

—¿Qué te sorprende Craig? Si te has casado tú, que eras un soltero empedernido, por qué no iba a sentar la cabeza yo. Es el momento perfecto, por fin he logrado que mi empresa de textiles despegué, ahora necesito una compañera de vida. —Respondió Alistair riendo.

—Has hecho un gran trabajo. Quién iba a pensar que tus dibujos y tu sentido de la moda, haría que crearas tejidos tan únicos. Todas las famosas y diseñadores compran de tu empresa. Debes conocer a mujeres tan atractivas que quitan el aliento. ¿Tu futura esposa es así?

—Es una belleza increíble, Peter. La esposa perfecta. Tiene contactos, unas facciones delicadas, sentido de la moda y escocesa. —Le dijo, contento.

—Eso está muy bien amigo, pero parece que hablas de un nuevo inmueble que has adquirido que de tu esposa. —Le dijo Peter sin cortarse.

—Es un matrimonio de conveniencia. Sus contactos me vendrán bien y es tan hermosa que no me importará acostarme con ella, ya sabes... —Contestó Alistair, divertido.

—¿Y a ti cómo te va el matrimonio? Dicen que una pelirroja te ha robado el corazón. ¿Es eso cierto? —Preguntó Alistair mientras se arreglaba la corbata.

—Mi esposa es lo mejor que me ha pasado. Paige es mi media naranja, pero como habrás oído seguramente la he cagado y me va a costar recuperarla —Le respondió Peter con sinceridad, sin imaginarse que Alistair no tenía ni idea.

No había ni un solo día en el que Peter no agradeciera por haberla encontrado.

—Espero que te pase lo mismo, amigo. Al principio mi matrimonio también fue algo como "concertado". Mi Paige me raptó y se casó conmigo básicamente a la fuerza. —Dijo riendo y escuchó a través del teléfono las carcajadas de su amigo y prosiguió —Pero, después nos enamoramos y de verdad ojalá te pase eso, porque es hermoso.

—¿Quién sabe, amigo? Tengo que colgar que dentro de nada empieza la ceremonia. —Le dijo Alistair, deseando despedirse ya porque su amigo se ponía de lo más sensiblero. ¿A caso había perdido los pantalones? ¡Que se comportará como un hombre! Si eso era lo que hacía el amor, mejor era no enamorarse. —Pensó él.

—Al colgar pensó malicioso y riendo que esa noche disfrutaría de la hermosa Rhona Becker. Deseaba probar a esa belleza escocesa.

Se miró ante el espejo que tenía delante. Le mostraba de altura entera. El traje le sentaba bien y no era para menos, teniendo en cuenta que estaba hecho a medida ya que él era demasiado grande. Metro noventa de altura y hombros bien anchos. Entrenaba regularmente así que su cuerpo estaba lleno de músculos. Sus manos grandes parecían más de un albañil que de un diseñador gráfico y de textiles. Su pelo era de un color moreno, inusual para ser escoces y sus ojos eran de color verde mezclado con amarillo, muy extraños. Su tez pálido—dorada y su barbilla cuadrada. Las mujeres solían hacer muchas tonterías con tal de estar cerca de su lado.

Alistair se acordaba perfectamente de una famosa que se le había tirado encima pidiéndole que le hiciera el amor. Rio ante el espejo. A su futura mujer le iba a gustar lo que se iba a encontrar debajo del traje. Antes de salir, cogió la cajita de color negro en terciopelo con el anillo que iba a dar a Rhona. Estaba hecho de un diamante precioso y en su lateral estaba grabada la letra "R".

Alistair no podía creer la suerte que tenía. Richard había dado la mano de su hermosa hija por un par de acciones en la empresa. Rhona al parecer, estaba encantada con la idea. Sonriendo salió, arrancó su coche y emprendió viaje hacía el Jardín de Eden, el sitio donde se organizaba la fiesta y donde se casaría dentro de tan solo una hora.

Yvaine se miró ante el gran espejo de la habitación del hotel. Nadie la había ayudado, pero ya había hablado con sus amigas de cómo se maquillaría y qué peinado se haría. Tenía mano con esas cosas ya que, a su hermanastra, Rhona siempre la había peinado ella. Se hizo un semirecogido trenzado y el resto de su cabello caía en ondas sobre su espalda. Se maquilló suavemente, enfatizando sus oscuros ojos que quedaron como dos aceitunas decoradas por sus largas pestañas. Al ser sus ojos ligeramente rasgados quedaba aún mejor. Se puso un perfume que ella misma hacía. Era de rosas y ella nunca encontraba precisamente un olor con esas notas olfativas, así que se lo fabricaba.

Su vestido era hermoso. Sonrió al pensar en sus amigas. Ella había querido un vestido más barato, pero las muy locas habían comprado el más caro y el más hermoso que ella alguna vez había visto. De hecho, al probárselo se había puesto a llorar de la emoción.

Le quedaba perfectamente. La parte de la cintura era muy estrecha, realzando esa parte de su anatomía. Las costuras seguían el contorno de su cuerpo de una manera elegante. El escote era en forma de palabra de honor y asimétrico, la cola corta y la tela de organza. En la parte frontal tenía brillos esparcidos con gusto y haciéndola sentir como una princesa.

Salió y pidió un taxi que la llevaría hasta el Jardín de Edén. El conductor fue muy majo con ella y la dijo. —Como regalo de boda de un desconocido y porque la novia es una auténtica belleza, el viaje ha sido gratis. —Yvaine le había abrazado en respuesta de agradecimiento.

Cuando bajó del coche se puso el velo, Richard su tutor, le había dicho que, según las tradiciones de su futuro esposo, no debía quitárselo hasta después de la ceremonia y de firmar.

La música nupcial empezó a sonar. Yvaine estaba tan nerviosa que se imaginó caminando hacía el altar y cayéndose al piso. Se horrorizó y con el corazón latiendo a mil por hora, respiró hondo para calmarse.

—Ya debes salir. —Le dijo Richard, su supuesto tío/padrastro, que por extraño que fuera parecía de buen humor. La sonreía y eso a Yvaine no le gustó un pelo. Le conocía y sabía que algo tramaba. Se había cabreado mucho cuando ella huyó con Paige, mostrando por primera vez carácter, no acatando las ordenes de ese monstruo.

—Voy. —Contestó ella a secas. Deseaba perderle de vista. Había pasado los mejores días desde que tenía quince años, con sus amigas. Alejándose del yugo de los Becker. Paige había cambiado su vida, de algún modo la había mostrado otra realidad. Una en la que hay amistad, amor, libertad y risas. Yvaine se había olvidado de lo que era estar feliz. Hacía mucho que no tenía ninguna amistad y la soledad era su única compañía. Pero eso iba a cambiar en unos segundos. No podía creer la suerte que tenía. En pocas semanas todo había cambiado. Ahora tenía amigos, de esos que siempre te sacan una sonrisa y dentro de nada un marido apuesto, trabajador, de buen corazón e inteligente. Pensando en eso, entró por la puerta agarrada del brazo de Richard, porque había insistido. Algo totalmente incoherente, teniendo en cuenta que la detestaba. Pero, el tío debía disimular y hacerse el bueno ante todos. Pensó Yavine con rabia. Al menos la horrible de su hermanastra no estaba, seguramente le iba a destrozar la boda, humillándola o insultándola ante sus invitados, invitados cuya mitad no conocía.

Cuando vio a Alistair se olvidó de Richard y del asco que le producía su presencia en su boda. Encima el maldito sacaba varias acciones de la empresa de Alistair por entregar su mano, cuando ella

habría aceptado ser la esposa de ese dios vikingo, encantada.

Él la dedicó una sonrisa que la derritió. Era hermoso, el traje le sentaba tan bien que más de una de las invitadas la envidiaría por ser su dueña, ahora.

Llegó hasta él feliz como una perdiz. Alistair la cogió de la mano con dulzura. Su tacto hizo que en sus tripas sintiera mariposas y un rayo eléctrico recorriera su cuerpo. Al parecer a él le sucedió lo mismo y al mirarle a los ojos vio el deseo. Eso la puso nerviosa y a su vez excitada. Había soñado miles de veces compartiendo el lecho con Alistair Anderson.

—Queridos novios, habéis venido a la casa del señor selle y fortalezca vuestro amor en presencia del ministro de iglesia y de esta comunidad. —Comenzó la ceremonia el cura. Yvaine únicamente miraba a su casi marido, embelesada. Hasta que notó cómo se tensaba la mano que había agarrado la suya. Ahora la apretaba con fuerza haciéndola daño y no comprendía por qué. Se concentró en la voz del cura.

—Alistair Anderson e Ivaine Hoang. ¿Han venido aquí libremente y sin reservas para darse uno al otro en matrimonio?

—Si. —Respondió ella, empezando a ponerse nerviosa porque su marido cada vez estaba más rígido, agarrando su mano con más fuerza y agresividad. Al cabo de un rato, que pareció una eternidad, Alistair respondió.

—Si. —Una respuesta seca sin emoción. El cambio de actitud, sorprendió a Yvaine, pero se dijo que tal vez era por los nervios. La ceremonia prosiguió.

—¿Se amarán y se honrarán uno al otro como marido y mujer por el resto de sus vidas? ¿¿Aceptarán a los hijos que Dios les manda y los educarán de acuerdo con la ley de Cristo y de su Iglesia?

—Así es, padre. —Respondieron los novios a la vez.

—Os invito a que declaren su consentimiento. —Dijo el cura con una sonrisa cálida.

—¡No tenemos votos! —Respondió Alistair que había perdido el color en la cara. A todos los invitados les sorprendió su tono de voz y esa actitud que había adoptado. Yvaine tenía votos preparados, los había escrito con ganas y con ayuda de sus amigas. Era realmente hermoso y deseaba decirlo en voz alta y clara, así que en un tono bajito dijo.

—Yo tengo votos escritos. —Su nerviosismo se notaba y la timidez con la que se expresó, provocó que el cura se enterneciera.

—Adelante, hija. —La respondió.

Con una voz trémula y mirando a Alistar a los ojos, empezó a hablar. No necesitaba leerlo, se lo había aprendido de memoria. Pensaba que eso iba a ser un detalle para él.

—Tú, Alistair Anderson, eres la persona al lado de la cual quiero caminar toda mi vida, bajo el sol y bajo la lluvia, entre las sombras y la luz, por siempre y para siempre. Nunca voy a olvidar el día en el que te vi por primera vez. Viniste a hablar por negocios y yo a escondidas te miré, deleitándome con tu voz y con tu sincera sonrisa. Tímida, ni me atreví a acercarme y hablarte, aunque lo deseaba más que nada. Después me informé sobre ti como una adolescente enamorada, escondida entre las sombras y te admiré por tus logros y por la forma en la que conseguiste todo en la vida. Saber que voy a permanecer a tu lado de ahora en más, es un compromiso que me hace sentir plenamente dichosa, por eso lo acepto sin miedo y con gratitud.

Sus palabras habían emocionado a media sala, a algunos de los invitados hasta se les había salido una lágrima, sin embargo, su marido parecía tallado en piedra. El cura al ver la frialdad de Alistair, carraspeó y prosiguió.

—Tú, Alistair Anderson, ¿aceptas como tu esposa a Yvaine Hoang?

—Sí, padre. —Respondió él, tenso.

—Tú, Yvaine Hoang, ¿aceptas como tu legitimo esposo a Alistair Anderson?

—Si padre.

Los dos se pusieron los anillos y cuando Yvaine vio el suyo, mirándolo detenidamente en su dedo anular, palideció. Había una "R" dibujada en el lateral. Una idea espeluznante pasó por su cabeza, pero no podía ser. Seguro que tenía algún significado y no tenía nada que ver con su "hermanastra".

Capítulo 3

—Puede besar a la novia. —Dijo el cura y Alistair se acercó. Yavaine estaba impaciente porque había soñado con ese momento tantas veces que era incontable. Él levantó su velo, mientras ella cerró los ojos, hechizada por el momento que deseaba resguardar en su corazón por siempre. Ya se imaginaba que se lo contaría a los futuros hijos que iban a tener. Se llamarían Clara y Rosamunda, se imaginaba a niñas, aunque si fueran niños su alegría sería igual de inmensa e indescriptible.

Estaba tan absorta en sus imaginaciones y en la vida idílica que deseaba compartir con él que no se daba cuenta de que los invitados de parte de Alistair murmuraban entre sí, de lo más sorprendidos. Cuando sintió su aliento su corazón se aceleró, esperando sentir ansiosa esos labios que la besarían tiernamente, pero el beso no fue absolutamente lo que ella se había imaginado.

Alistair la besó con fuerza y brutalidad, mordiendo su labio inferior hasta que ella sintió el sabor de hierro. Gritó ligeramente y él la soltó como si le diera asco. Yvaine se había quedado tan blanca como la pared de enfrente. Empezando a temerse lo peor. En el anillo estaba grabada la letra "R" de Rhona. Su tutor estaba muy contento y ella sabía que por alguna razón había asistido a su boda, probablemente maquinando algo retorcido y para colmo, Rhona, a la que le encantaba burlarse de su persona y hacerla quedar mal frente a todos. ¡No se había presentado! Estaba claro que habían engañado a Alistair y a ella. ¿Cómo había podido estar tan ciega! Alistair jamás se fijaba en ella y de repente deseaba casarse con ella. Aquello no tenía ni pies ni cabeza. En cambio, con Rhona siempre bromeaba, le sonreía, la miraba como si ella fuera una bella y frágil princesa. La mujer perfecta.

Su padrastro había vuelto a jugársela. Yvaine sintió una impotencia tremenda. Estaba lleno de personas que miraban impactados la escena. No podía gritar, no podía llorar.

—Yo os declaro marido y mujer. —Dijo el cura con pesadez. El hombre también se había enterado de que algo en aquel matrimonio no estaba bien y que la ausencia del amor, era la principal razón.

Alistair se sentía estúpido. Le habían tomado tanto el pelo que era increíble. ¡Había sido un auténtico zopenco! La rabia recorrió de arriba abajo a Alistair y sin medir las consecuencias de sus actos, empujó a Yvaine que cayó al suelo de culo, mientras los invitados jadearon de la impresión. En dos zancadas se acercó a Richard Becker

y le agarró de las solapas de su traje. Él se echó a reír burlón y Alistair le gritó furioso haciéndole palidecer por un momento. —¡Esto lo vas a pagar!

—Yo nunca te dije con cuál de mis hijas te ibas a casar. Te dije que, si aceptas a cambio de las acciones casarte con mi hija, pero no especifiqué cuál. —Le respondió Richard con una tranquilidad que en realidad no sentía. Le delataba un musculo de la mejilla que no paraba de moverse.

—¡Obviamente pensé que se trataba de Rhona! Te dije que quiero una esposa bella, culta, con carácter y contactos. Me has dado a una simplona que además de no tener ni contactos, es una mosquita muerta.

Yvaine sintió arder sus ojos. Clavó sus uñas en las palmas de sus manos, deseando despertar, pero esa pesadilla era tan real como ella.

—Venga hombre... No te enfades. Puede cocinar de forma excelente y aunque es feucha igual te hace bien los quehaceres de la casa.

Alistair tomó aire y con una voz helada como un glaciar, respondió.

—Prepárate Richard Becker. Conmigo nadie juega y tú te has atrevido. En un abrir y cerrar los ojos estarás destruido. Te voy a dejar en la calle, a ti y a tu puta familia.

Richard palideció. No había calculado bien su plan y al parecer, había entrado en la boca del lobo él solito.

A Yvaine se le habían puesto los pelos de punta. Ese no era el Alistair que ella se había imaginado. Le había idealizado pensando que es una persona noble y en realidad era un machista, interesado, superficial y, sobre todo, vengativo y sin aparentes escrúpulos.

—¡La fiesta se suspende! —Rugió, agarrando a Yvaine del brazo con fuerza y sacándola de la hermosa estancia a rastras, mientras el cura se crucificaba y rezaba por la novia. Había visto en la mirada de su marido que no se lo iba poner nada fácil. En cambio, ella, estaba enamorada hasta las trancas. Todos los presentes lo habían podido notar, excepto el propio Alistair.

—Vaya, vaya con la mosquita muerta... Así que querías atraparme, ¿eh? —Murmuraba Alistair sin soltar su brazo, mientras ella gemía por la presión, pues no medía su fuerza al agarrarla con tanta rabia.

—Yo no tenía ni idea. De verdad. —Le dijo ella sollozando. Sorbió por la nariz estruendosamente y continuó. —Me sorprendió mucho que quisieras casarte conmigo, pero no pensé que fuera un plan tan malvado de mi padrastro.

Alistair la soltó y la miró como si fuera una descerebrada.

—¿Cómo si quiera concebiste la idea de que me casaría contigo? La soltó y ella sintió tanta vergüenza que se sonrojó con intensidad. Estaba claro que alguien como él, jamás se fijaría en su persona. En ese momento todos sus sueños e ilusiones se rompieron.

—No lo sé... —Susurró, sintiéndose, por enésima vez derrotada por los Becker.

—¡Oh! ¡Déjate de fingir! Lo planeaste junto a tu padrastro porque al parecer estabas obsesionada conmigo. También oí tu patética declaración en nuestra "boda" —Dijo con tanto asco que a ella se le retorció el corazón.

—Es verdad que me gustabas muchísimo, pero yo no tengo nada que ver con los planes de Richard. No sabía nada. Si quieres mañana mismo pedimos el divorcio y desapareceré de tu vida.

Alistair sonrió de forma irónica, poniéndole el vello de punta y le respondió.

—No, no. No te vas a liberar tan fácilmente y salirte de rositas. No, señor. Estas acciones ascienden a unos veinte mil dólares. Y ya que se te da bien ser una sirvienta. Serás mi sirvienta hasta que tu padrastro pagué su deuda o lo hagas tú.

Yvaine sollozaba procurando que no se la oyera en el coche, mientras Alistair conducía maldiciendo. Él no podía creer que de repente se encontraba con una esposa no deseada y a ella una tristeza profunda la abrazaba. El hombre que ama la odiaba y no tendría la libertad tan anhelada. ¿De dónde podía encontrar veinte mil dólares? Pensaba desesperada. Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando el coche se paró de golpe.

—¡Sal! —Exclamó Alistair y ella lo hizo agachando la cabeza. No deseaba provocarle, ya se había comido bastantes palizas y empezaba a temer al escocés que no era al parecer, nada diferente a su padrastro.

Yvaine ni siquiera se fijó en el palacio que tenía en frente. Un hermoso caserón de estilo barroco en color blanco y detalles dorados. Un auténtico lujo. Pero ella ya había vivido en una casa de cuento, pero sin disfrutarla. Se dedicaba a ordenar, a cocinar, pero no a relajarse. Sabía que en esa casa sería igual y se preparó mentalmente. ¿Cuánto tendría que trabajar para devolverle el dinero a Alistair? Porque estaba más claro que el agua que Richard no lo iba a hacer nunca.

—¿Cuántas horas tendré que trabajar y durante cuánto tiempo? —Le preguntó en un susurro. Ahora se formaba un nuevo plan en su

cabeza. Haría lo posible por devolverle el dinero, porque no deseaba problemas con una persona tan influyente y se iría de allí, empezando una vida libre del yugo de cualquier otra persona. Viviría con tranquilidad e intentaría ser feliz. Lo que más feliz le habría hecho, habría sido que Alistair estuviera enamorado de ella y que fuera su esposa de verdad, pero debía ser realista.

—Con la mierda de sueldo que ganan las asistentas de hogar, mucho tiempo. Tendré que verte la cara de mierda por mucho tiempo. —La respondió él, agrio y ella sintió otra vez como sus ojos se llenaban de lágrimas. ¿Es que ese hombre no dejaría de insultarla nunca?

—Te voy a pedir, por favor, que dejes de insultarme. Yo no te he hecho nada, no le he hecho nada a nadie y a mí también me mintieron. Yo no sabía nada del plan de Richard.

Él sonrió de soslayo de manera burlón.

—No sabes ni fingir. —La respondió con agresividad.

Yvaine decidió callarse. Entraron a dentro del caserón y él la dijo con un tono imperativo.

—Hazme la comida. Y cuando acabes quiero que barras todo el suelo de la casa. Yvaine se fijó y se dijo que el suelo estaba impoluto. Pero más le valía que no replicará.

—Permíteme que solamente me cambié. —Le contestó Yvaine mirando su vestido que todavía llevaba puesto.

—No. Empieza ahora. —La respondió él en un grito y ella tembló y asintió.

Alistair se sintió mal al haber visto su cara. Se sentía como un maltratador de mujeres. Encima que le habían engañado como si fuera un niño al que robaban el caramelo, el que se sentía culpable era él. Apretó los puños, deseando estrangular a esa mujer que con su mirada le hacía sentir como una basura. Nunca se había fijado en ella, pero sí se había dado cuenta que siempre llevaba trapos en la casa y nunca hablaba con nadie. Que calladita se lo había tenido, el hecho de sentirse atraída por él. La vio en la cocina, ya que los espacios de su casa eran abiertos. El vestido de novia realzaba su cintura y esos pechos que a Alistair le habían levantado la libido cuando había entrado por la puerta del jardín de Edén. En ese momento Alistair había pensado que el cuerpo de Rhona es mil veces mejor del que se había imaginado, pero ahora sabía que no se trataba de Rhona, sino de su calladita hermanastra, que ahora empezaba a cocinar con la vista clavada en el sartén. Era como si hiciera todo automáticamente.

Yvaine pensaba que vaya boda que había tenido. No era la que

había soñado incontables veces de niña. No había tenido una fiesta ni un marido que la adorará y la subiera a una habitación hermosa donde la hiciera suya, le enseñará todos los placeres. No, ella estaba cocinando, siendo una sirvienta que debía pagar el dinero que habían robado los condenados Becker.

—¡Déjalo! Vete a dormir. —Se sobresaltó al oír la voz de Alistair por detrás de su espalda.

—Oh ya está. —Le dijo ella, levantando el rostro. Alistair dio un paso hacia atrás como si le hubieran golpeado. Dos gruesas lágrimas bajaban por su hermoso y perfecto rostro y ella ni siquiera se enteraba, empezando a servir un par de muslos con ensalada de patata en un plato, lo hacía con rapidez y eficacia, también le puso un vaso grande de agua al lado de los dos platos que había servido.

Alistair se había quedado como una estatua. Ella automáticamente había cogido la escoba y había empezado a barrer. Él se lo había ordenado, no la había preguntado si tenía hambre. El escoces no pudo apartar la vista de ella y cuando Yvaine acabó con la tarea, le preguntó.

—¿Hay algo más, señor? — Alistair se negó. ¿Le había llamado señor? Era muy distante y no le gustó, y justo cuando iba a preguntarle sobre si tenía hambre, ella le interrumpió, preguntando.

—¿Mañana preparará mi lista con los quehaceres? Puedo también haceros la compra, pero si puede ser que tenga una jornada media, prometo que lo puedo hacer todo con rapidez y siempre tendrá toda la casa en perfecto estado, pero estaría bien que el resto del tiempo lo tenga para buscar otros trabajos. He visto cuando estábamos en el coche que hay cerca restaurantes de comida rápida y allí siempre se necesita gente. A, y no se preocupe. Nadie sabrá sobre esto, diré a todo el mundo que soy su nueva empleada, interna. Si me disculpa, me voy. Buenas noches.

—¡No sabes en qué habitación estarás! —Exclamó él, compungido.

—Dormiré en el sofá, no estaré mucho tiempo. He calculado que si trabajo quince horas al día podré devolverle el dinero. —Dijo ella, contenta, retorciendo al corazón del escocés.

Capítulo 4

Ella dormía profundamente, sus parpados se movían, demostrando que se sentía cansada. Alistair la observaba en la oscuridad del salón. Únicamente la luz de la luna alumbraba la estancia. Yvaine estaba vestida con una camiseta de color blanco y casi rota en los laterales, unos pantalones cortos que mostraban unas piernas largas y firmes. Alistair no comprendía por qué se sentía tan mal, al tratarla como se merece. Le había engañado porque era una niña caprichosa y, sin embargo, no parecía la típica niña malcriada que se vestía mal solo para destacar y parecer "rebelde". Alistair se sentía confundido respecto a ella.

La cogió en brazos y subió por las escaleras de mármol hasta el primer piso. No pensaba permitir que se durmiera sobre el sofá, estaría en la habitación de invitados.

La dejó suavemente sobre la cama y la tapó antes de salir. Alistair pensó que la brujita pensaría que le tiene en la palma de su mano cuando despertará a la mañana siguiente y se enterará de lo que él había hecho.

Yvaine abrió sus ojos somnolienta. Sus tripas grujieron casi con desesperación. Debía comer algo, pero esperaría a que Alistair se fuera. Frunció el ceño al ver que se encontraba en otra habitación y no en el salón donde se había dormido la noche anterior. Esa habitación era linda, pensó Yvaine, observando con fascinación las paredes de color verde manzana, la combinación de los ventanales blancos y sus cortinas del mismo color con flores pequeñas y en colores verdosos. La cama era grande y con dosel blanco y transparente. Los cojines dorados y verdes. El suelo de mármol daba aún más luz a aquella habitación.

La única explicación que encontró para que estuviera allí, es que Alistair la había trasladado. Se sonrojó al pensar que sus manos la habían tocado, luego movió la cabeza de un lado a otro, diciéndose a sí misma que no volviera a pensar tonterías, estaba claro que él simplemente había intentado ser más amable. Tal vez reconsideraba su opinión, sobre que ella formaba parte del plan de Richard.

Se estiró antes de bajar de la cama y descalza, se encaminó hacía una puerta que había en la estancia y que según ella podía ser el baño. No se equivocaba, al abrir la puerta se encontró con un coqueto baño en color blanco y el mismo verde manzana que el de la habitación.

Había una gran bañera y un espejo precioso con detalles en

dorado. Se dio una ducha rápidamente. En quince minutos su cama ya estaba arreglada y con el pelo húmedo se vistió con una camiseta de algodón combinado con unos vaqueros cortos desgastados y con un poco de roto en las rodillas.

No deseaba que Alistair pensará que era una vaga. Además, deseaba pagar esa deuda cuanto antes, necesitaba empezar su nueva vida sin enemigos en la frontera.

Bajó por las escaleras y fue hasta la cocina, sigilosamente. Alistair no estaba así que sonrió, empezó a prepararse un gran sándwich de jamón y queso. Sentía que se podía comer un caballo entero.

Un ruido la hizo darse la vuelta. Su "marido" la observaba con la ceja levantada. Yvaine enrojeció y murmuró.

—Empezaré a ordenar ahora mismo. Solo que tenía un poco de hambre... —En ese momento sus tripas gruñeron y ella se puso colorada hasta la raíz del pelo.

—¡Yo no te he dicho nada! —Rugió Alistair y ella dio un paso hacia atrás, sin saber qué es lo que había dicho mal.

Alistair al ver el gesto se cabreó aún más. ¿Qué le pasaba a esa mujer? Se comportaba como si la fuera a pegar en cualquier momento. Salió de allí echando humo por las orejas y cuando ella se quedó sola, pudo respirar. Se sentó en el taburete que estaba ante la isleta y empezó a comer con ganas. Cuando acabó comenzó con su trabajo. La casa estaba casi impoluta, pero se dio cuenta al pasear y ver cada estancia, que el desván necesitaba un buen repaso. Se puso manos a la obra. Una suave música la acompañó durante la tarde. Yvaine después de dejar el desván brillante, arregló las camas. Decidió dejar el garaje para el día de mañana. Cuando miró la hora ya eran las cuatro de la tarde.

Se sentó a comer del guiso que había preparado. Estaba bueno, así que el dueño de la casa no se quejaría. Salió de la enorme casa y se dispuso a buscar trabajo. Tras dos horas se sentía agobiada, pues nadie requería personal. Se sentó en un parque y mientras estaba con un pasatiempo, intentando distraerse y despejar su mente, la voz de una mujer, la interrumpió.

—Disculpe. —Yvaine levantó la vista para encontrarse con una mujer de mediana edad, rubia de ojos marrones muy oscuros. Estaba claro que ese color no era el original de su cabello. Su castaño clarito se podía observar por las raíces que ya le estaban saliendo.

—Dígame. —La respondió Yvaine, con curiosidad.

—La acabo de ver entrar en la heladería de los Morrison. Pensé que tal vez buscaba trabajo. Nosotros estamos abriendo una nueva heladería al lado de la de los Morrison, si quiere podemos contratarla. Estamos buscando gente. ¿Le interesa?

Yvaine comprendió que se trataba de competencia de entre dos

familias. Y como los Morrison la habían tratado mal al entrar en su local, mirándola con desdén, decidió que sería agradable ver sus caras cuando la vieran trabajar para su competencia.

—Me encantaría. —Respondió con una sonrisa, con una nueva chispa en la mirada.

—Es la perfecta para atender a los clientes. Es muy guapa, aunque por sus fachas no se nota. Necesitamos solo pulirla un poco y los Morrison lamentarán no haberla contratado. Son unos estúpidos superficiales que no saben que tienen un diamante en bruto cuando se les presenta ante la vista. —Le dijo la mujer y ella se sonrojó. Estaba claro que la mujer odiaba a esos Morrison. Yvaine sabía que había una historia detrás y que pronto su futura, ¿jefa? Se la contaría. Con una sonrisa se levantó del banco en el que estaba sentada y junto a la señora, que no paraba de parlotear, se dirigió hacía un local en el que había importantes obras que se estaban haciendo y se podía apreciar desde a fuera.

Su día no había ido para nada mal. Volvió a la casa como hacía las nueve de la noche. Había pasado unas horas de lo más entretenidas con Ginger, su nueva jefa, bueno todavía no, ya que la apertura de la heladería sería en dos semanas.

Entró a dentro de la casa con una sonrisa de oreja a oreja, recordando la historia que su nueva amiga y futura propietaria del Frigolate la había contado. Al parecer su familia, los Andrew se llevaban mal con los Morrison desde hacía siglos. Todo había comenzado con los abuelos de Ginger y Bruce, el propietario de la heladería Morrison.

Los dos hombres habían logrado cumplir su sueño, abrir un negocio. Una cafetería y heladería al mismo tiempo. Eran los mejores amigos y las dos familias tenían un lazo muy estrecho, pero el señor Morrison acabó quitándole todo al abuelo de Ginger, dejándole en la ruina. Desde ese instante una guerra se había declarado entre los dos clanes. Continua competición reinaba entre las dos familias y por ahora estaban ganando los Morrison, aunque Ginger pensaba cambiar eso. Yvaine la había prometido ayudarla, trabajar duro hasta que ambas vieran a los Morrison arrastrándose. Yvaine era la que mejor podía entender a Ginger, ella hacía años que deseaba vengarse de los Becker y más ahora... Pero no podía, eran un enemigo demasiado poderoso.

—¡Dónde estabas! —La sacó de su ensimismamiento, Alistair. Ella dio un respingo y le miró. Su "marido" estaba con el ceño fruncido y los brazos cruzados, era una posición intimidante.

—Te dije que después de acabar mis quehaceres en la casa, saldría a buscar un empleo. —Le respondió ella. Dejándole pasmado.

—Hice un guiso, espero que te haya gustado y limpie a fondo el desván y mañana pienso empezar con el garaje. Empezaré a trabajar el día diez. Mi horario no interferirá en mi trabajo en la casa y según mis cálculos en dos meses podré devolverte el dinero. —Prosiguió ella, sonriendo, pero la sonrisa se le borró del rostro al ver la expresión de Alistair. ¡Estaba furioso! Pero, ¿por qué? Se preguntaba Yvaine. Debía sentirse contento ya que había logrado encontrar la solución a sus problemas. En tan solo dos meses se podían perder de vista uno al otro.

—¿Sucede algo? Creí que te alegrarías. —Le dijo ella en un susurro.

Alistair apretó los puños. Se había sorprendido mucho, no pensaba que ella le había dicho lo del otro empleo, en serio. Ahora se estaba replanteando que tal vez la estaba juzgando mal. ¡Apretó aún más fuerte sus puños, al mirar su atuendo y ver en su rodilla un pequeño rasguño!

—¿Dónde has encontrado trabajo? —La espetó. No pretendía ser tan brusco, pero empezaba a sospechar que Yvaine no sabía nada sobre los planes de su padrastro y si era así, significaría que la había tratado de una forma pésima.

—En una heladería. Todavía están en obras, pero la mayoría de cosas ya están hechas.

—¿Has contado nuestra situación a alguien? —La preguntó.

—No. Lo único que dije es que debo dinero y que tengo trabajo en la casa de Alistair Anderson, como asistenta. Mi futura jefa me preguntó que sí es cierto que tú te has casado y que tu boda ha sido autentico fiasco. Al parecer los invitados han comenzado a hablar. Yo la dije que todo era prensa amarilla y que sigues soltero. ¿Hubo cámaras en la boda? —Preguntó Yvaine de repente.

A Alistair le molestaba la frialdad con la que ella trataba el tema. Si realmente no sabía sobre la encerrona que había preparado Richard Becker, por qué se comportaba con tanta naturalidad. Se supone que él le gustaba mucho y que ella creía que se casaban con el acuerdo de ambos... Entonces, ¿por qué no estaba destrozada? Se preguntaba Alistair, empezando a confundirse. No sabía qué pensar, pero decidió que la daría una oportunidad porque sí realmente ella no formaba parte del plan, se sentiría fatal, tratándola mal. De hecho, incluso cuando estaba cien por cien seguro que era una manipuladora como su padrastro, seguía sintiéndose como una basura cuando le hablaba de aquella manera llena de hostilidad.

—Hubo cámaras en la boda. —Respondió él, tenso. Carraspeó incomodo porque lo siguiente que iba a decir, no le resultaba fácil.

—Oh, pues debemos pensar en qué hacer cuando las fotografías salgan por la tele y en Internet. —Dijo ella con los ojos abiertos como

platos.

—No. Lo que haremos es seguir como se había acordado al principio. Como una pareja de casados. Yo pensaba que sería Rhona mi mujer, pero ni modo. Tu trabajo será acompañarme a las reuniones y comportarte como la esposa perfecta y desde luego, no vas a trabajar en esa heladería.

—Pero, así devolveré más rápido el dinero de esas acciones que te ha robado Richard. —Exclamó ella, empezando a enfadarse. Todo el mundo cambiaba sus planes y esperaba que ella se acoplará y se acostumbrará, sin pensar en sus sentimientos y deseos.

—No me los vas a devolver. ¡Olvídate del puto dinero! ¡Serás mi esposa!

—Pero yo no quiero. Quiero pagar la deuda y empezar ya una vida propia. —Le contestó ella, rogando con la mirada. Ese hombre era un maldito bipolar.

—Me da igual. Y olvídate, Yvaine de trabajar quince horas al día y esas tonterías. Iremos mañana mismo de compras y aprenderás a ser la esposa que necesita un hombre de mi posición.

—¡Vete a tomar por culo! ¡Idiota! —Le gritó ella, dejándole pasmado.

Yvaine salió de la estancia, subiendo a su habitación y cerrando la puerta tras de sí de golpe. Justo cuando había vuelto a reorganizar sus pensamientos. Si Alistair esperaba encontrarse con una esposa perfecta como la que podía ser Rhona, se equivocaba. Ella no era parecida a su "hermanastra" ni de lejos. De hecho, no deseaba parecérsele en nada. Se había callado para no tener problemas, pero no pensaba permitir que nadie siguiera decidiendo sobre su vida. Era hora de mostrar carácter.

Capítulo 5

—¡Yvaine, abre la puta puerta! —Gritaba Alistair. Mientras ella se había encerrado en su habitación, no deseando escucharle.

—¡Vete! —Le gritó Yvaine con lágrimas en los ojos. Alistair empezó a aporrear la puerta más fuerte, en algún momento Yvaine pensó que la puerta se desencajaría, pero el ruido cesó y ella se calmó, recostándose en la cama y escuchando los pasos de su marido que cada vez se alejaban más, hasta que el único ruido fue el silencio y los latidos de su corazón

Yvaine dio rienda suelta a sus lágrimas que brotaban por sus oscuros ojos como un rio salvaje. Había pensado que por fin tendría la libertad ansiada junto a un hombre que la amaba y apreciaba y se había encontrado con un tío atado a ella y encima que ni la respetaba mínimamente. Ahora la quería obligar a seguir con aquella pesadilla de matrimonio porque así se le antojaba al señorito y a ella que le dieran, ¿no?

Pensaba la morena frustrada. Nadie nunca la preguntaba sobre sus deseos, sus opiniones... Excepto Abigail y Paige. Sintió unas terribles ganas de llamarlas, pero se contuvo. No deseaba preocuparlas. Al parecer Paige ya se llevaba mejor con Peter y, además, merecía disfrutar de su reciente reconciliación con el hombre de su vida, sin que ella les incordiase. Peter luchaba mucho por recuperarla y estaba claro que ahora necesitaban estar a solas, comprender y disfrutar de su amor. Yvaine ya la había llamado a Paige la primera noche en la que se casó. Sería la noche que siempre se le quedaría grabado en la memoria. Su supuesto marido no solamente que no la había tocado, sino que la despreció de una manera que solo los Becker habían hecho. Demostrándola que no era diferente a ellos y que era un hombre muy lejos de ser el que ella se había imaginado. Su amiga se había quedado muy preocupada, por eso no deseaba volver a llamarla, aunque necesitaba desahogarse.

Ni siquiera les había contado que Alistair es amigo de Peter. Paige sabía que se casaba con un hombre con ese nombre, pero no tenía ni puñetera idea de que esa persona era un amigo de su marido. Yvaine se había enterado desde hacía ya un mes, pero deseaba sorprender a sus amigos cuando se casará y les visitará. Ahora eso no ocurría porque si se fueran a Glencoe para hacerles visita, esperaba que a Alistair no se le ocurriera, sus amigos tendrían que elegir un bando y no deseaba ponerles en un aprieto así.

Ya tenía los ojos hinchados y secos. Como si no le quedarán más

lágrimas que derramar, cerró los ojos y la imagen de sí misma con quince, se le apareció en la mente.

Hace cinco años:

Sujetaba con fuerza la mano de Gabriella. La señora de asuntos sociales que llevaba visitándola desde hacía cuatro días al colegio. Pues allí dormía en una minúscula habitación en la que habían colocado una cama. Sus profesores se habían quedado con ella, aunque no tenían por qué. Todo para que se sintiera arropada y entre conocidos. Al quinto día Gabriella se la había llevado.

La recordaba perfectamente. Cabello rojizo y ojos ámbares. Delgada y alta. Sujetaba su mano con fuerza como si así pudiera reconfortarla. La mujer la había llevado hasta un caserón antiguo, pero muy bien conservado y se notaba, lleno de lujos.

—Los Becker son tus parientes más cercanos y los únicos a los que hemos podido localizar. Esta casa como ves, es bonita y tiene las comodidades a las que estás acostumbrada. Aquí serás feliz.

Habían sido las palabras de la asistenta social.

En el umbral de la puerta estaban Richard y sus dos hijos. Rhona y Kendrick. Eran más mayores que ella. Yvaine recordaba como si fuera ayer, que sus miradas le habían puesto el vello de la nuca de punta.

—¡Bienvenida a nuestra humilde casita, niña! —Había exclamado Richard al verla. Tenía una sonrisa enorme en el rostro y sus ojos parecían apenados por Yvaine.

—Gracias por recibirme en su casa, señor Richard. —Le había contestado Yvaine con educación, como sus padres y sus profesores, sobre todo María, le habían enseñado.

—Tutéame, niña. ¡Soy como tu tío! —Le había respondido Richard.

Para Yvaine era extraño. En realidad, era un simple pariente lejano. No podía considerarle como su tío y mucho menos como su padrastro, pero con el tiempo y tras repetirlo incontables veces a la gente Richard, para todos era como si fuera su tío/padrastro.

A Yvaine la disgustaba sobre todo cuando él decía. —"Es como si fuera mi hija". "La he criado sin siquiera hacer diferencia alguna de Rhona". La gente se le quedaba mirando con un brillo en los ojos de admiración, mientras ella se callaba, aunque por dentro deseaba gritar que todo eso era una vil mentira. Richard Becker y sus vástagos le habían dejado claro desde el primer día que nunca sería parte de su familia y que solo estaba con ellos debido a su herencia, que no tardó en agotarse, debido a los caros gustos de los Becker.

Recordaba con tanta claridad que asustaba el momento en el que

la asistenta social soltó su mano y con una sonrisa en la cara se dio la vuelta, diciendo.

—Pasaré la semana que viene, Yvaine. Para ver cómo vas. Se buena con los Becker, son muy amables acogiéndote.

Pero ella nunca volvió, jamás la visitó. Y eso que Yvaine se arrodillaba cada noche, antes de dormir, suplicando a que Gabriella volviera y se la llevará.

Al pisar el frío suelo de mármol del salón de la casa familiar de los Becker, mirando hacia atrás como si estuviera buscando un rostro conocido para sentirse tranquila, mientras Richard la empujaba por la espalda más hacía dentro, Yvaine se había sentido como un animalito acorralado.

—Bien, niña. Me han dicho que eres muy rebelde y desde ya te digo, que en mi casa no se admite esa clase de comportamiento vulgar. No sé cómo te han criado tus padres, pero aquí, bajo mi techo se hace siempre lo que yo digo. Como ves he sido de lo más indulgente aceptándose en mi casa, comerás de mi comida y beberás de mi agua. Por tanto, habrá una serie de obligaciones que tendrás que cumplir, como ayudar en la casa con los quehaceres. ¡No vivirás gratis en mi casa! Si me desobedeces me veré obligado a dejarte en un reformatorio y no creo que lo pases bien allí.

Esas habían sido las palabras que le había dedicado su supuesto "tío" para darle la bienvenida, mientras sus hijos reían a carcajadas como si todo aquello resultará de lo más gracioso.

Ella acababa de perder a sus padres y había oído cosas horribles sobre los reformatorios, definitivamente no deseaba entrar en uno de esos sitios, así que asintió y en aquel momento le dio poder a Richard, pero en aquel momento ella no comprendía eso con su mente de quinceañera.

Apretujó la blanca almohada entre sus dedos. Diciéndose a sí misma que debía tener paciencia. Su amiga Abigail también había sufrido mucho y a su misma edad. Separándose de su mejor amigo y el amor de su vida y perdiendo a sus padres en una noche tormentosa. Después había pasado de una familia de acogida a otra y en una de esas familias habían intentado abusar de ella. Ahora era feliz y Yvaine se dijo que ella también lo sería. ¡Se lo merecía!

Se levantó de su cama y se fue hasta la puerta que abrió sigilosamente. Afortunadamente no hallaba a su marido por ninguna parte. Fue hasta la ducha, decidiendo bañarse y tal vez así se le aclararían los pensamientos. Tenía que quitarle a Alistair la idea de que se comportarán como un matrimonio de verdad. ¡Aquello no tenía ni pies ni cabeza! ¡Era ilógico! Yvaine se sorprendía que alguna vez he

irónicamente, no hace mucho, hubiera pensado que ese hombre se siente atraído por ella.

Entró a dentro y se desvistió con rapidez. Puso el agua, encontró un gel de ducha que olía a coco, estaba claro que no lo usaba Alistair, seguramente lo había dejado allí para cuando sus "invitadas" pasaran la noche en la casa. Al pensar eso Yvaine se enfureció y lo peor de todo es que no tenía idea de por qué. Él no la pertenecía ni ella a él. No eran nada uno para el otro. Lo único que les unía era un malentendido y un papelito que ambos habían firmado. ¡Dichoso papel de los cojones! Pensaba rabiosa. Deseaba estrangular a Richard y a la zorra de Rhona. ¡Estaba segura que ella también formaba parte en el plan!

Siempre que Alistair venía a la casa ella coqueteaba descaradamente con él. Al principio Yvaine pensaba que era porque sencillamente a Rhona le gustaba ser el centro de atención de todas las miradas masculinas, pero ahora se daba cuenta que, tras sus risitas y aleteo de pestañas tan dulce, como solo ella podía hacer, se escondía un plan macabro. Ese plan seguramente consistiría en engañar a Alistair para que le diera esas acciones a su padre y mientras él se creía que había atracción entre ambos, ella atraparía a Peter, el marido de su mejor amiga, Paige. Así sería la heredera de todas las riquezas de los Craig, que no eran pocas. Eso Yvaine lo sabía porque les había oído y en una fiesta a la que había acudido a regañadientes había conocido a Paige. A Rhona su plan le había salido un total fiasco porque no había contado con que Peter estaba locamente enamorado de Paige. Yvaine sonrió al pensar en lo enfadada que se habría puesto al encontrarse a su hermano en la cárcel, ya que este hacía blanqueo de dinero en la empresa de Peter, y sin conseguir que el marido de su amiga pusiera el anillo en su dedo. ¡Ese anillo que tanto deseaba Rhona le pertenecía a Paige y siempre sería así!

Ensimismada en sus pensamientos ni se dio cuenta de que la puerta se abría.

Alistair estaba furioso. Se lo llevaban los demonios porque no podía comprender a esa mujer. La estaba dando una oportunidad para que fuera su mujer. ¡Qué mejor! Iba a tener una buena posición en la sociedad y sería asquerosamente rica. ¿Qué más quería? Se preguntaba enfurruñado en la amplia cocina, caminando de un lado a otro. De repente se paró en medio observando su alrededor. Debía volver a contratar una asistenta. Su mujer no podía ni tenía que encargarse de la limpieza de aquella enorme casa. Pensó en lo frágiles que parecían los hombros de Yvaine. No, no, definitivamente no podía encargarse de ese trabajo. Estaba tan cabreado al sentir que le habían tomado por tonto que lo había pagado con Yvaine. Debía pensar que es un monstruo. Pensó el empresario sin desear analizar el por qué

empezaba a importarle tanto lo que su esposa pensará de él.

Además, no había salido tan mal parado. Era cierto que esperaba que su esposa fuera Rhona, pues nunca se había fijado en Yvaine, que jamás vestía adecuadamente y se solía mostrar excesivamente tímida. Mientras que Rhona siempre procuraba darle comunicación y lo hacía de una forma tan dulce. Sin embargo, ahora que empezaba a observar a su pequeña esposa se daba cuenta de que era mucho más bella que su hermanastra. Era verdad que Rhona era una belleza escocesa tradicional, pero Yvaine poseía un atractivo único, muy exótico. Su rostro era como de muñequita, su cabello sedoso que caía como la cascada de un río por su espalda, parecía tener vida propia. Su cuerpo parecía de ensueño. Alistair todavía no podía olvidar como se veía su silueta en el vestido de novia. Esa cintura de avispa podía hacer perder el tornillo a cualquier hombre. Reflexionó un rato y se dio cuenta que había sido muy brusco pidiéndola que fueran como un matrimonio común, teniendo además cuenta de cómo había sido su boda. Alistair hizo una mueca. Era normal que no quisiera tener en cuenta su proposición. A las mujeres les gustaba que los hombres se comportarán de forma galante. Yvaine había visto su peor lado, no sabía que podía ser un auténtico seductor. ¡Si todas las mujeres caían desmayadas a su paso! Mientras que su esposa se comportaba distante y con esa mirada asustadiza que le hacía sentirse como un pobre diablo. ¡Esa era la clave! ¡Tenía que seducirla! Pensó él, empezando a sonreír por su hallazgo. No le iba a resultar nada difícil. De hecho, se extrañó porque estaba impaciente por seducir a su pequeña esposa y empezar a oír su risa. ¿Reía alguna vez esa mujer? Se preguntó mientras se encaminaba hacía la habitación, esperaba que esta vez ella le abriera la dichosa puerta y pudieran hablar. Pensaba invitarla a cenar a fuera y seguro que con unas cuantas miradas la conquistaría. Si realmente a ella le gustaba en un pasado nada lejano, volvería a embelesarse por su magnetismo.

Empezó a caminar apresuradamente. Se miró en el espejo y se dijo. —"Confía en ti"— ¡Qué demonios le pasaba! ¿Por qué se sentía nervioso? Cuando él siempre poseía una seguridad que aplastaba a sus rivales en su negocio y atraía a las féminas como polillas hacía la luz.

Respiró hondo y como si estuviera yendo hacía la guerra siguió por el camino. Tocó la puerta dos veces suavemente, pero nadie contestaba. Sorprendido, giró el pomo y se encontró con que su mujer no estaba en la habitación. Entonces oyó el ruido que hacía el agua de la ducha. Su corazón empezó a golpear como si se le fuera a salir del pecho, al imaginársela desnuda bajo el agua. Nunca antes le había pasado desear con tanta fuerza a una hembra. ¿Entraba o se quedaba a fuera como un buen caballero? No, él no era un caballero. Pensó y con la rapidez de un tigre enjaulado que por primera vez veía la luz

del sol, fue y abrió la puerta.

Se quedó paralizado al verla ensimismada bajo la ducha. Toda mojada, su cabello era aún más largo, llegaba hasta por debajo de su cintura. Alistair sintió su entrepierna endurecerse y respiró hondo. Dios, cómo deseaba entrar allí y comprobar si su piel realmente era tan suave a como parecía. De repente Yvaine se giró y abrió los ojos de par en par.

Por un momento el tiempo se había detenido y los dos simplemente se quedaron viéndose uno al otro, entre asustados y excitados. Empezaba a haber tanta electricidad en el ambiente que ninguno sabía cómo digerir lo que estaba sucediendo. Tan solo se dedicaban a sentir. Él no quitaba su vista de su cuerpo, acariciando de manera telepática cada centímetro de su piel.

Yvaine no se habría imaginado ni en mil años que se encontraría en una situación así. Alistair la estaba literalmente follando con la mirada. Enrojeció hasta la raíz del pelo. Parecía hallar un deseo descomunal en su marido y no sabía cómo reaccionar. Pues no tenía experiencia en ese tipo de cosas. Lo único que sabía con certeza en ese momento, era que deseaba sentir sus manos recorriendo su piel. Sus pechos se endurecieron de una forma sorprendente, sus pezones se irguieron orgullosos como si reclamarán la atención de su dueño.

¡Santo cielo! Pero, qué demonios le estaba ocurriendo. Pensaba Yvaine, abrumada por todo aquel erotismo. Entre asustada y tan excitada que los jugos de su triangulo de venus empezaron a mezclarse con los chorros de la ducha. Gritó exaltada. —¡Sal de aquí, pervertido de mierda! Alistair la miró incrédulo. Desde luego no se esperaba eso, su cara era un poema.

—¿Cómo que salga? —La preguntó él, entre furioso y desesperado por acercarse a su esposa.

—¡Deja de mirarme! —Le respondió ella, gritando desgañitada.

Alistair la señaló con el dedo y contestó.

—¡Eres mi mujer!

El corazón de Yvaine dio un vuelco. ¿Y ahora qué iba a hacer? Tenía que detenerle, pero al bajar la vista por sus vaqueros se quedó sin respiración. Por la protuberancia, bastante generosa que se notaba a través de la tela, se veía que su marido no pensaba irse de allí y eso provocó que sintiera las llamas de un fuego abrasador que la empezaba a desquiciar.

—Alistair, sal. —Logró decir, pero él ya empezaba a acercarse. Todo su cuerpo, movimiento, eran puro erotismo.

—¡Sal! —Gritó ella, cogiendo entre su mano lo primero que pilló,

que era un bote de champú, y tirándoselo encima. Él miró su camisa empapada por el champú y arqueó una ceja para arriba.

—Hermosa, esto no ha estado bien. Tu comportamiento es inaceptable. Creo que debo darte un par de azotes. —Su voz ronca hizo que a Yvaine la recorriera un rayo de electricidad y que su respiración se entrecortará. Cuando Alistair rompió su camisa, ella casi se cae de la impresión al ver su torso musculoso.

Capítulo 6

La miraba de una manera ferviente. Yvaine se había paralizado sin poder apartar sus luceros de su cuerpo que era como una escultura de Miguel Ángel. Lo que más llamaba su atención era ese pectoral sin un gramo de grasa fuera de sitio. Sus piernas eran musculosas y bien torneadas. Yvaine nunca antes se había excitado contemplando tan solo la pantorrilla de un hombre. Su abdomen era plano con una tableta de chocolate que a ella le dio hambre y todo. Su miembro era de un tamaño considerable, pero Yvaine procuraba no mirar hacia allí, pues la intimidaba. A pesar de todo, sus oscuros luceros se dirigían hacía la entrepierna de Alistair cada cierto tiempo.

Alistair estaba cada vez más cerca y ella no podía mover ni solo musculo. Cuando por fin entró a dentro de la mampara de la ducha, se la comió con la mirada antes de lanzarse sobre sus labios y empezar a besarla con necesidad.

Yvaine sentía sus piernas temblar, le temblaban hasta las puntas de los dedos del deseo que la recorrió al sentir su piel, su torso contra el suyo. Alistair la había abrazado por la cintura y la había pegado a su cuerpo, ella podía sentir su miembro golpeando su abdomen, hecho que acrecentaba el deseo de ambos. Eran como dos bengalas a punto de incendiar toda la estancia y todo lo que había a su alrededor.

Cuando sintió la mano varonil en su pecho, gimió arqueando la espalda. Alistair gruñó y empezó a masajear sus generosos pechos sin dejar de besarla bajo los chorros del agua. El ruido de la ducha y sus gemidos se entremezclaban con aquel ambiente nubloso que había creado el vapor del agua. Sus cuerpos sudorosos y sus pieles brillando se acariciaban y encajaban a la perfección como si fueran las piezas de un puzzle o un medallón de dos mitades que hacía mucho no se juntaba.

Los labios de Alistair bajaron por su cuello, mientras sus manos empezaban a explorar el cuerpo de Yvaine con destreza. Yvaine solamente cerraba los ojos, disfrutando de unas sensaciones que la embriagaban de deseo y sensualidad.

Alistair había estado con muchas mujeres y todas bellísimas, pero nunca había sentido un deseo tan ardiente y apasionado por ninguna como por Yvaine en ese momento. Los dulces gemidos de ella, le provocaban una ansiedad de querer marcarla, de besar cada centímetro de aquella sedosa piel y que a la mañana siguiente ella lo recordará, quedándose en su mente grabado, él.

Yvaine casi chilla cuando sintió sus dientes en su pezón. Era

salvaje, pero a ella eso le encantó.

—¡Levanta la pierna y ponla alrededor de mi cintura! —Ordenó Alisatir. Yvaine se quedó sin aliento mientras cumplía con la orden.

Alistair entró en su húmeda cavidad y se quedó de lo más sorprendido al notar la fortaleza que le impedía entrar totalmente.

—¿Nena? —La preguntó con voz agitada.

Yvaine se sonrojó, demostrando lo que Alistair se imaginaba. En ese momento él sintió un sentimiento de posesión hacía ella que le dejó de lo más desconcertado. En su cerebro comenzó una batalla entre la decisión de parar, por si la había hecho daño o seguir. Lo segundo era lo que más anhelaba.

—No pares... —Susurró ella, mareada por la intrusión. Había sentido dolor, pero sabía que la primera vez siempre era así. Había oído hablar de ello a Rhona y a sus amigas cuando se juntaban para tomar el té por las tardes en la mansión de los Becker.

Alistair no necesitaba que le alentasen más. Rompió su barrera y cuando ella jadeó por la impresión e intrusión, él se sintió en la gloria. Jamás se habría imaginado que sentiría algo así y ahora empezaba a opinar que su esposa era una cajita de sorpresas y que él no tardaría en hacerse adicto a ella.

Cuando salió y entró por segunda vez, ella abrió los ojos de par en par por el placer que la recorrió. Arqueó el cuerpo, hablando de la forma más primitiva, pidiendo más y él no la defraudó, comenzando un vaivén cuya velocidad no podía controlar debido a su gran deseo por seguir sintiendo a su mujer.

La dulce tortura acabó para ambos en un intenso orgasmo que provocó los gritos de Alistair e Yvaine, que ni se enteró mareada de tanto placer, de cómo su marido la cogía en brazos y se la llevaba a su habitación. Los dos se durmieron mientras quedaban unas horas todavía para que el amanecer les diera la bienvenida. Alistair estaba pensativo contemplando el perfil de Yvaine. Era extraño lo a gusto que se sentía abrazándola. Yvaine dormía profundamente, hacía mucho que no conciliaba el sueño así.

El olor a bacón la despertó. Se removió en la enorme cama antes de abrir sus luceros y sonreír al sentir las caricias de los rayos del sol. Se sentó sobre la cama y al ver que estaba completamente desnuda, recordó toda la noche anterior, se sonrojó como un tomate, esos mismos tomates que vendían en los supermercados y que eran súper hiper mega rojos. Miró el gran reloj de forma redonda que estaba colocado en la pared de enfrente. Casi se cae de la cama. ¡Eran las once de la mañana! ¿Desde cuándo despertaba tan tarde? Se levantó

de forma abrupta y entonces reparó en que no se encontraba en la habitación que la había asignado Alistair.

Se oía como alguien tarareaba una canción. La voz parecía la de Alistair. Yvaine se quedó de lo más desconcertada. La imagen de su marido se había tornado en su cabeza como la de un ogro. Ese hombre que la había hecho el amor con tanta pasión y que ahora cocinaba bacón y canturreaba una canción de un dibujo animado, no podía ser él. ¡Por dios, qué lio! Necesitaba hablar con Abigail y Paige. Salió descalza de la habitación y entró rápidamente en la que había sido suya hasta hacía poco. Buscó una camisa gigante de la talla más grande que había encontrado en el mercado y se la puso. Era muy cómoda y en su parte frontal había una enorme hamburguesa y una coca cola dibujados. ¡Viva la comida basura! Había pensado Yvaine al comprársela por cuatro pavos.

Se cruzó las piernas una sobre la otra, sentándose como los indios sobre la grande y hermosa cama. Marcó el número de Paige y empezó a bufar, esperando impaciente a que su amiga le respondiera.

—¿Hola? —Se oyó la bonita voz de Paige. Yvaine supo que su amiga no había mirado el número porque si supiera que es ella gritaría emocionadísima.

—Soy Yvaine. —La respondió y el chillido de su amiga casi hace que le explote el tímpano de la oreja.

—¡Yvaine! ¡Cómo no me has llamado durante tanto tiempo!

—Paige, habla más bajito que casi estalla mi oreja, pedazo de chiflada. ¿Cómo puedes tener una voz tan... prodigiosa con lo delgadita que eres?

—No me vengas con rollos. ¿Por qué no me llamaste? Ni a mí ni a Abigail. Tengo mil preguntas rondándome la cabeza.

—Todo empezó de forma súper fea, Paige y yo no quería destrozarte a ti más aún, preocupándote por mi cuando estabas con el corazón roto por Peter. Luego vuestra relación empezó a mejorar y se pudo comprobar el plan de los Becker y me negaba a destruir tu felicidad.

—Eres tonta. —Exclamó Paige. cabreada. Yvaine no pudo evitar sonreír. Se notaba que su amiga estaba de lo más ofendida.

—Ya sabes que mi marido se llama Alistair, pero jamás te dije cuál es su apellido.

—Efectivamente. ¿Vas a decírnoslo de una puñetera vez?

—Es Alistair Anderson. —Respondió con miedo por la reacción de su amiga.

—¿Te has casado con un amigo de mi marido y me lo cuentas ahora? Señora Anderson prepárese porque en cuanto la vea, le despellejaré esa piel de porcelana que tiene.

—Nuestras fotos probablemente saldrán en todos los periódicos,

medios de comunicación... Te lo cuento para que no te sorprendas.

—Ah, gracias, muy considerable. —Respondió la pelirroja con sarcasmo.

—Paige, lo siento. ¿Vale? Al principio no os lo conté porque deseaba hacerte una sorpresa. Nuestros maridos no son los mejores amigos, pero sí han sido compañeros de universidad y se tienen un gran respeto mutuo. Pensé que esa cercanía de ellos, sería emocionante para nosotras, pero sabes lo que pasó el día de la boda. Te conté un poco por encima porque no deseaba preocuparte, pues tú estabas pasando por un momento malo. Después me enteré por Facebook de la reconciliación con tu marido y no quería estropearte la felicidad. Pues tanto tú como Peter, aunque fue un auténtico imbécil contigo, os la merecíais. Yo no podía decirte que Rhona y su padre habían logrado hacer de las suyas otra vez.

—¿Qué tienen que ver ellos en eso? ¡Ya sabía yo que no te iban a dejar en paz! ¡Les voy a despellejar! —Gritó su amiga, alterada

—Paige, no te pongas nerviosa. Ustedes justo os habíais liberado de la escoria de los Becker. ¿Cómo podía yo contarte que mi supuesto marido en realidad pensaba que se casaría con Rhona y que le había vendido unas acciones al estúpido de su padre para poder hacerlo? Mientras que a mí me habían dicho que él quiere casarse conmigo, pues habían notado mi fijación por él. Yo estaba enamorada de Alistair y los Becker supieron cómo sacar provecho de ello.

—Ahora lo entiendo. Quisieron engañar a Alistair. Él vendería sus acciones pensando que se casaría con esa bruja, mientras ella intentaba en ese mismo momento robarme a mí marido. Por eso tu marido se portó de forma fría contigo cuando os casasteis. Ya me había quedado yo pensativa del porqué de ese comportamiento.

—No solamente fue frío. No te lo conté todo, pero él se comportó de forma déspota. —Susurró Yvaine, empezando a llenársele los ojos de lágrimas al recordar sus duras palabras.

A Paige se le había cortado la respiración y entrecerrando su hermosa mirada del color de las violetas, preguntó.

—¿Cómo que déspota?

Yvaine necesitaba desahogarse, así que empezó a relatar todo lo que le había pasado desde que se había casado con Alistair. Paige simplemente la escuchaba. Yvaine no omitió ningún detalle a su amiga y cuando acabó de contar, se dio cuenta de que lloraba.

—Voy a ir allí y te juro que le pateo y le rompo las costillas.

—No, Paige. Cálmate.

—No me voy a calmar. Como te toque un solo pelo, se va a acordar de toda su estirpe.

—Pues me ha tocado más que un pelo.

—¿Cómo?

—A noche me hizo el amor. —Dijo Yvaine sonrojada como la nariz de un payaso.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—¿Cómo?

—¿Vas a dejar de repetir eso?

—¿Cómo? Vale, perdón ya paro. Pero, no comprendo cómo diablos...

A continuación, Yvaine le relató todo desde que había vuelto de su nuevo y recién descubierto empleo. Por supuesto las partes más candentes se las callo, aunque su amiga insistió mucho, deseando saber todo con pelos y señales.

—Vaya, vaya... Dijo Paige cuando Yvaine acabó de relatar.

—Mi mente está hecha un cacao. —Le dijo Yvaine, suspirando.

—¿Un cacao?

—Eso. Imagínate a mi cerebro, ¿vale?

—Vale... La parte izquierda de tu coco es hermoso en mi imaginación.

—No bromeo. Imagínate está mi cerebro sobre un cuenco y una batidora no para de batirlo volviéndolo un auténtico mejunje.

—¡Por dios, Yvaine! ¡Podías decirme que simplemente estás confundida y no hacerme imaginar esa bazofia! Voy a potar las magdalenas de chocolate que me zampe hace poco, por tu culpa.

—¿Qué hago? —La preguntó la morena.

—Creo que él se está enamorando de ti, pero ya sabes que yo me monto muchas historias, así que te daré el número de Laura. La psicóloga de mi familia y de la de Abigail.

—¿La loca? —Preguntó Yvaine, asombrada porque ya conocía a la mujer gracias a las historias de Paige y Abigail.

—Esa, esa...

Capítulo 7

Sentada sobre un sofá de estilo francés en color rosa pastel Rhona Becker hacía muecas y se retorcía las manos de forma compulsiva. Todo su plan se había venido abajo. Frustrada, cogió un jarrón de cristal que su padre había traído cuando había vuelto de sus "negocios" de China y lo tiró sobre la pared de enfrente. El estruendoso ruido ni la inmutó. ¡Cómo había podido perder a su Peter! Si se hubiera casado con ese imbécil ahora poseería tanto dinero que podría permitirse gastar en lujos cada día. Vivir como una mujer de su posición y gran belleza se merecía. ¡Esa idiota de Yvaine era la culpable de todo! Rhona, desquiciada cogió una de las pequeñas almohadas que estaban sobre el sofá de color rosa chicle y brillante, empezó a romperla en cachos. La odiaba, la odiaba tanto...

Estaba segura de que esa víbora les había contado a Peter y a su puta pelirroja su plan y el de su padre y hermano. Ahora su hermano se iba a pudrir en la cárcel. Lo cierto era que eso no la importaba en absoluto. No la importaba que le pasará algo a su estúpido padre y menos al bobo de su hermano. Lo único que la hacía enfurecerse de una manera demente era que no poseería el dinero de los Craig, que no llevaría el anillo de Peter Craig. ¡Ese anillo le habría dado la posición que se merecía! Y ahora esa posición la disfrutaba Paige. Esa zorra pelirroja que le había robado el corazón a Peter.

Desde luego, habían subestimado demasiado a Yvaine. Quién iba pensar que se atrevería a delatarles después de haber sido golpeada y maltratada años. Si se ponía a temblar como una hoja solo al verles entrar a la casa.

Rhona empezó a reír al recordar la cara de esa mosquita cuando ella le había roto toda la ropa ante sus ojos o cuando en una fiesta le había echado todo el puding encima. Por supuesto la gente se había tragado de que lo había hecho sin darse cuenta. ¡Qué estúpidos eran todos! Se creían realmente que era una filántropa empedernida a la que se le rompía el corazoncito al ver a un niño hambriento. Esos ilusos se creían que realmente ella y su familia donaban todo ese dinero a los necesitados. Empezó a reír aún más fuerte hasta que las lágrimas se le salieron por los ojos. Se divertía mucho con la ingenuidad de esos pobres idiotas.

Se levantó y empezó a caminar en el gran salón de la mansión que llevaba todo un año sin ser decorado. Ya se les estaba acabando el dinero y su padre, el muy inútil no encontraba a otro a quién robar o algún tipo de negocio suculento. ¡Dios, no podía vivir así! Sin siquiera

poder salir al centro comercial, ahora mismo vivía como una vagabunda.

Le había dado una idea genial a su padre, pero este se negaba.

—" Podemos empezar con el tráfico de mujeres, puedes coger chicas de países más pobres y que sean bellas y así nos forramos" —Le había dicho Rhona y su padre la había mirado indignado.

—Hasta mi maldad tiene límites, Rhona. Puedo dedicarme al tráfico de drogas, blanqueo de dinero o robar la herencia de niñas que han quedado huérfanas como Yvaine, pero lo que me estás diciendo es pasarse de mis límites. Ya me estás asustando, Rhona" —Le había respondido su padre.

Rhona hizo una mueca de indignación al recordar. Parece ser que su viejo tenía una mini conciencia dentro de su cabezota.

Los tacones de la rubia retumbaban en el piso de mármol en color crema mientras ella caminaba agitando sus perfectos rizos. ¡Deseaba hundir a Yvaine por haberle frustrado los planes! De repente se paró y su mirada marrón brilló. Una idea genial se le había ocurrido. Dos pájaros de un tiro, serían. Ella tendría la riqueza que tanto deseaba y esa mosquita lo pasaría tan mal que acabaría suplicando que el dolor de su alma cesará.

Laura estaba revisando los papeles de la adopción de Yvaine frunciendo el ceño. Algo no cuadraba allí. Esta misma mañana la chica la había llamado avergonzada, al parecer Paige la había recomendado contactarla, pero la pobre estaba tan abochornada por no poder pagarle y tan confundida que Laura por enésima vez se olvidó de mantener sus sentimientos distantes a los sentimientos de sus pacientes. Algo en la voz de la chica, la confusión reinante que se podía percibir, hizo que Laura la mintiera descaradamente.

—"No te preocupes por el dinero, justo estaba a punto de lanzar una oferta especial" —La había dicho. La chica no era tonta y Laura había podido palpar cómo Yvaine a través del teléfono se percataba de que aquello era raro, pero sentía que tenía que ayudarla y ahora que ojeaba esos documentos se daba cuenta que no iba nada mal encaminada con esa decisión suya.

Desde que se había entregado la custodia de por aquel entonces tan solo quince años de edad, de Yvaine, nadie, ninguna persona que trabajará para asuntos sociales se había acercado para preguntarla cómo se encontraba. Era extraño porque eso se podía considerar una infracción del protocolo.

Sencillamente se habían lavado las manos dejándola a cargo de su pariente más cercano sin siquiera haber sido tratada por un psicólogo,

pues la chica acababa de perder a sus padres y la muerte de estos era nada menos que a manos de unos terroristas. Se trataba de una familia adinerada y de buena posición en la sociedad. ¿Cómo es que todos se habían olvidado tan rápido de ella? ¿Cómo nadie había investigado bien a su nuevo tutor cuando en sus manos caía una sustanciosa herencia que tenía que custodiar hasta que la chica tuviera dieciocho? ¿Por qué había seguido viviendo con esa familia adoptiva a pesar de haber cumplido la mayoría de edad? Pero, sobre todo, ¿por qué demonios no estaba forrada de dinero si sus padres le habían dejado nada más y nada menos que tres millones de pavos?

Laura nunca antes se había puesto a investigar sobre algún paciente, pero esta mujer era especial. La psicóloga tenía la corazonada de que sería muy difícil que ella se le abriera. Algo le decía que estaba ante un caso de maltrato muy severo. Se había dado cuenta de que la paciente tartamudeaba al ponerse nerviosa. Habían hablado tan solo una vez, por teléfono y durante un tiempo corto, pero las señales estaban allí. Su tono de voz sumiso, su ligero tartamudeo y esa frase que le había dicho y que todavía no se le podía salir de la mente.

—"¿Cree que podré ser feliz? ¿Cree que pueda ser amada por un hombre?" Esas habían sido las preguntas de Yvaine Hoang, formuladas con tanta ansiedad que hasta Laura había podido sentir los latidos de su corazón. Todo indicaba que efectivamente, esta chica había sufrido de abusos. Laura solo había tenido un caso similar. El de su amiga Abigail, pero una voz interior le decía que el caso de Yvaine sería mucho más difícil porque se encontraría con cosas horribles por el camino. Laura no sabía si estaba preparada mentalmente para oír todo por lo que la mujer había pasado. Todo el mundo opinaba que a los psicólogos se les adiestraba de alguna manera para no sentir una empatía profunda por sus pacientes. Para ser distantes y profesionales, pero no era así. No señor. A ella cada historia le llegaba hondo en el corazón.

Levantó el auricular del teléfono. Iba a llamar a un viejo amigo. Era detective. Antes de hablar con Yvaine necesitaba saber muchas cosas y además... Opinaba que muchos debían perder sus empleos por haber permitido las atrocidades que ha pasado esta mujer. Está claro que el sistema no funciona como debe sí adolescentes como Yvaine o Abigail podían acabar en manos de personas con mentes tan retorcidas que provocan nauseas.

—Regaladas a las serpientes por manos del propio estado... ¿En qué mundo vivimos? —Se preguntó Laura y marcó el número de teléfono que se sabía de memoria, aunque ya habían pasado dos años enteros desde que no veía a George.

Yvaine estaba cocinando. Pensando en todos los cambios que estaban pasando en su vida. Lógicamente nada podía ser peor de lo que ya había sido, pero los cambios la abrumaban. Primero se casaba con un hombre del que se había enamorado a primera vista. Después, se enteraba de que él no solamente que no la deseaba, sino que la despreciaba y que había sido un mero trato de su padrastro que la había vendido, literalmente por unas acciones. Ahora habían hecho el amor y él parecía que la deseaba, la deseaba como un hombre desea a una mujer. No era simplemente por limar asperezas, no. Su mirada indicaba que ella no le era indiferente. Se sentía confundida y realmente no opinaba que esa psicóloga la podía ayudar mucho, pues sus métodos eran muy extraños ya se lo habían contado Abigail y Paige.

Gritó cuando vio la tortilla sobre la sartén medio quemada. Esa mañana habían desayunado con Alistair pancakes, pero casi sin dirigirse la palabra. Él sonreía de vez en cuando nervioso e Yvaine forzaba una sonrisa en respuesta. Era como si no supieran qué decirse. El hecho de que él también estuviera tan nervioso como ella, la calmaba un poco. No se sentía tan sola en esta nueva etapa de su vida.

El timbre de la puerta la alertó. Apagó la estufa y tiró la tortilla quemada a la basura. Abrió un poco las ventanas para que el humo se disipará y se encaminó hacía la puerta principal. Alistair la había dicho que una señora vendría a recoger la casa, ella por supuesto le había contestado que ya podría encargarse ella misma, pero él no estaba de acuerdo. Al parecer tampoco le gustaba que trabajará en la heladería. Tendrían que hablar muy seriamente porque no pensaba ser una mujer florero. Ni de coña. A ella le encantaría poder tener sus propios proyectos, ser independiente económicamente.

Abrió la puerta principal y para su sorpresa ante sus ojos estaba su marido. Tan apuesto con su traje de firma que si se pudiera medir el atractivo el suyo sería de una magnitud superior a seis coma nueve en la escala de Richter. Aquel hombre era un desastre natural hermoso. Pensó Yvaine sonriendo.

—¿Cómo es que has llamado? ¿Dónde están tus llaves? —Le saludó diciendo lo primero que se le cruzó por la mente.

—Se me olvidaron está mañana. Deben estar sobre la mesilla de cristal. —Le respondió él con una sonrisa sincera. A Yvaine le dio la sensación como si estuviera realmente feliz de verla.

—¿Vas a volver al trabajo?

—¿Quieres que vuelva? La preguntó Alistair en respuesta,

levantando su ceja izquierda.

Yvaine se puso como un tomate maduro. Lo cierto es que deseaba que él se quedará en la casa, aunque a su vez eso la ponía de los nervios.

—Me gustaría que te quedarás... —Respondió casi sin voz y él sonrió de oreja a oreja.

—Eso pensaba hacer. Quiero invitarte a comer en mi restaurante favorito. Siento que todo esto es abrumador para ti, pero a noche algo cambió entre los dos y nuestra relación a tomado un giro inesperado. Quiero que hablemos de ello. Deseo conocerte Yvaine.

Yvaine sentía que su corazón latía a mil por hora. ¿Deseaba conocerla? Tal vez debía llamar ya mismo a Laura, pero habían quedado en hablar a la tarde por skype. Armándose de valor, le contestó a su marido.

—Me parece una idea muy buena.

—Voy a cambiarme, en unos minutos estoy listo. —Le respondió Alistair con una sonrisa que podía iluminar a toda Escocia. Ella asintió empezando a alterársele los nervios. ¡No tenía nada adecuado que ponerse! Seguramente él la iba a llevar a algún restaurante lujoso como a los que solía ir cada dos por tres su hermanastra, pero ella no estaba acostumbrada a eso. Lo conocía porque solía acompañar a sitios muy lujosos a su familia adoptiva. Rhona insistía en que debía haber alguien que sujetará su chaqueta ya que podían robársela. Es decir, ella básicamente hacía de perchero en esas reuniones.

—"Cálmate Yvaine. Él sabe que casi no llevabas equipaje" ¡Si no llevaba equipaje! ¡A eso no se le podía llamar equipaje! —Respiró hondo y se dijo que él no lo vería mal pues sabía que tenía ropa muy escasa y que no era adecuada para tener una cita en un lugar tan lujoso. Cuando salía con los Becker iba siempre vestida en tonos apagados, no deseaba llamar la atención y eso parecía gustar a Rhona y a los demás. Pero, ahora deseaba que él la encontrará bella. Decidida fue hasta el baño y con su maquillaje comprado de la tienda china, se maquilló. Cuando se miró en el espejo ni tan mal, pensó. Su piel siempre había sido impecable, simplemente realzando sus ojos con un lápiz negro y un poco de rímel el cambio era espectacular. Sus ojos eran rasgados debido a su raíz asiática, pero a su vez eran enormes y adornadas por unas espesas pestañas. Una combinación que tenía que admitirse era bonita. Perfilo sus labios con un brillo en color coral y se vistió con lo mejor que tenía. Una camisa blanca de seda y unos vaqueros de talla alta en color negro. Se puso los únicos tacones que tenía, que eran de su boda, pero con un look tan casual ni se notaba y salió, esperando que a su marido le gustará y apreciará ese esfuerzo que ella había hecho. Debía estar a su altura.

Al salir vio a su esposo justo en frente. Se quedó sin aliento. Estaba

vestido con una ropa casual sport. Unos vaqueros en color camel, una camisa de cuadros de colores claros y una chaqueta que contrastaba el look con su tono oscuro.

—Estás hermosa. —La alabó él y ella se sintió en las nubes. Parecía ser que su marido intentaba flirtear con ella, seducirla. Y debía admitir que eso le encantaba.

—Lo mismo digo. No hermosa, sino hermoso. —Respondió Yvaine y se reprendió mentalmente por ser tan estúpida.

Alistair rio con una carcajada que a Yvaine la hizo desear poder oír ese alegre sonido siempre.

—Señora Anderson detrás de usted. —Dijo él de forma caballerosa y ella asintió mientras él le abría la puerta.

Ese era el hombre en el que Yvaine se había enamorado. Siempre educado y caballeroso. A Rhona siempre la había tratado de una manera delicada y dulce. Por eso Yvaine se había sorprendido cuando a ella ni si quiera la había dedicado una sola palabra amable, pero dadas las circunstancias que les unieron y a que probablemente Alistair se había sentido de lo más engañado, era normal. Pensaba la morena mientras agarraba a su esposo por el brazo y juntos se encaminaban hacía un todo—terreno de color gris con las ventanas blindadas que Yvaine nunca antes había visto. ¿Cuántos coches tenía ese hombre? Se preguntó.

El viaje era de lo más ameno y agradable. Una suave melodía de blues les acompañaba mientras el sol se escondía y el atardecer les hacía ensimismarse en sus pensamientos y disfrutar de un silencio relajante y nada incómodo.

—¿Cómo acabaste con los Becker? —La preguntó Alistair.

Yvaine no se esperaba la pregunta, no le gustaba hablar de ello, pero era su esposo y deseaba conocerla, mostraba interés así que decidió intentarlo.

—Tenía quince años cuando mis padres se fueron a España por motivos de trabajo. Un ataque terrorista les mató al igual que a todos los que les acompañaban en el autobús. Fue terrible, salió en todas las noticias nacionales y en España. Mis padres no tenían familiares. Los dos habían crecido en un orfanato y se conocían desde niños. Los parientes más cercanos de mi padre al parecer eran los Becker, unos primos muy lejanos, así que me dejaron con ellos. Mi custodia se entregó a Richard hasta mi mayoría de edad.

—Tuviste suerte de tener cobijo. —Respondió Alistair.

—No te creas... —Contestó ella sin darse cuenta.

Alistair la miró seriamente y preguntó. —¿Qué quieres decir?

—Pues que... Nada, simplemente... ¡Cuéntame más sobre ti! —Exclamó Yvaine, tartamudeando. Estaba de lo más nerviosa y la mirada de Alistair la ponía aún más intranquila.

—Te contaré más sobre mí. Pero, estábamos hablando de ti. ¿Por qué dices que no tuviste suerte de estar con los Becker? Es horrible lo que les sucedió a tus padres y pensar que con la edad de quince tuviste que decirles adiós y empezar a vivir otra vida con gente que no conocías, debió de ser difícil. A pesar de ello, considero que tuviste suerte ya que no estabas sola y te cuidaban. ¿No fue así Yvaine?

—La forma en la que me educó Richard no era muy convencional. —Respondió Yvaine con una voz sobria que le puso los pelos de punta a Alistair.

—Explícate. —Quiso saber él.

—Ahora mismo no me apetece hablar de eso. ¿Podemos hablar de otra cosa, por favor? —Le suplicó ella y él soltó el aire que contenía con brusquedad.

La imaginación de Alistair empezó a volar y pensar en que no la habían criado bien o la habían hecho daño le llenaba de una furia incontenible e inimaginable. La forma de reaccionar de su esposa no le gustaba, pero deseaba que ella se sintiera cómoda con él y si no quería hablar de su adolescencia, esperaría. Así que decidió ganarse su confianza empezando a hablar sobre sí mismo. Tal vez sí ella conocía más de su vida, con el tiempo se abriría más a él.

—Yo nací en las Tierras Altas de Escocia. Mis padres acababan de terminar sus carreras cuando yo llegue y deseaban vivir la vida. Viajar y después dedicarse a sus negocios, así que me dejaron con mis abuelos, Edna y Bruce. Tuve una niñez que siempre voy a recordar con añoranza. Crecí jugando en los verdes prados y con valores y tradiciones gaélicas y celtas. Fue una época idílica llena de juegos, amigos y navidades inolvidables debido a las famosas galletas de jengibre de mi abuela.

Yvaine sonrió. A ella le encantaba la navidad de niña y su madre hacía también galletas de jengibre. Era la época más feliz del año.

—Cuando cumplí los diecisiete mis padres decidieron mandarme a un internado exclusivo. Ellos dos habían logrado acumular un buen patrimonio ya que mi progenitor había comenzado un negocio digital que tuvo gran éxito. Al parecer deseaban una educación excelente para mí así que el primer paso era estar en un instituto de renombre. Mis abuelos no se negaron porque se trataba de una decisión que debían tomar mis padres, aunque hasta ese momento no habían tomado ninguna elección de importancia que tuviera que ver con mi vida. De hecho, casi no les veía el pelo porque siempre estaban en algún viaje impresionante cuyas fotos después salían en algún famoso blog o revista de viajes.

Empecé mis estudios. Eran clases muy duras porque nos preparaban para la admisión de alguna universidad privilegiada de negocios. De mí se esperaba seguir los mismos pasos que mis padres que lograron muchos éxitos a una edad muy temprana. En aquel momento no deseaba defraudarles, sino todo lo contrario, ser apreciado por ellos y que se sintieran orgullosos de mí. Así que mi ambición de lograr lo mismo que ellos iba creciendo cada día, pero por muchos sobresalientes que sacará y por muchos proyectos exitosos que hiciera no parecía suficiente para mis perfectos padres.

Alistair sonrió, aunque la sonrisa no llegó hasta sus ojos. A Yvaine se le retorció el corazón, era muy empática, siempre lo había sido y en ese momento sentía el peso que había sentido él. Deseando con desesperación la atención de sus padres. Ella siempre había sentido el amor que sus padres le profesaban hasta que los había perdido. No podía imaginarse lo que debía ser tenerlos y que no mostrarán más que frialdad hacía su persona.

Finalmente accedí a la universidad que ellos deseaban. No paraban de alabarme ante las personas diciendo que yo sería un gran empresario que doblaría la fortuna familiar. Hasta organizaron una fiesta en mi honor, una en la que ni siquiera me dirigieron la palabra. Todo era mero postureo ante sus amistades cuya opinión al parecer les importaba más que nada. Lo que nadie se esperaba es que contra todo pronóstico yo comenzará un negocio textil que parecía no me iba a llevar hasta ningún sitio y menos a la cima como ellos esperaban.

—Pero, pasó todo lo contrario. No hay ninguna mujer moderna de Escocia que no lleve un vestido cuyo estampado sea de alguno de tus diseños. —Dijo Yvaine, admirándole.

Él pudo apreciar ese orgullo que ella sentía por él y eso le alegró y calentó el corazón de una manera desconcertante.

—Ya hemos llegado. —Anunció Alistair con la voz quebrada. Empezaba a sentir algo tan fuerte hacía su esposa que le confundía. Y era tan fácil hablar con Yvaine... Esperaba de corazón no equivocarse con su aparentemente dulce esposa. Tan dulce como la miel... Sus pensamientos empezaban a tomar otros giros y debía contenerse. Tenían que cenar tranquilamente y seducirla poco a poco. Se dijo a si mismo aparcando el coche ante un restaurante que a ella le sorprendió tanto que empezó a reír a carcajadas.

Capítulo 8

La luz de color rosa fluorescente casi cegaba sus ojos. Se trataba de un restaurante de comida rápida con un entorno tan familiar que uno podía contemplar a través de la vitrina del local a niños pequeños riendo junto a sus padres mientras disfrutaban de una hamburguesa o un perrito caliente.

Era un sitio agradable, pero a su vez no tan exclusivo y elegante, sino todo lo contrario. Un ambiente relajante en el que poder desconectar y disfrutar de una comida rica. A Yvaine la sorprendió la elección de su esposo.

—Es el lugar perfecto para nuestra primera cita. —Dijo con una sonrisa que iluminaba sus ojos, sin siquiera percatarse de cómo las chispas que saltaban por sus luceros hechizaban a su pareja que la miraba embelesado.

Salieron del coche y empezaron a caminar hacía el local que parecía muy animado.

Alistair no podía apartar la vista de su mujer. La noche alumbrada por las farolas de las calles, la daba un aspecto mágico. Una belleza nada clásica, pero que sí parecía de otro mundo. Tan exótica, dulce y a su vez salvaje con esos cabellos que el viento agitaba y que él deseaba tocar.

La seda de la blusa que llevaba Yvaine abrazaba de una manera perfecta sus pechos y Alistair sin cortarse admiró esa parte de su anatomía hasta que ella se percató y en respuesta sus pezones se irguieron bajo la tela como dos capullos de flores. Alistair se la comió con la vista mientras Yvaine se quedaba sin aliento por el deseo que emanaba de él.

Como si estuviera embrujado Alistair alzó la mano y acarició su excitado pecho apretando su pezón con el dedo índice y el pulgar. Yvaine gimió en respuesta, sintiendo su entrepierna tan humedecida que parecía un volcán a punto de estallar. ¿Cómo podía provocarle semejante placer con solo un tacto? Se preguntaba mientras cerraba los ojos y disfrutaba del dulce tormento.

—*"¡A ver si os vais a un hotel que aquí hay niños! ¡Pervertidos!* — Se oyeron unas voces que les sacaron de la burbuja erótica en la que estaban sumergidos. Como dos resortes se dieron la vuelta para ver a una pareja que les estaba mirando con el ceño fruncido. Ambos sujetaban de la mano a un niño de aproximadamente seis años. El renacuajo era muy rubio, tanto que su cabecita parecía un azafrán amarillo alumbrado por el sol de verano. El niño les miraba con una

enorme sonrisa como si lo que hubiera visto fuera de lo más interesante, en contraste a sus padres que observaban a Yvaine y Alistair como si hubieran atropellado a un perrito.

Sonrojados hasta la raíz del pelo, los dos clavaron la vista en sus zapatos como si fueran dos colegiales pillados haciendo una travesura.

—Bueno... Vamos a cenar. —Dijo Alistair carraspeando, sin saber muy bien qué decir.

—Eso... —Respondió ella y se dirigieron a dentro del Sabor Sobre Ruedas. Así se llamaba el restaurante.

Ya a dentro una joven adolescente que miraba a Alistair como si fuera un pastel les atendió.

—Bienvenidos a Sabor Sobre Ruedas. ¿Mesa para dos?

Ambos asintieron y la joven les llevó hasta un sitio un poco más apartado. Una hermosa familia se sentaba junto a ellos. Una pareja joven con un bebe tan dulce que a Yvaine le apeteció cenarse al bebe en vez de a la pizza que pensaba pedir.

—¿Qué vais a pedir?

—Yo una hamburguesa con una cola, por favor. —Respondió Alistair y la muchacha le miró como si fuera la aparición de un dios de la mitología griega. Yvaine frunció el entrecejo, esa mocosa empezaba a tocarle las pelotas... Puede que empezarán a conocerse con Alistair, pero él era su marido. ¡Más respeto por lo ajeno, niñata! —Pensaba empezando a frustrarse. Sabía que su marido no se fijaría en ella porque era una niña a pesar de estar muy desarrollada y ser hermosa, él no era de ese tipo de hombres. Después se reprendió por esa clase de pensamientos. ¡Estaba celosa de una adolescente! ¡Qué diablos la pasaba! Era totalmente normal que la muchacha mirará a Alistair embobada. Como para no, con lo bueno que estaba.

—Hermosa, ¿tu? —La preguntó su esposo sacándola de sus cavilaciones.

—Una pizza de las pequeñas y una cola también. —Respondió ella.

—Mira Yvaine. —Llamó su atención Alistair. Ella se giró hacía donde él le indicaba y vio al bebe de la pareja. Era de ojos verdes y pelito rubio, hacía gorgoritos y agitaba las manitas alegremente mirando hacía Yvaine.

—Parece que le has gustado. —Dijo la madre del niño, divertida. Ella sonrió y sin aguantarse las ganas fue y lo cogió en brazos. Los padres no se opusieron, de hecho, sonreían abiertamente. Jugó un poco con la criaturita sin percatarse de que su esposo la observaba con seriedad.

Al verla sujetar al lactante Alistair tuvo un deseo irracional de verla en brazos con un niño, pero uno que hayan creado juntos. Su

entrepierna se endureció de una manera alarmante y él apretó las mandíbulas maldiciendo a su esposa que parecía que cualquier movimiento que hiciera, cualquier gesto por su parte le excitaba. Le estaba convirtiendo en un pervertido.

Yvaine se sentó en su sitio riendo. Alistair forzó una sonrisa. Él deseaba disfrutar de una cena agradable y que charlaran, se conocieran... Pero lo único que deseaba era follarse a su mujer sobre aquella mesa. Iba a ser una noche larga... —Pensaba torturado.

—Cuando tengáis uno, seréis unos padres fantásticos. Se les nota. —Dijo la madre del pequeño y su pareja asintió, dándole la razón.

—Gracias, todavía es muy temprano para eso, pero esperamos ser buenos, si dios decide bendecirnos. —Respondió Alistair sonrojado y Yvaine se puso como un tomate.

La cena discurrió de una manera tan amena y deleitosa que Yvaine se sintió tan bien como no recordaba haberse sentido en tiempo. Alistair parecía pasárselo igual de bien, aunque a veces hacía gestos muy raros, como si se estuviera conteniendo. ¿Le apetecería cagar? Se preguntó Yvaine en más de dos ocasiones. A pesar de ello lograron hablar y ella se sintió conectada con él como si pudiera confiarle todo, hablar sobre cualquier cosa.

Lo mejor fue cuando Alistair sacó un anillo de su bolsillo con las iniciales de los nombres de ambos entrelazados. Era hermoso, pequeño y con diamantes en su alrededor. Al parecer el otro anillo que ella había dejado sobre una mesilla, él lo había tirado al váter.

Esa noche Yvaine comprendió que se parecían en muchas cosas, tenían tantas cosas en común que era sorprendente. Mismas comidas favoritas, bandas de música...

Tal vez algún día podrían ser como la pareja que tenían al lado de su mesa.

Aspiró el aroma de Alistair y suspiró de felicidad. Había pasado un mes desde que se habían casado y su vida no podía ir mejor. La noche que pasaron en Sabor Sobre Ruedas había cambiado el tipo de relación que tenían. La confianza había crecido entre los dos de forma sorprendente. Yvaine todavía no asistía a las invitaciones de fiesta que le llegaban a su marido y él tampoco. Deseaban pasar el tiempo disfrutándose uno al otro. Por el día paseaban por lugares llenos de árboles o iban al campo. A los dos les gustaba esa tranquilidad. Por la noche hacían el amor de mil maneras y de forma de lo más intensa. Incluso habían hablado de adquirir una mascota, un pequeño perrito. Según Laura, ese era un gran paso para una pareja y más teniendo en cuenta la forma tan inusual en la que se habían casado ella y su

marido.

Las sesiones con Laura iban genial. Al principio a Yvaine la había costado horrores abrirse, pero la psicóloga no se había rendido. —"¡Si no empiezas a hablar de tus sentimientos te juro que cojo el primer avión!" —La había amenazado y había resultado efectivo ese método porque Yvaine cada vez hablaba más y un peso enorme caía de sus hombros. Llevaba tanto tiempo escondiendo sus sentimientos que aquello resultaba liberador. Su marido todavía no sabía que ella tenía una terapeuta, pues a la hora en la que charlaba con Laura por skype, él se metía en su taller de trabajo o en el despacho. Eran las únicas horas que pasaban sin estar juntos.

A Yvaine la había costado disfrutar de la atención y ternura con la que Alistair la trataba. Le resultaba como un sueño del que tenía miedo despertar. Ahora el miedo se había disipado y debía admitir que nunca se había sentido tan sumamente feliz.

Alistair la mimaba y consentía mucho. Hacían las cosas que a ella la ponían feliz y aunque él debía trabajar lo dejaba todo para estar con ella y pasar un tiempo mágico y hermoso.

Yvaine sonrió contra su cuello, recordando la conversación que había tenido con Paige. Su amiga y el marido de esta estaban zumbados. Iban a celebrar su matrimonio por tercera vez. Al parecer las primeras dos habían sido un desastre, no como la boda de ella, por supuesto. La suya había ganado la corona de la boda más horrorosa, aunque eso no la importaba. No, lo único que deseaba era estar con Alistair. La cuestión era que sus amigos la invitaban a ella y a su nuevo marido. Yvaine sabía que deseaban echarle un vistazo y decidir si era lo suficientemente bueno para ella, pues tanto Paige como Peter eran muy protectores con los suyos.

Observó a su marido dormido. Era tan guapo que quitaba el hipo. Sonrió feliz y pensó en su reacción cuando se enterará que es amiga de Peter, su ex compañero de universidad. Él todavía no lo sabía, Yvaine estaba impaciente por decírselo porque sabía que sería una sorpresa grata para su hombre.

Sonrió traviesa al ver la mano de su marido dónde estaba. Sobre su pecho, empezando a apretarlo con firmeza. Al parecer el muy pillín no estaba tan dormido como aparentaba estarlo.

Traviesa, puso su rodilla alrededor de su cintura, de modo que su sexo quedará justo contra el suyo. Empezó a moverse con movimientos suaves y sonrió cuando comprobó cómo se excitaba.

—Señora Anderson, es usted muy mala... —Dijo Alistair con voz ronca y aterciopelada. Su voz penetró en el corazón de Yvaine que sintió sus pezones erguirse bajo el camisón de seda en color rosa palo que llevaba.

—Ah Alistair... —Empezó a gemir ella mientras Alistair despertaba

por completo y metía la mano bajo la tela de sus tangas y arrancaba la prenda dejándola hecha trizas.

—¿Qué quieres, hermosa? —La preguntaba él mientras metía dos dedos en su húmedo sexo y empezaba a estimularla de manera deliciosa.

—A ti... dentro... —Decía ella con la voz entrecortada. Alistair la besó hambriento casi sin dejarla respirar.

Yvaine gritó cuando su camisón corrió la misma suerte que su ropa interior dejando sus pechos duros como dos rocas al descubierto. Cuando Yvaine sintió cómo empezaba a chupar sus pezones y juguetear con sus pechos, mordiéndolos como si fueran un manjar, empezó a arquear la espalda, implorando la liberación.

De una solo estocada él entró en su cálida cavidad arrancando un grito de la fémina que le hizo sentirse satisfecho consigo mismo. Con una lentitud premeditada comenzó a moverse en su interior, saliendo y entrando con contundencia y llevando a Yvaine hacía un erotismo intenso que casi hace que se desmaye.

Cuando los dos estallaron como el champan de año nuevo, recuperando el aliento se levantaron, preparados para el comienzo del día.

—¿Sabes? Me encantan ese tipo de mañanas. —Le dijo ella, haciéndole reír.

Alistair la dio una pequeña cachetada en el culete y ella rio con ganas. A él le encantaba el sonido de su risa.

—¿Qué te apetece desayunar señor Anderson? —Le preguntó Yvaine levantándose y cogiendo una bata de color rosa.

—¿Qué te parece un buen omlette con jamón y champiñones, señora Anderson?

—Me parece que dentro de unos años necesitaremos un buen dietista porque nos pondremos como ese hombre que sale en el canal ocho. Ese, el que pesa casi cien kilos.

Alistair empezó a troncharse de risa. Ya no se imaginaba una sola mañana sin ella.

—Acabo de hacer la compra. ¡No sabes! Hoy en el supermercado vi a Ginger, hace tan solo unos diez minutos. —Hablaba Yvaine con Paige por el móvil mientras colocaba las bolsas de las compras sobre la encimera.

—¿La de la heladería? —Preguntó Paige que en ese momento se pintaba las uñas de los pies de un rojo intenso. Hacía poco que se había enterado que eso le ponía a cien a su Peter.

—Sí, ya sabes que yo la avisé que no podría trabajar. Ella fue muy

comprensiva y nos hemos hecho amigas. Hemos tomado el café dos veces desde entonces y sabe todo acerca de mi matrimonio. Desde que hago las sesiones con Laura me cuesta menos socializar y hablar con la gente. Hasta me sorprende que haga amistades de manera tan fácil.

—Pues no debe sorprenderte porque esa es tu verdadera personalidad, Yvaine. Eres comunicativa, risueña, bromista y una persona increíble. Has desarrollado esa timidez e inhibición como un escudo ya que necesitabas algo con lo que sentirte a salvo.

—Creo que es así porque yo de pequeña y de adolescente fui una niña muy avispada y súper habladora. Me acuerdo que los profesores siempre me gritaban que me callara. —Respondió Yvaine con una sonrisa, recordando a su profesora favorita a la que siempre sacaba de quicio, María.

—Pues es hora de recuperar a la Yvaine de verdad. La que tiene carácter, la que no permite que la aplasten.

—Por un momento creí que ella ya se había ido. —Respondió Yvaine mientras sus ojos empezaban a empañarse recordando la forma en la que la muerte de sus padres y los abusos de los Becker la convirtieron en alguien totalmente opuesto a lo que era. Como había dicho Laura no conocía su propia fuerza era como esos elefantes en el circo a los que se les maltrataba desde pequeños y cuando crecían tenían suficiente fuerza para liberarse de sus cadenas, pero sus corazones estaban tan rotos que no tenían idea de sus capacidades.

—Ya la has encontrado. —Contestó Paige, emocionada.

—Gracias a vosotras y a Laura. Alistair también contribuye, aunque ni siquiera lo sabe. Me hace tan feliz.

—No dejes de reír nunca Yvaine. —Dijo Paige y las dos estaban a punto de echarse a llorar como magdalenas.

—No nos pongamos dramáticas. —Habló Yvaine riendo y borrando las lágrimas que ya le salían por los ojos. —Tengo que terminar con la compra y escribir en mi diario. Ya sabes que Laura me recomendó escribir todo lo que siento y lo que he vivido.

—Si escribieras un libro, sería un best seller. —Le dijo Paige, haciéndola reír.

El timbre de la puerta interrumpió la conversación.

—¿Alistair no llega a las cinco hoy? —Preguntó Paige, curiosa. Pues nadie solía ir a casa de su amiga excepto la asistenta que venía solo tres veces por semana y ese día no la tocaba.

—Pues sí... Iré a ver quién es. Voy a colgar, mañana te llamo sobre estas horas.

—Muy bien. Un besazo y que no se te olvide llamarme. —Respondió la pelirroja, intentando no demostrar su preocupación con su tono de voz. Ese timbre de la puerta presentía que no anunciaba nada bueno, pero tal vez era su imaginación. Peter ya la había

advertido que dejará de mirar tantas películas de misterio y asesinos psicópatas.

—No se me va olvidar tranquila. Tú eres inolvidable nena.

—Qué chistosa estás...

Yvaine colgó la llamada y se apresuró hacía la puerta principal de la casa. Miró por la mirilla y se quedó sorprendida. Era su marido. Abrió la puerta y como solía hacer, le saludó con un beso en los labios, pero notó que Alistair estaba como tenso.

—¿Pasa algo mi amor? Has vuelto temprano.

—Preciosa recibí una llamada. No quiero que te pongas nerviosa, ¿vale?

El semblante de Alistair era serio. Yvaine se preocupó.

—Vamos a dentro. —Dijo él y en un tenso silencio fueron hasta el salón. Cada uno se sentó en su sillón de cuero en color chocolate. Eran nuevos y los había elegido Yvaine. Había sido un día muy feliz.

—Hace poco me llamó Richard Becker. —Anunció Alistair. Yvaine, al oír ese nombre sintió como el vello de detrás de la nuca se le ponía de punta.

—¿Qué quiere? —Preguntó, alterada.

—Quiere hablar sobre las acciones. Dice que hay algo que cree que anda mal, aunque mi contable no encontró nada inusual.

Yvaine empezó a asustarse. Conocía bien a su familia adoptiva y si estaba en lo cierto, algo tramaban.

—No vayas. —Suplicó empezando a llorar.

—Hermosa, no llores. Te prometo que vuelvo rápido, pero debo ir porque si realmente pasa algo con las acciones yo debo estar al tanto, ahora que soy el dueño de ellas.

—Por favor vuelve rápido y si empiezan a hablarte sobre algo que no tiene que ver con las acciones, no les escuches. —Le contestó, rogando.

—No te preocupes. —Respondió Alistair y la besó suavemente en los labios. Yvaine sintió que ese sería su último beso. Esperaba que él la amará de verdad y no dudará de su persona porque sabía que los Becker intentarían ponerle en su contra y no había mejores manipuladores que ellos.

Capítulo 9

—"Qué extraño" —Pensó Alistair al oír la suave música de blues que provenía del hogar de los Becker. Ni siquiera su caserón era tan lujoso como el de los Becker, siempre había sabido que les encanta el lujo. La única persona a la que no le importaban los lujos había sido su Yvaine. Mientras subía las escaleras que eran alrededor de veinte escalones, se acordó de un suceso.

Era verano, él y Rhona tomaban champán en la terraza que daba una vista esplendida al maravilloso jardín de la familia. En ese momento por primera vez se había fijado en Yvaine. Conocida por todos, como la hermana menos atractiva de Rhona.

—¿Por qué tu hermana nunca se junta con los demás en las reuniones y fiestas que montáis? —Había preguntado él, curioso. Observando a la mencionada recoger unas margaritas, como siempre muy sumergida en sus pensamientos, alejada de todos en cuerpo y alma.

—Ella es así. Es la típica rebelde, ¿sabes? Mi padre no sabe qué hacer con ella ya. Viste a propósito así solo para llamar la atención de la gente y varias veces ha intentado robar dinero de la cartera de papa. —Le había contestado Rhona.

Alistair al conocer a Yvaine se había dado cuenta que eso no podía ser. Tal vez había hecho esas cosas de adolescente para llamar la atención porque se sentía sola por la pérdida de sus padres.

Llamó al timbre de la puerta y cuando se abrió quedó sorprendido de ver ante sí a Rhona. Estaba tan hermosa que era imposible no admirarla. Su cabello rubio estaba impecablemente peinado como siempre. Tirabuzones perfectos caían por su delicada y femenina espalda como la cascada de un río. Parecía una princesa escocesa. Su vestido era juvenil, pero a su vez elegante de gasa y en un color rosa palo hermoso.

—Bienvenido Alistair. —Saludó con voz melosa y bajando la vista como si estuviera sonrojada.

—Estás bellísima, Rhona. —Contestó él y ella batió las pestañas de una manera encantadora.

—Tu siempre tan amable, Alistair. Quisiera disculparme en nombre de mi familia, sobre todo en nombre de mi padre que parece haber perdido el juicio. Yo ni siquiera sabía... Me quedé consternada al enterarme de la forma en la que te habían engañado. —Respondió Rhona y en sus preciosos ojos del color del caramelo se podía apreciar autentico pesar.

—No te preocupes, Rhona. No ha salido tan mal. —Dijo Alistair y ella asintió, indicándole que pasará.

—Me disculpas, pero no sabía que mi padre te había convocado a una reunión y esta noche había invitado a unos cuantos amigos a jugar a juegos de mesa y escuchar música. Mi padre me dijo a última hora que tendríamos un invitado.

—Tranquila. Ya veo que te sigue encantando montar pequeñas fiestas.

Rhona le dedicó una sonrisa resplandeciente. A Alistair siempre le había parecido, además de preciosa, una mujer muy risueña, comunicativa. Por eso al pensar en una esposa, la primera que se le había venido en mente había sido ella.

—Me encanta hacer que mis amistades se sientan a gusto. Ser anfitriona en mi casa siempre me ha gustado mucho y de esa forma ayudo muchas veces a los negocios de papa. Pues ya sabes que muchos inversionistas, empresarios, accionistas etc. Adoran las fiestas.

Él asintió, pensando que a su esposa se le daría fatal eso, por eso todavía no la había sacado a ninguna reunión, era tan tímida que cuando se ponía nerviosa balbuceaba. Con una mueca en la cara entró a dentro y fue directo hacía el despacho de Richard Becker, mientras Rhona volvía con sus invitados cuyas risas se podían oír desde el recibidor y el pasillo principal de la casa.

Abrió la puerta sin llamar. Richard se fumaba un puro mientras observaba algo por el ventanal. El despacho olía a puros y a madera. Era agradable y hasta hacía poco tiempo, Alistair se habría fumado uno con el hombre, encantado, pero ahora sabía que era un manipulador de mierda.

—¿A qué viene esa cara larga? Siéntate fumemos un puro como los buenos tiempos. Son cubanos, ¿sabes?

—Déjate de tonterías y dime para qué me has llamado. Mis contables no han encontrado nada en las cuentas, todo está en orden.

—¿Así que quieres ir directo al grano?

—¡Exacto! ¡Así que empieza porque no tengo tiempo, mi esposa me espera en casa!

Richard suspiró con cansancio, antes de decir con pesadez.

—Parece ser que la pequeña Yvaine ha conseguido lo que deseaba...

Alistair le miró furioso. El hombre tenía dibujada en el rostro una sonrisa triste.

—¿Qué quieres decir?

Richard suspiró otra vez de forma de lo más dramática.

—Verás... Yvaine no es lo que parece a simple vista. Cuando llegó tuve mucha paciencia. Me dio pena que hubiera perdido a sus padres

con tan temprana edad. Pero sus travesuras aumentaban constantemente. Un día la pillé fumando, después empezó a beber. Tuvimos que tener mucha paciencia con ella. Me robaba dinero... La cuestión es que empecé a consentirla más que a mis propios hijos y ella misma acabó con su fortuna antes de llegar a cumplir los dieciocho. A pesar de ello, me encargué de seguir cuidándola y cuando me dijo que estaba enamorada de ti... ¡Yo no lo pensé! Sabía que tú nunca te fijarías en ella así que coopere en su plan. Con tal de que ella estuviera contenta. Pero mi hija, Rhona al enterarse me hizo entrar en razón y por eso te he llamado. Mi hijastra a la que amo como a mi hija, siempre fue una persona muy complicada, asocial, caprichosa y le encantaba inventar además rumores, como que yo la maltrataba y cosas así. Eso me duele porque sí la hubiera maltratado no se hubiera quedado conmigo hasta después de sus dieciocho.

Alistair se puso pálido como una hoja. No podía ser, su Yvaine no era así.

—¡Mientes! —Gritó furioso y salió de allí, dando un puñetazo a la puerta y formando un gran agujero en su superficie. Salió corriendo deseando salir por detrás del jardín cuando oyó voces.

—Te juro que le amo más que al aire que respiro, pero ella es mi hermana y aunque es maquiavélica y ha planeado todo para atrapar a Alistair, yo la amo. Si ella es feliz con él...

—Pero y, ¿qué pasa con tu felicidad, Rhona? Siempre la consentís en todo a la rebelde e indomable Yvaine.

—Mitzy, ella perdió a sus papas con solo quince años y…

—Y nada, Rhona. No es escusa de haberos amargado toda la vida y encima le dejas paso libre para el hombre que esperaba casarse contigo y al que tú amas.

Rhona hablaba con su mejor amiga, Mitzy. Fue entonces cuando Alistair se dio cuenta que lo que Richard le había contado no era mentira. Yvaine, se la había jugado y de qué forma. Alistair sintió que se quedaba sin aire de la ira que sentía. Su corazón estaba roto por una mosquita muerta. Una mujer a la que él nunca se habría volteado a mirar dos veces había hecho que se enamorará de ella. ¡Era un idiota! Ella estaba con él por puro egoísmo, eso no era amor. Él había empezado esa relación de manera egoísta, pero había llegado a amarla como si fuera su cacho de pan en un desierto sin comida, como si fuera agua en una sequía, como si fuera el sol que le despertaba por las mañanas y la luna que le daba las buenas noches antes de dormir. Ella, sin embargo, solo se había encaprichado.

Destrozado, su mente empezó a maquinar. Yvaine iba a desear desaparecer de la faz de la tierra porque con Alistair Anderson no se jugaba.

Estaba que se comía las uñas de los nervios. Se levantó de la cama

y miró el reloj sobre la pared colgado otra vez. ¡Las once de la noche! Su marido todavía no había vuelto a casa y encima no contestaba al móvil. ¡Qué demonios pasaba!

Yvaine Anderson deambuló por toda la casa como un alma en pena hasta que el cansancio pudo con ella y se durmió sobre el sofá que había en la sala de cine.

La luz que se filtraba por el gran ventanal en forma de arco la despertó. Somnolienta se levantó y cuando vio que a su lado no estaba Alistair, como un resorte se puso en pie y corrió por toda la casa hasta llegar a la recamara que compartían y verle tan tranquilamente dormido. Una furia enorme se apoderó de ella y con grandes zancadas se acercó hacía un dormido Alistair. Su mano se levantó por inercia y el golpe que se estampó contra la cara del dormido casi la sorprende a ella misma que nunca había reaccionado así.

Alistair se levantó espantado y la miró como si fuera una chiflada que acaba de huir del psiquiátrico más cercano.

—¡Qué diantres te pasa, mujer! —Exclamó él, furioso.

—¿Que qué me pasa? Ayer a noche no volviste a casa, te llamé mil veces y ni contestabas. ¿Tienes idea de cuánto me he preocupado? —Le respondió Yvaine gritando. No se podía creer que no la hubiera avisado de que había vuelto a casa, sabiendo lo muy disgustada que estaba cuando le contó sobre la llamada de Richard.

—No me digas. —Le contestó Alistair de forma sarcástica.

—¿Qué te han dicho? —Preguntó Yvaine con los ojos abiertos como platos, sin poder reconocer a su marido.

—Prepárate nos vamos de viaje. Un compañero de la universidad me ha invitado a su tercera boda como si con una no fuera lo suficientemente terrible. —Dijo Alistair con frialdad.

Yvaine ya sabía que pronto emprenderían un viaje a Glencoe, pues Paige y Peter celebrarían su tercera boda, pero algo en la mirada de su marido y en su forma de hablar le ponía los pelos de punta.

—Alistair, debemos hablar. Hay cosas que no te he contado porque no me sentía todavía preparada, pero ahora sí y quiero que hablemos. Mi familia adoptiva es gente muy mala, me han maltratado durante años y...

—¡Cállate! —Rugió él, asustándola. Ella dio dos pasos hacia atrás, encogiéndose y enfureciendo—le más a él.

Alistair estaba que se subía por las paredes de los nervios y el cabreo que le estaba carcomiendo. Ella sabía muy bien que él estaba al tanto de todo y a pesar de ello intentaba manipularle diciéndole que su familia adoptiva la había maltratado. Estaba claro que era una

perra manipuladora y caprichosa. Y encima, se atrevía a mirarle asustada como un cervatillo, a comportarse como si le temiera.

—¡Haz las maletas ya y no hables durante el viaje! —Le ordenó Alistair de forma fría y un tanto cínica, conteniendo su ira. Ya llegaría su turno de reírse de ella como Yvaine se había reído de él y sus sentimientos. Pensaba él.

—Vale. —Respondió Yvaine con suavidad, pensando que cuando se calmará un poco hablarían y ella le explicaría que cualquier cosa que le hubieran dicho esos psicópatas era mentira. ¡Dios, tenía tanto miedo de perderle! ¡Le amaba mucho! —Pensaba ella con las emociones entremezcladas. Se sentía furiosa porque los Becker siempre tenían que hacer algo por destruir su felicidad, se sentía triste porque Alistair no la amaba lo suficiente si había creído sus mentiras como demostraba y se sentía nerviosa y temerosa de perderle porque era una de las mejores cosas que le habían pasado en la vida. A este hombre que hablaba con desprecio y frialdad no le conocía, se parecía a la primera impresión que había tenido de su marido cuando se celebró su boda. Pero, después había conocido a un hombre amable, generoso con un corazón enorme...

Esperaba que, al volver a ver a sus amigas, ellas la aconsejarán y su relación con su marido volviera a ser la que habían tenido durante todo el mes.

Capítulo 10

Era tan incómodo el silencio en el que viajaban que la tensión se podía cortar con un cuchillo. Faltaban casi dos horas para llegar a Glencoe y pensar en que todo el camino sería así, mortificaba a Yvaine. El rostro de Alistair era amenazador y ella temía decirle que tenía que parar cerca de alguna gasolinera para que comprará, aunque fuera una miserable bolsa de patatas. Tenía un hambre que se podía comer a un caballo entero, pues su marido no la había dejado ni de comer algo antes de empezar con aquel infernal viaje.

—Alistair... —Dijo con miedo. ¡Maldito tartamudeo! Pensó ella al notar su voz temblorosa.

—¡Qué! —Gritó él en respuesta y ella dio un respingo en la silla.

—Por favor...tengo mucha hambre y me preguntaba si podíamos parar cerca de alguna tienda o algo para comprar comida.

—¿Tienes dinero para comprarte la comida? —Preguntó él de forma sarcástica.

Yvaine se avergonzó porque no se esperaba una pregunta así. Él sabía que ella no tenía dinero y desde que vivían juntos compraba todo Alistair. No se había parado a pensar en ello porque eran marido y mujer, pero ahora que lo reflexionaba empezaba a dudar de lo que la habían dicho sus amigas y Laura, que él se estaba enamorando de ella. ¿Y sí Alistair sencillamente había decidido probar a vivir como un matrimonio real con ella porque de todas formas se habían casado y por supuesto, por las acciones? Tal vez ella en su delirio por ser amada por él, se había imaginado todo. También podía ser que los Becker le hubieran dicho que le usa por su dinero y que él esté enfadado pensando que ella lo quería por motivos materialistas. Pero nunca le había pedido nada caro y solo habían cenado a fuera contables veces y en restaurantes normales. Para nada comparables como a los que él solía llevar a esas modelos bellísimas con las que salía en las revistas y ella había releído y mirado incontables veces durante sus días de soledad en la casa de los Becker. ¿Y sí había cambiado de opinión? No la había sacado ni una vez a bailar o a alguna reunión, tal vez se avergonzaba de ella, pues no era elegante ni refinada como Rhona por ejemplo.

Los pensamientos empezaban a agobiarla. Se sentía confundida. Respondió a su marido con suavidad.

—Bueno, podemos dejarlo, ya comeré cuando lleguemos. —Agachó la cabeza y empezó a contemplar el paisaje sumida en sus pensamientos.

Alistair apretó los puños, iracundo. Ella había conseguido hacerle sentirse como una mierda otra vez. Empezaba a pensar que lo hacía a propósito. Alistair no había parado de reflexionar desde que habían empezado ese viaje. Sí ella había gastado toda su fortuna, probablemente en alcohol y fiestas salvajes con gente sin clase, porque desde luego en ropa no había gastado un centavo, tal vez deseaba ahora gastar el dinero de su marido, un marido que ella había conseguido como toda una niña caprichosa. Por eso la había respondido de esa forma, pero ahora se sentía fatal. Se acordó que le había dado mucha prisa por la mañana y ella no había desayunado nada. El pensamiento de que podría ponerse mala o algo fue como un pinchazo en el corazón. Su preocupación por esa pequeña bruja era más grande que su ira.

Paró ante una gasolinera y ella le miró con los ojos abiertos como platos. La había humillado con ese comentario y se atrevía a parar, pues ella sería incapaz de comer un solo bocado después de esas palabras que la habían hecho un daño que él no podía imaginar.

—Ahora comerás. ¿Qué pido? —La preguntó él con expresión seria.

—No voy a comer. —Le contestó Yvaine con suavidad.

—¡Vas a comer! —Rugió él empezando a perder los estribos.

—No voy a comer. —Le dijo ella con tranquilidad y con la barbilla levantada, demostrando que era alguien con orgullo. Por un segundo Alistair quedó atónito porque nunca había visto un gesto así por su mujer.

—Muy bien. Pues hasta llegar a Glencoe te quedas hambrienta. —Dijo Alistair, acelerando la velocidad como si un demonio le persiguiera.

—Allí me cuidarán bien. —Dijo Yvaine en un susurro y quedó asombrada cuando su marido paró el coche y la agarró de los cabellos.

—Si pones en contra de mi a mi amigo y a su familia vas a conocerme, Yvaine.

En ese momento Yvaine supo que él no la amaba y con una triste sonrisa contestó.

—No haré nada de eso. Puedes estar tranquilo.

Él la dejó de forma brusca y ella acarició su nuca por donde la había jalado de los cabellos. Su corazón lloraba porque en ese instante se había dado cuenta que él nunca había sentido nada por ella. Se encogió en su asiento, esperando pronto ver a sus amigas y pedir ayuda porque ya era tiempo de empezar una nueva vida, intentar hacer algo por ella misma. Estar en un matrimonio donde su marido no la respetaba y cambiaba de actitud solo tras unas horas charlando con sus enemigos, no era lo que ella necesitaba. No, ella necesitaba a

alguien que la amará de verdad, un amigo para toda la vida, un amante, un marido, un "su" todo. Alistair no era ese alguien.

El coche aparcó ante la casa de los Craig. Un paisaje hermoso y un recuerdo precioso de cómo había conocido allí a Paige la asaltaron. La casa le gustaba porque allí pasaba noches tranquilas cuando venía con los Becker a veranear o a pasar un fin de semana. En el umbral de la puerta estaba Paige con Peter la madre de este y Johanna, la ama de llaves que una vez la salvó de una paliza. Sonrió al ver a su amiga tan feliz, abrazada a Peter. Los dos resplandecían como dos soles.

—¡Yvaine! —El grito de Paige casi hace que todos se tapen las orejas. Yvaine corrió hacía su amiga y las dos se abrazaron con fuerza. Alistair miraba aquella imagen, atónito.

—¿Se conocen? —Preguntó, aún estupefacto. ¿Por qué su esposa no le había dicho que conocía a Peter y a su esposa que al parecer era una muy buena amiga suya? La pelirroja miraba a Yvaine con amor, como si fueran hermanas casi.

—Claro. Yvaine prácticamente ha crecido en esta casa. —Respondió Peter con una sonrisa. Se le veía tan feliz que Alistair por un segundo experimentó cierta envidia. Pues él no podía ser tan feliz porque al parecer la mujer con la que se había casado era una mentirosa que podía recibir hasta un Óscar por lo bien que actuaba. ¡El personaje de chica calladita le sentaba de maravilla! ¡Cómo lo había engañado! —Pensó, furioso.

—Vamos hacía a dentro. Seguro estáis cansados y creo que tienes muchas cosas que contarme. Hace mucho que no nos vemos, fíjate que ni siquiera sabía que eras el marido de nuestra Yvaine. —Dijo Peter, dándole un leve empujoncito con el puño en el hombro. Alistair asintió sin decir una sola palabra. No sabía lo que tramaba su esposa, pero no pensaba permitirla que manipulará más a la gente.

Entraron a dentro. Johanna abrazó a Yvaine con los ojos cuajados en lágrimas. Parecía sentirse tan culpable. Yvaine le devolvió el abrazo como si la dijera sin palabras. —"No pasa nada".

—"¿Qué demonios estaba ocurriendo?" —Se preguntaba Alistair con el ceño fruncido.

—Comamos algún aperitivo antes de la cena. ¿Queréis? —Se ofreció Paige como buena anfitriona.

Alistair se fijó en ella. Era una autentica belleza y su voz cantarina y su sincera sonrisa embelesaban a cualquiera. Su esposa al lado de la pelirroja parecía apagada, con esa típica postura suya, espalda ligeramente encorvada, sujeta a su silla como si allí estuviera a salvo. Alistair la miró con desprecio y los ojos de la morena se cruzaron con

los de él.

Yvaine se quedó sin aliento al ver tanto odio.

—Bueno, hemos visto la boda por las revistas y eso, pero saber los detalles de primera mano será genial. —Dijo Paige, deseando entablar una conversación, pues todo el mundo se había dado cuenta que el ambiente entre Yvaine y Alistair no estaba soleado sino todo lo contrario. Era como una lluvia a punto de convertirse en una tormenta.

—Fue espantoso. Yo me imaginaba que conseguiría una esposa hermosa y refinada y en cambio tengo que cargar con una mujer que no sabe comportarse ante mucha gente y que siempre quiere parecer invisible con esa fachada de chica calladita. Por lo menos en la cama no nos va tan mal.

Respondió Alistair. Yvaine se sintió rota. Algo en su interior se había roto y Paige lo había notado, levantándose de la silla y llevándosela con ella.

Peter Craig se levantó tan iracundo de su sillón que Alistair quedó patitieso.

—¡Eres un idiota! No tienes ni idea de la suerte que tienes de que te haya tocado una esposa como Yvaine. No sé muy bien lo qué ha pasado porque mi mujer no me ha contado, pero me enteraré y te aseguro que, si vuelves a hacer daño a Yvaine a propósito, te rajo. En su tiempo no la defendí, pero ahora nos tiene a mí y a mi familia.

—¿Que no la defendiste? ¿Cuándo? —Preguntó Alistair de forma sarcástica.

—Tú no sabes todo lo que la han maltratado. —Contestó Peter, empezando a temer porque deseaba partir la cara de su amigo.

—Claro. Pobre Yvaine. —Rio Alistair, como si Peter fuera tonto.

—Mira no sé lo que sucede, pero estás equivocado. Yvaine es la persona más buena que conozco. Tiene un corazón de oro. Ahora tengo que organizar la boda sorpresa de mi mujer porque no disfrutó de las que tuvimos y porque yo fui tonto como tú, pero supe que es lo mejor de mi vida y quiero hacerla tan feliz que no sepa si está soñando o es la realidad. Tú, sin embargo, me das pena. Porque será tarde cuando comprendas que no encontrarás una mujer mejor que Yvaine. No la mereces, la miras con odio. —Gritó Peter.

—Métete tus consejos por el culo, Peter. ¿La mejor mujer? No puedo ni llevarla a una reunión, es estúpida solo sabe balbucear. Ni es guapa, ni es inteligente. Me han tomado el pelo como si soy un niño de cinco años al que le quitan el caramelo. Haz esa sorpresa a tu mujer, pasemos unos lindos días y una agradable fiesta por la amistad y los buenos recuerdos y ya. —Dijo Alistair.

Yvaine había oído todo ya que a Paige la había llamado su suegra para hablar con ella sobre unas cortinas. Al parecer su amiga

redecoraría toda la casa porque, aunque esta era perfecta, empezaba a quedar un pelín anticuada. Se sintió devastada, era humillante. Él había intentado vivir con ella a la fuerza porque no tenía otra y ella jamás estaría a su altura. Después de la boda de sus amigos le pediría a Peter algo de dinero para pagar esas acciones y pedir el divorcio. Esperaba que le diera un poco más para alquilar un piso. Pediría trabajo y al cabo de algún tiempo intentaría volver a estudiar. No tenía ni siquiera el titulo del bachillerato.

A Alistair le amaba tanto que su corazón gritaba de dolor, pero así él sería feliz y ella viviría de una manera digna sin depender de nadie, empezando sus propios proyectos, su propia vida. Tomaría su vida en sus manos y tal vez algún día podría encontrar a un hombre que la amará y fuera igual que ella, no tan inalcanzable como el hombre que opinaba que ella era una estúpida que solo balbuceaba.

Todos se encontraban en una sala decorada de manera encantadora. El falso Elvis Presley que había casado la primera vez a Paige y a su marido estaba allí riendo, contando sobre cómo su amiga había casi raptado al rubio y lo había llevado ante el altar. Todos los invitados reían, excepto Alistair. Yvaine supo que a él no le parecía para nada bien. Después su rostro cambió y también empezó a reír junto a los demás invitados. Paige y Peter todavía no habían venido, pues su amiga no tenía idea de la sorpresa. Sabía que organizarían una tercera boda, pero no que sería ese día y que Peter ya se había encargado de la decoración, comida, invitados... ¡Era hermoso todo! Yvaine sabía que el rubio deseaba recompensar a su amiga porque sus dos bodas habían sido horrendas. Se entristeció, porque estaba segura que ninguna boda habría sido tan desastre como lo había sido la suya. ¿Quién se esperaba que su prometido en realidad quiera casarse con su bella hermanastra? Hizo una mueca. Ella jamás sería como Rhona.

—Bueno, tal vez Paige atrapó a Peter, pero mi amigo salió ganando. Tiene una belleza a su lado y se ve que es una mujer con clase. Es una de las mejores contables, agentes inmobiliarias y empresarias. Será la señora Craig que estas tierras merecen. Otros, como yo no tienen tanta suerte. —Dijo Alistair y por enésima vez desde que comenzó la celebración, la humilló. Deseaba que todo acabará rápido y hablará con Peter y a su vez se maldecía por ser tan egoísta, era el día de su amiga así que de forma forzosa intentaba sonreír.

Paige y Peter entraron por las puertas y la atención de los invitados se centró en ellos. Dio las gracias a Dios, por fin la gente dejaría de contemplarla con tristeza o como si fuera poquita cosa para

el gran Alistair Anderson.

La celebración fue graciosa, hermosa, espectacular. Abigail por fin se había separado de su familia e iba en dirección hacia ella.

Cuando se acercó la abrazó con fuerza y a Yvaine la apeteció llorar.

—No sé qué ha pasado, pero tus hermanas no te abandonaremos y todo irá bien. —Le dijo su hermosa amiga que era rubia de ojos ámbares, igual o incluso más preciosa que Paige.

—Lo sé. Ya tengo algo pensado, pero lo diré a Peter y a Paige en cuanto acabe la fiesta.

—Sabes que las puertas de Port Eliot están abiertas para ti y que las de Glencoe también.

—Lo sé, pero es hora de empezar mi vida. —Respondió Yvaine. Abigail comprendió enseguida lo que su amiga quería decir.

Depender toda la vida de personas que encima te odiaban y no dudaban en hacértelo saber cada vez que podían, había sido difícil para Yvaine. Tener un marido que no te amaba, luego parecía que sí y después resultaba que no, habría sido otro golpe. Yvaine Hoang estaba harta y deseaba tranquilidad, deseaba amor y ser feliz.

—Te mereces ser feliz, Yvaine. —Respondió Abigail. Yvaine asintió, intentando no dejar salir sus lágrimas, pues Paige la estaba mirando de reojo y no quería destrozar su día.

Las horas pasaban y ella sentada en una esquina intentaba reír para que sus amigas siguieran bailando con sus maridos, tan felices. Alistair también bailaba, con todas las damas de la fiesta, excepto con ella. La gente parecía susurrar sobre lo patética que es.

Laura la había dicho que cuando sintiera que no podía más, que explotaría, se pusiera a escribir en su diario que se había convertido en su amigo más confidente. Cogió su bolsito donde siempre llevaba sus escasas cosas y salió a la terraza. Peter la había propuesto que le comprará un vestido y accesorios para ir a la fiesta, pero a Yvaine la daba vergüenza aceptar. Pues ya le iba a pedir dinero de todas formas y no estaba como para pedir también algo tan superficial como ropa.

Se sentó en una esquina de la pequeña terraza donde crecían unas rosas hermosas que impregnaban la estancia con su fragancia. Estaba cubierta y el frescor de la noche no podía entrar. Empezó a escribir sumergida en sus pensamientos.

—¿Podemos hablar? — ¡Era la voz de Peter!

—Oh, claro. Una fiesta muy bonita Peter. Paige debe estar muy contenta.

—Está feliz, pero ver la tristeza de su amiga la preocupa. Eres transparente como el agua y no puedes disimular, pequeña Yvaine.

—Ya he crecido, Peter. —Dijo ella con la voz suave.

—Quiero ayudarte, además le di mi palabra hace poco a mi

esposa.

—Eso está genial porque te iba a pedir un gran favor.

—Yo no diría un favor. Te lo debo Yvaine, sea lo que sea que me pidas.

—¿Por qué lo dices? —Preguntó ella frunciendo su hermoso entrecejo.

—Porque no hice nada. —Dijo él, consternado.

—Eras una niña pequeña que siempre estaba callada, pasabas aquí, en mi casa, en mis tierras algunos veranos y siempre pensamos. "Es simplemente callada". Nadie imaginó que eras golpeada y maltratada. Nadie imaginó que allí había una niña asustada que crecía con miedo. El día en que Johanna vio que Richard te pegaba con el cinturón todos pensaron que a él se le había pasado la mano porque eras rebelde y habías robado su dinero, él lo repetía una y otra vez. ¡Era tu tutor! Todos creían que se comportaba como un padre estricto con una chica que hacía travesuras porque había perdido a sus padres y se sentía sola, tal vez. Nadie te ayudó y yo no estuve. A Rhona la traté siempre como una familia y a ti siempre te mantuve alejada cuando eras la única que valía la pena de aquella familia.

Yvaine llorando le abrazó y le susurró. —Deja de culparte. Yo no hablé ni una sola vez. Nadie podía saber que pasaba un infierno, pero estoy aquí y ahora quiero tomar mi vida en mis propias manos.

Peter asintió. —Dime lo que debo hacer.

Esa misma noche cuando todos se marcharon a dormir en las muchas habitaciones restauradas de aquel caserón. Peter Craig por fin cumplió con su deber entregándole a Yvaine la cantidad de dinero justo para poder alquilar un piso para el primer mes, para devolver el dinero de las acciones a Alistair y para pagar ella misma el divorcio que pronto pediría.

—No hace falta que me lo devuelvas. Es un regalo, celebramos tu libertad. —Le había dicho Peter.

Capítulo 11

Alistair se estaba tomando el tercer café de la mañana. Su mujer todavía no había despertado. Tenía un dolor de cabeza insoportable, la noche anterior se había pasado con el whisky. Había bailado con varias mujeres hermosas y sin embargo solo una estaba en su cabeza. Una que había desaparecido en algún tiempo durante la celebración y que no aparecía en ese mismo instante. Apretó el puño encima de la mesa de madera estilo rustico. No iría a buscarla, no le daría el gusto. Estaba claro que deseaba llamar su atención. A pesar de ello al recordar su rostro, el dolor que se podía apreciar en sus bellas facciones, algo en su corazón se desgarraba.

Peter salió en ese instante. Tenía cara de no haber dormido.

—Veo que tu esposa no te ha dejado dormir. —Le saludó Alistair con burla.

—Veo que la tuya tampoco, aunque el motivo no haya sido tan placentero como el mío. —Le respondió Peter con sorna y añadió.

—De todas formas, creo que ya no tendrás dolor de cabeza. Aquí tienes tu libertad. —Alistair le miró sin comprender.

Peter Craig tiró un taco de billetes sobre la superficie de la mesa.

—Cuéntalo, es justo la cantidad de dinero de las acciones que le has dado a Richard Becker.

—¿Para qué me das ese dinero? —Preguntó Alistair, agresivo.

—Ese dinero es de Yvaine, ella te paga la deuda y muy pronto te enviará los papeles del divorcio. —Le contestó Peter con frialdad.

—¿Dónde está ella? —Preguntó Alistair, deseando romper algo, darle un puñetazo a su amigo. Estaba tan enfadado, desesperado y un sentimiento de pérdida lo envolvía de una manera que no le dejaba respirar.

—Se ha ido ayer en la mitad de la noche.

Alistair disimuló lo que sintió. Un dolor punzante casi le hace doblarse y gritar, gritar de la rabia porque estaba enamorado hasta las trancas de esa mujer que no hacía más que jugar con él.

—Mejor, al fin a recapacitado. Ya no iba a permitir que me siguiera mintiendo. —Le respondió a Peter con indiferencia y voz helada.

—Yo estaba a punto de separarme de mi Paige por culpa de los Becker. La diferencia es que yo la amaba y tú no amas a Yvaine. —Le dijo Peter.

—Claro que no. Yo habría preferido casarme con Rhona. —Le respondió, mintiendo como un bellaco. Peter le miró con desprecio y

contestó. —Te aseguro que no conoces a esa familia la mitad de bien que yo y Rhona es una manipuladora, para nada es ese angelito que parece ante las personas.

Alistair sonrió de forma burlona, enfadando más a su amigo que estaba a punto de convertirse en un ex amigo.

—Me hicieron creer que mi Paige estaba conmigo por mi dinero y ella se marchó huyendo porque fui un bruto insensible. Se llevó a Yvaine porque comprendió que la chica era maltratada. Los Becker venían cada verano aquí y ninguno nos dimos cuenta, por eso estoy ayudando a Yvaine, porque me siento responsable. Estaba delante de mis narices y yo no me había dado cuenta. Con solo quince años había empezado un infierno estando acompañada únicamente por la soledad. Mi Paige lo supo solo intercambiando unas palabras con ella y ahora son inseparables porque Yvaine es una gran persona. Ella merece estar bien y tú la has hecho más triste incluso que su familia adoptiva, sí a eso se le puede llamar familia.

—¡Por dios! Ha logrado manipularos a todos. Los Becker no serán angelitos, pero Yvaine es una manipuladora que se ha casado conmigo únicamente por capricho. No es más que una adolescente que deseaba llamar la atención y su padrastro no sabía qué hacer con ella. Bebía y era una rebelde que el hombre y su familia tenían que aguantar.

—¿Y tú qué? Te casaste por tener buenos contactos, un motivo egoísta. —Le replicó Peter y añadió. —Ella se había enamorado de ti desde la primera vez que te había visto, pero claro no es la mujer de tus expectativas. No tiene ni contactos ni la educación que tu exiges, ¿no? —Hablaba Peter, furioso.

—No. No es lo que espero, no tiene ninguna cualidad que yo quiero en una esposa. —Respondió Alistair en un grito y añadió. —¡Y encima es una mentirosa!

En ese momento entró Paige y se unió a la discusión. La pelirroja estaba tan enfadada que estaba a punto de incendiar a todo Glencoe y sacrificar al pijo diseñador.

—Mi amiga no será la esposa perfecta para ti como tú no eres el marido perfecto para ella. De hecho, eres tan poco hombre para ella que no sé cómo se ha fijado en ti. ¡Y no es mentirosa!

—¡Peter! ¡Controla a tu mujer! —Gritó Alistair, claramente enfadado por el insulto.

—Toma. —Gritó la pelirroja arrojándole el diario que la morena se había olvidado allí.

—No estés con ella. Me da igual, estará mejor sin ti. Pero, no te atrevas a llamarla mentirosa, egocéntrica y caprichosa porque Yvaine Hoang es todo lo contrario. —Dijo, marchándose de allí, furiosa.

—Creo que es mejor que te vayas de mi casa, amigo. —Se dirigió Peter hacía él de forma fría y autoritaria.

—Estaré encantado. Felicidades. —Respondió Alistair y se levantó sin llegar a desayunarse el sándwich que le había preparado Johanna que le fulminaba con la mirada. Estaba claro que no era bienvenido allí. Para todos él era el malo de la película y no le extrañaría nada que la buena mujer le hubiera puesto cianuro en la comida.

Cogió el pequeño cuadernito de color rosa con letras decoradas con flores y estrellas brillantes. Parecía el diario de una niña. Al menos se reiría un rato de vuelta a casa. Pensó antes de salir de la casa de los Craig.

De camino a casa puso música. Una suave melodía de John Lennon calmaba sus nervios. Miraba la carretera cuando halló un riachuelo. Contemplar el agua le gustaba. De niño solía tirar piedras al río cuando se sentía disgustado. Aparcó su coche y se dirigió hacia allí. No se daba cuenta que sujetaba el diario de Yvaine con fuerza entre sus dedos. Tanta fuerza que las puntas de sus dedos adquirían un color blanquecino. Vio un tronco gordo. Parecía cómodo. Se sentó y el ruido del agua y el ligero sonido que producía el viento casi le hicieron sentirse como si estuviera meditando. Con los dedos temblorosos abrió el diario en la primera página y empezó a leer:

La primera paliza.

Hola, querido diario. Nunca he hecho esto, pero recuerdo que de pequeña deseaba tener un diario, por eso te he decorado así. Eres el diario que siempre he querido. Laura, mi psicóloga que a veces creo está peor de la chota que yo, me ha recomendado escribir sobre mis sentimientos. Nunca he hablado de mis sentimientos, no sé cómo me resultará, aunque siento que lo necesito. Ahora mismo me siento feliz. Hablo con Paige a menudo y a veces con Abigail. Según ellas mi marido está enamorado de mí. No hay nada más que desee porque yo le amo con todo mi corazón. Alistair me ha dado tantas alegrías estos días, pasar con él cada minuto es un alborozo, algo que nunca me podría aburrir. Siento que le importó, espero que sea así, hace mucho que no le importó a nadie. Mi vida ha cambiado mucho, ahora tengo amigas. ¿Quién lo iba a decir? Y un marido perfecto que me ama a pesar de no ser yo perfecta para él. Ahora sonrío y es extraño porque hacía mucho que no lo hacía con sinceridad. Los Becker solían obligarme a comportarme ante sus amigos y conocidos que estoy agradecida y feliz, si no lo hacía bien tocaban palizas. Recuerdo la primera, nunca la voy a olvidar, hay noches que sueño con eso. Yo acababa de llegar, esa asistenta que me había abandonado allí sin volver la vista atrás, no sabía que me dejaba con unos cocodrilos que me iban a despellejar. Como si fuera ayer, recuerdo cómo estrujaba mis manos, de pie en la sala de estar, estaba tan nerviosa que me costaba tragar la saliva.

Richard Becker imponía mucho y sus hijos no paraban de reír y preguntar. —"¿A cuánto asciende la fortuna de la huérfana, papa? ¿Podrás compararnos cosas hermosas y costosas como nos gusta?"

Fue entonces cuando Richard les hizo callar y se dirigió hacía mi con esa mirada fría que pronto se convertiría en una de mis pesadillas. Él me dijo las reglas de aquella casa, recuerdo que no me amenazó de forma directa, pero a pesar de mi edad supe que sí no cumplía las reglas las cosas se pondrían feas. Una voz interior me decía. —"Haz todo lo que diga". Allí empecé a servir a la familia, el mismo día que había llegado se encargaron dos señoras del servicio a enseñarme las labores. Richard me dijo que sí le decía a alguien que era parte del servicio doméstico se encargaría de que no volviera a abrir la boca. A mí no me importaba aprender a cocinar y ordenar el caserón, el problema era ese miedo casi constante de que ese hombre me diera una paliza, yo presentía que podían llegar a ser brutales porque sus miradas no expresaban nada, aquello aterrorizaba y más aún a mi yo de quince. Rhona a la que yo admiraba por la gran belleza que poseía y sigue poseyendo, se ensañó bastante aprovechando la situación. Intentaba hacer su cuarto a su gusto y cocinaba cosas que le gustaban, procurando no defraudarla, pero ella nunca estaba contenta y sus gritos me espantaban. Me solía insultar verbalmente, el colmo llegó cuando me pegó y yo no pude aguantar más, me defendí. ¡Fue un error! Al enterarse Richard y su hijo Kendrick me agarraron. Todavía siento la forma en la que mi corazón golpeaba en mi pecho. Cuando el menor de los Becker rompió mi vestido sentía que mi mundo se detenía. Él reía, divertido ante la situación mientras que su padre sacaba su cinturón. El primer golpe en la espalda me hizo chillar tan fuerte que les hizo reír más. —"Chilla como un cerdito" —Había dicho Kendrick, mientras su padre levantaba otra vez el cinturón. Los golpes siguieron hasta que paré de sentir dolor y una obscuridad me envolvió. Las dos sirvientas que trabajaban allí en aquella época me ayudaron y me contaron con el miedo bañando sus ojos que me había desmayado y que ellas habían tenido tanto terror de llamar a la policía o a alguna ambulancia que no habían hecho nada, excepto cuidarme e intentar que me pusiera bien. Ninguno de los Becker vino a visitarme, pero oí que Rhona se quejaba de mi convalecencia ya que no había quién le arreglará el enorme vestidor que tenía. Con el paso del tiempo comprendí que los hijos de Richard eran mucho más sádicos y perversos que su padre.

El día que Kendrick intentó violarme

Nunca le he contado esto a nadie, ni siquiera a Laura, aunque sé que acabaré contándoselo. Es muy buena y sé que me ayuda porque le apetece y porque probablemente Abigail y Paige se lo han pedido. No me cobra nada. A distancia es difícil que me ayude, pero me hace sentir bien y siento que puedo hablar de algo que nunca creí poder escribir en una hoja de

papel y menos contarlo. Yo tenía diecisiete, ya estaba amoldada a la vida de los Becker y hacía mis obligaciones con eficacia, aprendí a ser obediente y no quedó rastro de la niña que reía, bromeaba, se defendía con uñas y dientes si hacía falta... No, ella había desaparecido, mi alma estaba rota. Era un día soleado el diez de Julio, justo el verano empezaba a reinar en todo su esplendor. A pesar de sentirme infeliz a veces en secreto disfrutaba de algunas cosas como contemplar el sol por las mañanas u oler las rosas que crecían en el hermoso jardín que yo misma había creado, con mis propias manos. Esos momentos eran para mí. Había logrado conseguir wifi en mi teléfono, un regalo de una de las sirvientas que creo, me había empezado a querer, una pena que la hubieran despedido al cabo de un mes. Miraba sigilosamente mi serie favorita: "Aquellos maravillosos años". Me hacía reír mucho. No vi la sombra que se escondía entre los árboles y cuando me di la vuelta era demasiado tarde. —"¡Vaya! Otra vez vagueando Yvaine". "Eres una niña mala, se lo diré a Richard, aunque podemos llegar a un trato". Recuerdo que el alcohol apestaba y esa forma de hablar que tenía Kendrick, la de un borracho. Me asusté por su mirada, era una niña, pero sabía desde hace tiempo que él me deseaba. Intenté huir, pero me agarró de los cabellos. Su fuerza era brutal, me tiró al suelo y se desvistió, empecé a gritar con todas mis fuerzas, algo que le hacía reír aún más. Le divertía mi miedo mucho. Me quitó el vestido de forma brusca y empezó a tocar mis pechos haciéndoles daño. Yo solo lloraba, intentaba arañarle y cuando logré hacerlo, me pegó una bofetada. Una vecina que lo vio todo vino y amenazó con llamar a la policía. Me salvó, pero la mujer desapareció al cabo de una semana. Era una señora maja de unos sesenta años que le gustaba cuidar de su jardín y hacer crucigramas. Hasta hacía poco respetaba a los Becker, pero al dar su ventana justo hacía la casa de estos, al parecer la señora que se caracterizaba por su personalidad cotilla, había visto demasiado. Desde ese día dejé de usar mis vestidos y cambié mi estilo por uno muy recatado y sobrio. Eso parecía gustar a Rhona a la que le molestaba de sobremanera que otra chica tuviera algo más bonito que ella, aunque fueran unas simples botas, no obstante, más que por ella yo lo había hecho por Kendrick. Ser callada, obediente y aprender a no llamar la atención nunca, me hizo sobrevivir a aquel infierno. Como mucho aguantaba sus constantes insultos, humillaciones y alguna que otra bofetada.

La vez que intenté robar a Richard.

Estábamos en Glencoe. A estas alturas yo ya sabía que jamás conseguiría mi herencia, pues ellos ya se la habían comido y bebido. No me importaba el dinero que por derecho me pertenecía. Lo que quería era irme ya. Pero una mano de obra gratuita les venía tan bien a los Becker que no lo iban a permitir nunca. Me metí en la habitación que los Craig habían asignado a Richard. En una chaqueta de cuero había quinientos pavos y

los robé, el problema fue que me pilló. Fue la última vez que me pegó con el cinturón, pero casi me manda al otro barrio. Johanna me ayudó, recuerdo que la mujer quedó perpleja al ver cómo Richard me daba palizas sin contemplación. Me di cuenta que ella ya sospechaba que la verdadera cara de los Becker era muy distinta a como ellos se presentaban ante la sociedad. Por supuesto negué todo lo que ella después denunció porque temía que algo le hicieran. La gente que había intentado ayudarme había desaparecido y era mucha casualidad, además sabía que los negocios de los Becker eran de todo menos honrados. Ante la gente yo quedé como una niña rebelde, ladrona. Mientras que los Becker, como unos buenos samaritanos que habían acogido a una huérfana desagradecida. Richard no perdía la oportunidad de recalcarlo.

Al principio pensé que Alistair era como ellos. Pues la forma en la que se había comportado conmigo me había hecho sentir otra vez terror y de desear devolver ese dinero lo más rápidamente posible. Ahora sé que él no tiene nada que ver con ellos, simplemente se sintió traicionado, como que le habían tomado por tonto y lo pagó conmigo pensando que tengo algo que ver. Agradezco mucho tener un marido como Alistair, yo le amé desde la primera vez que le vi entrando en la casa de los Becker. Ahora sé que Richard había visto eso y se había aprovechado.

Alistair sentía que iba a vomitar. No podía creer lo que acababa de leer. La rabia que sentía por los que la habían hecho no tenía descripción. Y lo que él la había dicho y su forma de portarse con la mujer que amaba, nunca se lo iba a perdonar. No quería leer las últimas páginas que su esposa había escrito en ese diario al que parecía considerar amigo y no le extrañaba que en él no hubiera confiado, él no se lo había ganado. Probablemente había escrito lo decepcionada que estaba y que no deseaba verle. Alistair Anderson no se daba cuenta mientras las gruesas lágrimas salían y bañaban sus mejillas. Como un resorte, se levantó y corriendo se dirigió hacía su carro. Tenía que ir a Glencoe, debía saber dónde estaba su mujer. Esperaba que ella le perdonará, se dejaría la piel en ello y lo daría todo por hacerla feliz. Pensaba desesperado. Su maldito orgullo le había hecho perderla. Su mente parecía pensar varias cosas a la vez. Los sentimientos de terror, rabia, amor, odio todo se mezclaba. El odio y la rabia hacía sí mismo y hacía los Becker a los que iba a despellejar. Todos ellos iban a pagar con creces lo que le habían hecho a Yvaine.

Capítulo 12

Después de un año:

Alistair acababa de salir del juzgado. Era imposible denunciar a los Becker por todos los cargos que Yvaine decía en su diario, si hasta lo había entregado como prueba y nada. Pegó una patada a un cubo de basura de la calle. Estaba seguro que el juez era amigo de esa gentuza asquerosa y encima sin Yvaine la tarea de darles su merecido era aún más difícil. Ya había perdido la cuenta de las veces que había hablado con Paige y Peter, pero ni modo, no le decían dónde estaba su mujer. Lo único que había recibido de parte de su esposa eran los papeles del divorcio que no había firmado, ni los firmaría. Tarde o temprano la encontraría. Había explicado a sus amigos que quería meter tras las rejas a los Becker y sin Yvaine era tarea muy ardua. Hasta había pensado acabar con Richard con sus propias manos, pero Peter se había enterado y se lo había impedido. —"No vas a joder tu vida". — Le había dicho. Su amigo y su mujer se encargaban de hacerle compañía y casi todo su tiempo lo pasaba en Glencoe, olvidándose de sus negocios. Gracias a dios que era rico que si no se habría quedado en banca rota. Iba solo a los acuerdos importantes y se podía permitir controlar todo desde la distancia, de forma remota. Había hablado con Paige, rogándole que le dijera algo de Yvaine, pero la pelirroja no daba su brazo a torcer. Hace unos meses había contratado un detective y nada. Había ido hablar con la heladería en la que su esposa quería trabajar, pero la dueña le había dicho que no sabía nada.

No merecía estar con ella, pero si al menos pudiera verla de lejos. Pensaba mientras seguía caminando cuando de repente vio una silueta que provocó los latidos desbordados de su corazón. Su cabello negro brillaba por la luz del sol. Su tez blanca como la nieve y de porcelana contrastaba con aquellos cabellos del color del azabache. Llevaba un vestido entallado, demasiado para su gusto. Tan corto que mostraba sus rectas y bien torneadas piernas en todo su esplendor. Su cintura tan estrecha y sus caderas pronunciadas podían robar el aliento de cualquier hombre. ¡Qué cambio! Pero por mucho que cambiará Alistair podría reconocerla desde mil kilómetros, incluso solo por su tacto, porque recordaba a la perfección la suavidad de su piel, lo sedoso de ese pelo que lo volvía majará. Iba maquillada y sonreía, dios qué sonrisa más hermosa. Nunca había visto a su Yvaine tan bella. Instintivamente empezó a caminar en su dirección. Pero ella desapareció tan rápido como apareció.

Corrió y la buscó como un mendigo que busca el último cacho de pan. Pero la muchedumbre no le permitía volver a verla.

—¡Sé que está aquí! ¡La acabo de ver! —Gritaba Alistair, mientras Paige y Peter le observaban burlones.

—Mi amiga se encuentra aquí, pero no desea verte, Alistair. —Dijo Paige de forma altanera y su marido la miró como diciéndola. —"Te estás pasando". La pelirroja se sonrojó de manera encantadora y su marido se la comió con la mirada.

—¿Cuándo llegó? ¿Cómo está? —Preguntó Alistair impactado porque ella se encontrará allí. Podía sentirla estaba en la casa. Todo el día la había buscado y al final se dijo que es idiota porque lo más probable es que esté en casa de su mejor amiga.

—Estoy bien, querido esposo. —Se oyó una voz cargada de sarcasmo por detrás de sus espaldas. Se giró lentamente y su corazón casi sale de su pecho. Estaba tan bella que quitaba el aliento. Iba maquillada y sus labios eran tan jugosos. Alistair no pudo evitar mirarla de arriba abajo como si estuviera a punto de comérsela. Yvaine se sonrojó, pero no perdió su compostura fría.

—Me alegro mucho de que estés bien, preciosa. —La respondió él con la voz ronca.

—¿No me digas? Pues tú no tienes muy buen aspecto. —Le contestó ella con una sonrisa que casi le provoca a Alistair una taquicardia.

—Ha sido un año difícil. —Dijo él. Paige y Peter no se perdían detalle de la conversación como si estuvieran ante una telenovela. —Mi amor, ¿tenemos patatas fritas o pipas? —Le preguntó la pelirroja a su marido en un susurro y Peter puso los ojos en blanco. Su mujer estaba de lo más chiflada.

—Tengo entendido que has ido recopilando documentación sobre cómo puedo recuperar mi herencia. Al parecer has leído mi lacrimógeno diario y tu conciencia lleva torturándote un año.

—El sarcasmo no te pega nena. Se te ha soltado mucho la lengua al parecer. —Dijo Alistair sin dejar de observarla como si fuera una tarta de tres chocolates diferentes. De hecho, al pobre ya se le salía la saliva pues deseaba con desesperación besarla.

—Han cambiado muchas cosas en este año. ¿Cómo crees que puedo recuperar mi herencia? Necesito el dinero con urgencia. —Dijo Yvaine, ignorando cómo su estúpido corazón saltaba de alegría al ver a su marido. Ese cerdo, engreído, tonto, maldito con cara hermosa y cuerpo de ensueño. La estaba atontando con esos vaqueros y camiseta que mostraba sus fuertes brazos. ¡Qué bueno estaba el condenado!

—¿Por qué lo necesitas? —Preguntó Alistair con el ceño fruncido.

—En este año he podido sacar mi título del bachillerato y he logrado pasar el examen para la carrera de Publicidad y Relaciones Públicas.

Alistair la miró con admiración. Su mujer era la persona más inteligente que conocía.

Yvaine no quiso creer en ese brillo de admiración que se adivinaba en la mirada de su todavía marido. No, otra vez no volvería a creerle.

—Tengo toda la documentación que demuestra las actividades ilegales en los que están involucrados. Mi detective privado ha estado investigando durante todo este tiempo. —La informó Alistair, que parecía contenerse de acercarse hacía ella.

—Nosotros podemos ser testigos ya que los Becker intentaron blanquear dinero en una de las empresas de Peter, pero metieron tras las rejas solo a Kendrick. —Añadió Paige.

—Laura también se enteró de muchas cosas. Su detective es un muy buen amigo y nos ayudó mucho. Los Becker lo tienen perdido todo porque tengo pruebas que claramente demuestran que Rhona Becker es una sociópata, a pesar de que su padre intentó esconder muchas cosas, ya sea pagando a gente para que cierre la boca o inclusive llegando a usar la fuerza de forma agresiva, hay sospechas de que Rhona mató a una niña del vecindario cuando tenía ocho años. —Les dijo Yvaine dejándoles a todos boquiabiertos.

—Recuerdo este caso. Hubo muchos rumores entonces, pero con el paso del tiempo cesaron todas las habladurías. Yo era un renacuajo, pero en Glencoe y alrededores se hablaba que Rhona había ido con la otra niña, que era menor que ella a jugar al río. Allí la pequeña murió ahogada. —Habló Peter, reflexivo.

—Si logramos demostrar que son unos sociópatas lograremos meterlos tras las rejas. Además, la muerte de la señora Becker ha sido inesperada, extraña. —Añadió Yvaine.

—Que yo sepa estaba mal. —Dijo Peter, empezando a asustarse. Él y Paige casi se separan por culpa de esa familia, pero al parecer eran mucho más peligrosos de lo que él se imaginaba. Agradeció mentalmente a Dios de que él y su esposa estuvieran bien, de que su gente, su familia se encontrará unida y feliz.

—Tal vez, pero no era tanto como para que falleciera y de forma tan abrupta, tan repentina. ¿Comprendéis?

—Richard amaba a su esposa... —Dijo Johanna que provocó sus risas, pues la muy pillina escuchaba todo tras las puertas.

—Richard la amaba. Yo misma le veía llorando con una fotografía en la mano de su esposa por las noches. Solo en esos momentos me parecía un humano. Sin embargo, su hija nunca sufrió por su madre. Llevaba muy poco tiempo desde que la había perdido y reía, iba a

fiestas encantada de que toda la atención estuviera centrada en ella. Yo estaba en las mismas que ella y sufría horrores por mis papas, mientras que ella nunca se mostró compungida. Yo viví con ella y os aseguro que su frialdad a veces asustaba a su propio padre.

—¿Estás diciendo que pudo haber matado a su propia madre? —Preguntaron todos a la vez, impactados.

Yvaine asintió y empezó a hablar. —La psicopatía no se considera una enfermedad mental. Suelen ser personas manipuladoras con un coeficiente intelectual superior al promedio. La parte lógica de su cerebro funciona bien, pero la parte emocional es inexistente. No sienten amor y mucho menos remordimientos. Buscan experimentar emociones fuertes y algunos llegan a matar o abusar física o mentalmente de otra persona. De niños siempre están envueltos en accidentes como la muerte de algún animalito, niño etc. Siempre seres que consideran más débiles. En el caso de Rhona, ella tiene una personalidad narcisista, estar en un pedestal alto es importante para ella porque hace que su autoestima se alimente. Si se siente amenazada por otra persona y su superioridad puede estar en peligro, en su mente sucede como una especie de justificación legitima de hacer daño a dicha persona. —Les había explicado Yvaine, dejándoles perplejos.

—Nena, en vez de estudiar publicidad, igual debes dedicarte a la psicología. —Dijo Alistair, sin poder reconocer a su esposa. Era tan inteligente que uno se quedaba impresionado. Si había sacado su título en tan solo un año. ¡Le había tocado de esposa una especie de Marie Curie!

—Bah, ya me lo dijo Laura, pero no me apetece estar todo el día con gente como Abigail y Paige. Están muy mal del tarro. —Contestó la morena, haciendo jadear de indignación a su mejor amiga.

—Vamos a recopilar todos los papeles y contactar con mi abogado. Le contraté este año porque en mi interior sabía que volverías algún día. —Dijo Alistair, mirando hacía su esposa.

—He venido solo por mi herencia. No volveré contigo, te aconsejo que después de todo esto me des el puto divorcio. —Le respondió Yvaine.

—Eso no va pasar. —La contestó él tan tranquilo.

—Haya armonía por favor. Yvaine, tu marido ha contratado a Jackson Hill, el abogado más prestigioso del país. Tiene casos inclusive que han salido por la tele. —Informó Paige a su amiga. Yvaine no lo podía creer. Ese abogado cobraba unos honorarios imposibles. Una vez había oído por la tele que solo por dos horas de accesoria cobraba quinientos pavos el muy cabrito.

—Contrata otro, es muy caro. —Dijo, fulminándole con sus ojos.

—Nena te preocupa nuestro dinero, que bonito. Pero, necesito que

sea el mejor. Los Becker van a pagar lo que te han hecho.

—¿Por qué te importa tanto que lo paguen? —Le preguntó ella, interesada.

—Porque lo que es mío nadie lo toca, nadie puede dañarlo. —Respondió Alistair con voz heladora, poniendo el vello de punta a su mujer. Yvaine no quería que su marido les viera de cerca, estaba segura que no dudaría en intentar matar a alguno de ellos, lo había visto en su mirada. Deseó abrazarle, pero su sed de hacerle sufrir se lo impidió.

Capítulo 13

Los papeles estaban amontonados sobre una mesa del siglo pasado en uno de los nuevos despachos, regalo de Peter para Paige. Los hombres se tomaban una copa de whisky mientras que las chicas, vino blanco. Cada uno de ellos estaba sumergido en los papeles. Entre todos tenían pruebas aplastantes. Según Johanna que era una espectadora ferviente de la serie Ley y orden, les tocaría cadena perpetua. Yvaine, esperaba que tuviera razón.

La melodía de Pink, Party started, les sacó del estado catatónico en el que estaban, centrados en aquellos papeles. Yvaine, sonrojada hasta la raíz del pelo cogió su teléfono móvil y contestó.

—¿Si? Oh, eres tú. Akemi ya he llegado, siento no haberte llamado bebe.

Alistair se tensó al oír la última palabra. ¿Qué demonios pasaba allí?

—Oh sí, en cuanto acabe aquí vuelvo y si quieres nos vamos a algún sitio, necesito relajarme, ¿sabes?

Yvaine hablaba de forma coqueta, riendo y poniendo un tono sensual que cada vez enfurecía más a su todavía marido.

—¿Me echas de menos? Quieres que cuando vuelva me ponga ese camisón de color melocotón que tanto te gusta, ¿no?

En ese momento Alistair lo vio todo negro. ¡Se había acostado con ese tío, al parecer asiático! Como un cavernícola se levantó de su silla y sorprendió a su mujer levantándola sobre su hombro como si fuera un saco de patatas.

Yvaine gritó, mientras por dentro reía. Si su esposo supiera que Akemi era una mujer y era la nueva secretaria de Laura... ¡La pobre se habrá quedado trastornada al oírla hablar así!

Alistair subió las escaleras cargando a su mujer, parecía que iba a la guerra. Cuando entró en una de las habitaciones, que daba la casualidad era la que siempre se asignaba a Yvaine cuando iba a Glencoe. La tiró sobre la cama y la miró furioso.

—Llevo un maldito año soñando cada noche contigo, mortificándome por ser tan idiota, incapaz de mirar a otra hembra y tú vas y te acuestas con otro. —Gritaba tan fuerte, por cada poro de su piel salía rabia. Era tan sexy que Yvaine le miró comiéndoselo.

—¡No me mires así! —Rugió él.

—¿Cómo? —Preguntó Yvaine de manera inocente.

—Como si quisieras que te follará. —Respondió Alistair en un grito. A Yvaine le encantaba cuando él hablaba así. Dios, llevaba tanto

tiempo sin sentirle.

—Oh, es que echo de menos a Akemi. Si tú me puedes hacer el favorcito.

Esa respuesta descolocó totalmente a Alistair que la miró como si estuviera a punto de estrangularla.

—Mira qué te voy a decir, guapa. ¡Eres mía! ¡MÍA! Vas a olvidar ese Akemi o lo que sea ahora mismo. —Alistair nunca antes había estado tan enfadado. Yvaine descubrió que en el futuro volvería a enfadarle, era muy sexy así.

—¿Tú vas a hacer que me olvide de mi amorcito? —Preguntó mientras empezaba a desnudarse de manera sensual y coqueta.

—¡No le llames así! ¡Yo soy tu amorcito! —Gritó Alistair y saltó sobre la cama como un león preparado para degustar su presa.

Se habían desnudado en un santiamén. Alistair empezó a acariciar sus pechos de manera posesiva, deseando borrar cualquier huella de otro. Entre rabioso por los celos que lo estaban volviendo demente y las ganas por volver a tener a su esposa en sus brazos, la besó de una manera arrolladora. Los dos parecían poseídos besándose hambrientos, mientras él jugaba con esos pechos que había echado tanto de menos. Su mano siguió bajando, deleitándose en cada centímetro de la piel femenina hasta llegar entre sus piernas.

—Dios... Qué caliente y húmeda estás... —Murmuró él con la voz ronca, haciéndola gemir, excitándola aún más.

—Alistair... ¡Haz aquello que tanto me gusta! —Ordenó ella. Alistair rio y contestó.

—Ten paciencia, pequeña. Ahora llegaré allí. Torturándola un rato por fin hizo lo que más la encantaba. Con dos dedos empezó a hacer movimientos circulares en su sexo y al cabo de un rato unió su lengua empezando a llevarla hacía el éxtasis. Pasaba de arriba abajo su sexo, mientras ella se arqueaba y se revolvía sobre la cama gritando. Justo cuando estaba a punto de llegar hasta el placer indescriptible, él paró y entró dentro de su ser de una estocada. Yvaine se sintió en la gloria.

Alistair empezó a moverse suavemente prolongando el placer de los dos. Era como un sueño hecho realidad, volver a tenerla en sus brazos.

—Más... —Suplicó ella y él pensó que sus gemidos lo volverían un demente, por desear oírlos cada segundo.

Aceleró el ritmo. Hacían el amor de manera tan salvaje que la cama pegaba la pared haciendo un ruido tremendo que probablemente había oído todo el servicio y los dueños de la casa.

Con una estocada final, los dos vieron las estrellas y con las respiraciones entrecortadas se abrazaron, pensando en cómo habían estado sin eso un año.

Se levantó, escapando del fuerte abrazo de su todavía marido. Se suponía que tenía que hacerle sufrir, solo había deseado provocarle y mira tú, se despertaba en sus brazos y el condenado la abrazaba con fuerza por las caderas. Suspiró, cansada. Había ido allí para vengarse de los Becker. Según su psicóloga era una buena idea. ¡Cualquier otro diría que es una idea pésima! Pero, Laura era así y la mayoría de veces las cosas acababan bien. Le debía mucho, este último año había vivido en su casa, había podido estudiar y trabajar en una pizzería que había a dos calles de la casa de la psicóloga. Había aprendido muchas cosas y había mejorado comunicándose con los demás. Ahora no la costaba hablar y sabía integrarse en cualquier grupo social, su auténtica personalidad estaba aflorando.

Los ronquidos de Alistair la hicieron sonreír. Dios, hasta sus ronquidos amaba. Ese hombre la besaba y ella ya temblaba de deseo. Salió de sus cobijas y sigilosamente se marchó de la habitación. Fue hasta la cocina de la casa y se llenó un vaso de agua. Le metió algunos cubitos de hielo, necesitaba refrescarse. Miró el reloj de pared. Marcaba las cinco de la mañana. Ya no se volvería a dormir. Revisaría todos los papeles que tenían sobre los Becker. Verles cara a cara en un tribunal la hacía sentir ganas de vomitar, pero a su vez se sentía orgullosa porque por fin iba a hacerles frente.

—¿Cómo despiertas tan temprano cuando has follado como una coneja toda la noche? —Dijo Paige con voz cantarina, por detrás de sus espaldas.

—Tengo mucha energía, qué quieres que te diga. ¿Y tú? ¿Por qué has despertado tan temprano?

—No tengo sueño. —Contestó la pelirroja haciendo una mueca. Yvaine sonrió ya conocía a Paige como a la palma de su mano. Todo lo que pasaba no dejaba quieta a su mente que de por sí era muy activa. Deseaba saber lo que pasaría con los Becker, además su amiga le tenía tanto odio a Rhona que seguramente deseaba verla tras las rejas y reírse en su cara.

—Necesitas charlar y yo también. En este año he aprendido a no guardarme nada, a explotar cuando me dé la real gana y a decir lo que me apetezca.

—Eso es bueno. —Respondió Paige, riendo.

—No. Laura dice que ha creado a un monstruo que es una bomba atómica. —Contestó Yvaine y las dos amigas estallaron en risas

—¿Qué hacéis aquí pequeñas brujitas? —Era la voz de Peter. Las dos se dieron la vuelta para verle en albornoz. Parecía ser que ese día todos en la casa de los Craig despertaban temprano.

—¿Qué es ese horrible ruido? ¿Por qué estáis despiertos? Todavía no hay luz a fuera, es de noche. Dijo Alistair cuyos ojos estaban hinchados. Les miraba como si fueran de atar.

—Al que madruga, dios le ayuda. —Le respondió Peter y Alistair lo fulminó con la mirada.

—Nena, vamos a la cama. —Suplicó Alistair con una mirada que hizo suspirar a Yvaine. Peter y Paige les miraron de forma burlona y Yvaine les dijo con sorna. —¡Oh vamos! Si sois lo más acaramelado que he visto. Vuestra ternura da asco. Sus amigos la miraron con la boca abierta, mientras Alistair se empezaba a reír. La verdad es que veía una nueva faceta en su mujer y eso le encantaba.

—Voy a hacer café, hoy va a ser un día largo. Debemos hablar con el abogado y él nos dirá qué hacer. Hay que acabar con los Becker de una maldita vez. —Dijo Paige, decidida.

Todos asintieron. Se tomaron el café en silencio. Alistair no le quitaba la vista a Yvaine, mientras que ella no sabía muy bien lo que sentía. Él la había hecho daño, tanto que creó que se le rompía el corazón en pedazos, pero se daba cuenta que con su huida había hecho que Rhona Becker estuviera muy feliz porque gracias a Paige había sabido que la arpía había intentado meter en su cama a su marido. Alistair se había enfadado tanto que por poco le rompe los huesos a la muy perra. Gracias a dios Peter y Paige habían interferido. Rhona debía haberse jodido mucho, pues no se esperaba en su retorcido plan que Alistair encontrará su diario y supiera que sus mentiras le habían separado de ella. La rubia había fracasado por segunda vez. Primero con Paige y ahora con ella. Alistair la amaba y Rhona, aunque había jugado sus cartas muy bien, contra el amor no se podía, como solía decir Laura.

Le amaba y no quería negarse la oportunidad de ser feliz a su lado, pero ahora que había recuperado su auténtica personalidad explosiva, deseaba ver hasta dónde podía llegar él por su perdón, por estar a su lado y amarla hasta que la muerte les separe, tal y como se habían prometido en la horrorosa boda que habían tenido.

—Alistair. —Le llamó ella. Él levantó la vista con dulzura.

—Lo hemos pasado genial, pero no vamos a dormir en la misma habitación.

La vena del cuello de Alistair pareció cobrar vida propia. No le había gustado un pelo lo que su todavía esposa acababa de decir.

—Perdona, ¿qué? —Preguntó despacio y en un tono que podía helar a cualquiera menos a Yvaine que había descubierto que le encantaba cabrearle. Demasiado para la salud mental futura de ambos.

—Pues que ha estado bien, pero me apetece dormir sola y tranquila, ya he saciado mis ganas.

Alistair parecía haber recibido un puñetazo en toda la jeta. Paige y Peter se aguantaban la risa a duras penas.

—Preciosa, vamos a hablar luego, pero quiero que sepas que no

tengo mucha paciencia. ¡Llevo sin verte un maldito año! ¡Un puto año que nos has negado para ser felices!

—¿Si? ¿Y por culpa de quién? —Le contraatacó ella.

—Además, está noche tengo una cita. —Siguió diciendo esta y Alistair ya estaba a punto de poner el grito en el cielo.

—Si hace falta te pondré esposas. Tú de aquí no te mueves y que se te olvide eso de dormir separados. Puede que a mitad de la noche me apetezca...

—¡Ya! ¡Cállate! —Gritó Yvaine roja como un tomate. Paige y Peter ya no aguantaron más y estallaron en unas risas que podían dejar sordos a todo un barrio.

Capítulo 14

Jackson Hill era un abogado con tan grande reputación que no les extrañó su idea de que Yvaine saliera y contará en un programa de televisión su historia. La gente debía familiarizarse con ella y los Becker tenían que caer en la escala social. Básicamente tenían que hacerlo de una manera astuta para que la familia se quedará sin esos amigos y conocidos tan influyentes que tenían. Los negocios ilegales de los Becker tenían a grandes personajes públicos implicados y muchos les protegerían con uñas y dientes porque ganaban pasta gracias a su cooperación con Richard.

Alistair le había dicho a Yvaine que no tenía por qué hacerlo, pero ella se había decidido. Había sufrido mucho y qué mejor que destapar a los Becker ante toda la nación. Eso era un reto que ella estaba dispuesta a hacer porque sabía que después se sentiría libre. De hecho, hasta se le había ocurrido escribir un libro con su historia. Laura la había dicho que es una idea genial y Yvaine se había puesto manos a la obra.

Alistair opinaba que lo iba a pasar mal, revivir otra vez todo. Esos sentimientos que tanta tristeza la habían provocado, pero su mujer deseaba hacerlo y él debía apoyarla. Yvaine no iba a olvidar la forma en la que la había abrazado y la había dicho en voz baja. —"Estoy contigo en todo lo que decidas. Eres capaz de todo, preciosa" —Yvaine se había sentido genial, mientras que Peter y Paige miraban a Alistair como si le dijeran. —"Por fin empiezas a hacer las cosas bien".

En ese momento la morena estaba sentada ante el espejo del tocador, haciéndose con la plancha unos rizos suaves que caían de forma preciosa por sus hombros. La puerta se abrió y entró Paige. Estaba entre emocionada y asustada.

—Quedan unas horas. Jackson ha logrado hablar con ese presentador del canal ocho. Así que prepárate, será una entrevista corta y en ella debes plasmar todo lo que sientes, mostrarte como nunca antes lo has hecho. Desnudarte y hablar como Yvaine. La gente debe conectar contigo y sé que lo harás bien. Estamos contigo. Hasta Abigail y todos en Port Elliot han logrado conectarse al canal por Internet para verte. Y lo más importante, tu hombre está a tu lado y aunque sé que quieres hacerle sufrir, Yvaine no te niegues a la felicidad que cada vez está más cerca de ti. Ya casi tienes en las manos lo que tanto ansiabas.

—Lo sé Paige, pero perdonarle después de que no confiará en mí, después de esas palabras que fueron cuchilladas para mi corazón. ¡Me

hizo cocinarle en vestido de novia! Le amo y estar sin él me hace pasarlo mal, no hubo ni una noche en la que no sintiera las tremendas ganas de abrazarle porque siento que es la mitad de mi corazón, pero cuando estamos juntos no puedo evitar recordar sus palabras, su frialdad...

—Te entiendo. Yo y mi marido estuvimos este año casi inseparables de Alistair. Lo sabes. Te puedo asegurar que no hay nadie más que él mismo que se haya torturado tanto por todo lo que hizo mal. Pero debes darle una oportunidad. —Respondió la pelirroja.

—¿Por qué? —Preguntó Yvaine.

—Porque te mereces ser feliz.

Era una tarde lloviosa cuando llegaron al plató del canal ocho. Se trataba de un programa muy visto. Era de temáticas variadas y este día tocaba la rúbrica. "Toma un café conmigo y cuéntame tu vida". Yvaine estaba muy nerviosa antes de salir del coche. Temblaba como una hoja, pero en cuanto Alistair la acarició en la palma de su mano, se sintió reconfortada. Con fuerzas renovadas, respiró hondo y se dirigió hacia allí. Dos chicas vestidas con vaqueros rotos y camisetas con diseños bastante atractivos y muy visuales, prácticamente la arrancaron del brazo de Alistair para llevársela a la sala de maquillaje. Ella ya se había hecho el peinado, así que su cabello no lo iban a tocar. Tenerlo tal y como le gustaba la hacía sentirse más cómoda así que a producción no le importó que quisiera peinarse ella misma.

—Estaremos entre el público, estás preciosa. —La había dicho Paige en un grito, haciendo que todos los del equipo la mirarán. Yvaine sonrió porque su amiga siempre tenía que llamar la atención. Ella y Peter se encontraban ahora al lado de Alistair, así que más tranquila porque le dejaba en buena compañía, se dejó llevar por las chicas.

Entraron dentro de una habitación amplia de colores blancos y amarillos. La sentaron en una silla que giraba y era de cristal. Se sintió como una modelo por un momento. Una de las chicas empezó a maquillarla, preguntándola sobre sus gustos, sobre qué tipo de imagen deseaba proyectar. En tan solo veinte minutos estaba lista. En cuanto se miró en el espejo, no pudo reconocerse.

—¡Uy qué manos de oro tienes chica! Me tenéis que decir cómo habéis hecho eso. —Las chicas se echaron a reír. Yvaine se dijo que por eso las famosas estaban siempre tan hermosas, pues si las maquillaban así...

Se levantó y caminó junto con esas chicas por un pasillo hasta

llegar a unas cortinas de color negro. La colocaron un micrófono pequeño en la blusa de seda de color rosa que llevaba.

—En cuanto te digamos que entres, entras. Respira hondo, sonríe y mucha suerte.

Ella asintió, aunque sentía que se había paralizado. Los minutos que esperó escuchando al presentador comenzar el programa, parecieron eternos. Cuando al fin la dijeron que entrará, ella abrió las cortinas. Una luz brillante casi la cegó y empezó a caminar por un pasillo alargado hasta llegar a una especie de escenario en forma circular donde había sofás y sillones. Los aplausos y la voz cantarina del presentador la ensordecían. En ese momento sintió que su habla se paraba y hasta se le olvidaba respirar, pero una imagen de sus padres apareció en su mente.

—"Tú puedes" —La decían y ella avanzó hacía su nuevo futuro. Estaba a punto de contar su vida ante millones de personas.

—Soy Steven Michael y estoy muy contento de presentaros vuestra rubrica favorita. "Toma un café conmigo y cuéntame tu vida". Nuestra invitada de hoy es una joven cuya historia podría desgarrar el corazón de cualquiera. Con quince años queda al amparo de unos familiares lejanos que no harían más que gastar su herencia y maltratarla. Para oír su historia por ella misma, darle la bienvenida a Yvaine Anderson.

Steven vio avanzar a una chica hermosa, pero que estaba súper nerviosa. Como profesional se acercó a ella y la sujetó por la mano a la cual beso como un caballero.

—Bienvenida a nuestro programa Yvaine.

—Gracias. —Susurró ella con la voz temblando.

Steven se acercó y susurró en su oreja, mientras tapaba su micrófono que estaba colocado en la chaqueta de su traje. —Tranquila, Yvaine. Estoy contigo y tu gente está entre el público. Habla conmigo con soltura, imagínate que no hay nadie a dentro del plató. Somos simplemente dos personas que conversan.

Yvaine asintió. El presentador la daba buena espina y su voz era divertida y confiable. Un poco más tranquila se sentó en uno de los sofás cerca de Steven.

—Muy bienvenida Yvaine. —Dijo Steven.

—Gracias por recibirme en vuestro programa. Lo he visto alguna que otra vez y me parece uno de los mejores emitidos en nuestro país. —Contestó Yvaine.

Todos aplaudieron esas bonitas palabras y el presentador sonrió.

—Lo que has venido a contar es muy difícil Yvaine, así que siento una gran admiración por ti.

Yvaine se emocionó por las amables palabras del presentador.

—¿Cuándo comenzó todo tu calavereo Yvaine?

—A los quince. Estaba en el colegio cuando anunciaron que mis

padres habían muerto en un atentado en Madrid.

—Háblame un poco de ellos. ¿Cómo eran? ¿Cómo era la Yvaine de los quince?

—Recuerdo que me amaban mucho y me consentían también, aunque a su vez intentaban disciplinarme enseñándome valores y principios de la vida. Cuando hacía alguna travesura papa siempre me contaba alguna historia o cuento con un significado profundo y sabio que me daba una lección. Mama me solía mimar mucho más. En mis cumpleaños siempre me preparaba tortitas con dulce de fresas o chocolate. Cuando me sentía triste les podía contar todo. Eran divertidos y unos grandes profesionales tan dedicados al trabajo y respetados... Para mí era un orgullo tenerlos como padres y secretamente deseaba ser como ellos de mayor. Eran mis héroes. La Yvaine de los quince años era una niña muy feliz. Solía sacar de quicio a su profesora María que ya no sabía dónde meterse. Le gustaba hacer preguntas chocantes para la gente y la divertía de sobremanera hacer pequeñas travesuras como manchar los zapatos del vecino con estiércol. Pobre hombre...

El público se echó a reír a carcajadas. Yvaine hablaba entre lágrimas y risas.

—¿Qué pasó después? —Prosiguió Steven.

—Conocí a una asistenta social que me llevó a la casa de Richard Becker.

—¿Hubo algo que te pareció extraño en esa asistenta? ¿Algún comportamiento sospechoso?

—Pues que no volvió nunca a preguntar cómo estaba, cómo iba todo. Yo era una niña, pero tenía idea de que la ley debía asegurarse de mi bienestar y eso no fue así.

—¿Cuál fue tu primera impresión de los Becker?

—Richard me pareció severo, sobre todo porque me dejó claro que sí hacía alguna travesura o no cumplía con mis obligaciones, las cuales todavía no sabía cuáles eran, me castigaría. Sus hijos me parecieron frívolos, sobre todo su hija que cambiaba de personalidad como de zapatos. Era dulce y tierna pero cuando deseaba ser mala, llegaba a ser sádica.

—¿Cuáles eran tus obligaciones?

—Todos los quehaceres de la casa. Yo era parte del servicio. Dormía allí como interna y la comida que me daban era siempre la cantidad justa. En todos estos años no recibí ni un duro de mi herencia que se suponía que tenía que tener en mi poder al cumplir los dieciocho.

—¿Alguna vez pediste explicación? ¿Indagaste o intentaste investigar?

—Ni se me habría ocurrido porque me daban auténticas palizas

por simplemente no haber lavado bien la ropa o porque la escalera no era pulida a sus gustos. Si preguntaba algo sabía que las consecuencias podrían llegar a ser letales.

—¿Qué quieres decir con auténticas palizas? ¿Qué cosas te hacían?

—A Richard le encantaba pegarme con el cinturón. —Respondió Yvaine con los ojos cuajados en lágrimas. Pero eso no era lo más doloroso. Sus hijos se ensañaban mucho más. Rhona Becker me tiraba del cabello o me pegaba si no hacía lo que me decía. Le encantaba humillarme, una vez me hizo ponerme de rodillas y limpiar sus zapatos mientras todos sus amigos miraban y reían. Kendrick Becker intentó violarme, no quiero ni puedo comentar el episodio porque fue horrible. Una vecina me salvó y desapareció después. Si ahora mismo me está viendo, quiero darle las gracias.

El público estaba mudo. Algunas mujeres lloraban porque el dolor que reflejaba Yvaine les rompía los corazones. Había una persona que era el que peor lo pasaba y ella siquiera se lo imaginaba en ese momento. Ese era Alistair que lloraba por segunda vez en su vida desde que tenía uso de razón. Apretaba los puños deseando que Kendrick estuviera ante él para poder matarlo con sus propias manos y al pensar en que la había dejado sola, se había negado a apoyarla, creerla. ¿Cómo podría perdonarse?

—¿Crees que ellos tuvieron algo que ver en la desaparición de la mujer?

—Sí. En mi poder tengo toda la documentación y una ardua investigación que se hizo durante un año. En esa investigación y dicha documentación se demuestra que ninguno de los negocios de Richard Becker es legal. Se trata de un blanqueo de dinero hecho con eficacia y una estrategia mejorada a través de los años. De ello podemos llegar a la conclusión que la familia tiene muchos contactos importantes, sus negocios se han visto afectados por la reciente detención de su hijo Kendrick Becker por blanqueo de capitales, pero no lo suficiente como para caer en banca rota. No me extrañaría nada que la mujer que me salvó fuera amenazada.

—Entonces la familia trabaja en colectivo en negocios ilegales.

—Exactamente. Yo misma les oía muchas veces planeando. A Kendrick lo único que le interesaba era divertirse, beber etc. Rhona era más maquiavélica y la mayoría de los planes los organizaba ella con mano de hierro.

—¿Cuál solía ser su principal estrategia?

—Rhona debía seducir al objetivo. Solían ser importantes hombres, empresarios. Los deleitaba y estos firmaban contratos con Richard, la mayoría de veces dejándole con gran poder sobre su negocio. Entonces entraba Kendrick que blanqueaba el dinero usando estas empresas como tapaderas. Eso solía ser lo más habitual. Entre este tipo de

negocios había drogas etc.

—¿Es verdad que eso mismo intentaron con Peter Craig , importantísimo empresario en nuestro país y con tu esposo Alistair Anderson?

—Así es. Solo que en estos dos casos particulares Rhona Becker pretendía casarse con alguno de ellos. Su primera opción había sido el marido de mi mejor amiga. Peter Craig, precisamente. No lo logró porque yo destapé sus planes.

—Entonces además de querer la herencia de tu marido, en parte se vengaba de ti.

—Conociéndola, pensaría que se trataba de dos pájaros de un tiro. Es una mujer práctica y la persona más manipuladora que conozco.

—En las revistas del corazón se escribió mucho sobre ti y Alistair, el famoso diseñador cuyo logotipo fue exitazo en los vestidos de muchas famosas. Él no paraba de hablar de ti. ¿Le has perdonado?

—Steven. Hemos venido a hablar de otros temas... —Le dijo ella, fulminando al presentador.

—Estoy seguro que la audiencia tiene curiosidad. ¿Has leído todo lo que él dice de ti en las revistas? Parece un hombre torturado que no sabe cómo recuperar al amor de su vida.

Yvaine se sintió en las nubes. Así que su marido había proclamado a los cuatro vientos sus sentimientos por ella y ella desmoralizada se había negado totalmente a leer ni ver nada. Tal como había hecho al casarse, pues su desastre de boda seguro que habría sido muy comentada. De hecho, cuando vivía con Laura, aunque allí no se la conocía, salía muy de vez en cuando y cuando lo hacía era discreta.

—No tengo idea, pero al volver a casa leeré todo detenidamente. En cuanto a sí le voy a perdonar... Ninguna zorra con sus manipulaciones volverá a alejarme de mi marido. Un año ya fue suficiente y aparte los años que la aguanté a ella y a su familia de psicópatas. Tengo un marido que está para comérselo con miel así que cualquier lagartija que se mantenga lejos. Estuve muy enfadada y dolida con Alistair, pero en ese un año él me demostró que le importó luchando por mí, intentando salvar mi herencia. Estando conmigo, aunque fuera en la lejanía. No existe un compañero mejor que mi marido. Pensaba hacerle sufrir un poco, pero ni modo... Por cierto, cielo, Akemi es una chica, solo quise ponerte celoso.

El público se echó a reír otra vez y muchos estaban emocionados cuando Alistair subió donde ella y la dio un tierno beso en los labios, sellando su amor.

El presentador sonrió satisfecho, los productores le estaban diciendo por el audífono que el programa había subido de rating como la espuma.

—¿Quieres decir algo para despedirte Yvaine? —Preguntó Steven.

Ella asintió y abrazada a Alistair miró fijamente la cámara.

—Llevas mucho tiempo hablando, difamando y hoy es mi turno de hablar. Cuando pisé tu territorio viste en mí el símbolo del dólar y sin importante mi edad, mi pérdida ni mi dolor, jugaste con mi mente constantemente, llegando a romper mi alma, a perder mi personalidad. Me hacías sentir que no hacía nada bien, que no valía para nada, pero hoy entiendo que lo único que pasaba era que proyectabas tus complejos y tu vida vacía en odio hacía mí. Un odio hacía mi felicidad, mi innata rebeldía, mis dulces creencias en que la vida es hermosa. Hoy me levantó sin miedo, por una vez no te temo y no volveré a temerte y te digo que seré feliz, que Yvaine Hoang no se ha perdido por el camino y que mi sonrisa está más resplandeciente que nunca. Tengo amor, tanto que tú nunca podrías entender porque eres incapaz de sentirlo, es por eso que yo no estoy condenada a una vida vacía como la tuya. La niña a la que le gustaba bailar, cantar bajo la lluvia, correr y sentir el aire en su piel, no se ha ido, nunca lograste que se fuera, simplemente se había escondido. Gracias a mis amigos por ayudarme a llegar hasta aquí, gracias a mi marido por estar a mi lado y gracias a ti. Porque he crecido mientras que tú cada vez eres más pequeño, ya no pareces invencible.

Todos se levantaron a aplaudir, mientras Alistair la miraba orgulloso. Disfrutó de este momento y de la libertad que sintió.

Epílogo

Habían logrado ganar el juicio de forma aplastante. Todos estaban encantados porque había sido una victoria apoyada por casi la totalidad de la población escocesa. La gente miraba a Yvaine por las calles con admiración. Ella estaba finalizando su primer libro. "Un cuento triste con un final feliz". Alistair la había ayudado buscar una estupenda editorial según la cual el libro sería un best seller. Yvaine iba a la Universidad y a su vez trabajaba en su nuevo libro, pronto, por insistencia de Alistair, organizarían su segunda boda en Paris. Alistair deseaba borrar el recuerdo de la primera. —Quiero que tengas lo mejor. —La había dicho.

—Yo ya tengo lo mejor y es a ti. —Le había contestado ella. Su marido había creado un dibujo de los dos besándose en forma abstracta con colores muy románticos que se había convertido en un éxito. Yvaine nunca se habría imaginado codearse con famosos cantantes, modelos, actores etc. Los fines de semana lo pasaban en Glencoe con sus amigos o solos en algún sitio relajante y bonito. Habían decidido en conjunto en las fiestas verse todos. Las próximas navidades se iban a Nueva York en parejas. Ella y Alistair más sus amigas con sus parejas.

A través del programa había logrado contactar con su antigua profesora, María. La mujer había llorado mucho cuando la había visto. La había contado que después de que se marchará había intentado contactarla, pero la asistenta ni siquiera la había informado, prácticamente la había echado de las puertas de la oficina. Se entendió que esa mujer era socia de Richard y les había ayudado mucho ya que ella había visto la oportunidad de oro en un momento en el que los Becker pasaban por dificultades económicas por sus excesivos gastos.

Estaba precisamente escribiendo el epílogo de su libro basado en su propia biografía cuando la puerta de su nuevo loft se abrió. Su marido acababa de volver del trabajo.

—Dime que traes algo de comer. —Gritó sentada en su despacho.

—¡Pizza que lleva de todo! —Gritó su marido y ella sonrió.

Se levantó y el olor hizo gruñir sus tripas. Se acercó y cuando llegó a la sala de estar quedó maravillada. Velas aromáticas por todo el lugar, almohadas, sabanas de seda... Parecía que su marido pedía

guerra.

—¿Comemos primero y luego me follas? —Le dijo sin tapujos, pues los dos se hablaban así y a los dos les encantaba.

—Cómo sabes... —Dijo él con su sonrisa de medio lado que la hacía temblar.

—¿Qué llevas en esa bolsa? —Preguntó con curiosidad, señalando una bolsa de charol en color lila.

—Es lo que quiero que te pongas. —La contestó Alistair riendo.

—Vaya, quieres que nos tornemos más creativos, eh.

—Desde que has empezado a ir a la universidad no paró de imaginarte vestida de uniforme. Hoy se me endureció en el trabajo. —Dijo Alistair y ella estalló en risas.

—Se me ha quitado el hambre... ¿Qué tal si primero jugamos y luego comemos?

—No, preciosa ahora porque sabes que me gusta estar toda la noche, luego no dará tiempo.

—Ella se rio y los dos se sentaron comiéndose con la mirada.

—¿Tú vas a ser el profesor? —Preguntó Yvaine.

—Eso, es. Te voy a castigar por ser mala.

En ese momento ella le manchó con el kétchup. —Pues hazlo ya señor Anderson.

—Uy pequeña, ven aquí que te azote...

Yvaine riendo se levantó para escapar, pero él no tardó en atraparla y besarla hasta hacerla marear.

—No sabes lo mucho que me alegro de tenerte en mi vida Yvaine. Nunca creí que podría amar a alguien como te amo a ti.

—Yo también te amo. Se me había olvidado el significado de la felicidad, pero a tu lado la volví a encontrar.

FIN